

Mujeres indígenas, mujeres diversas

nombrando el racismo en la educación superior



Edición y revisión: Marina Cadaval Narezo / Yamili Chan Dzul / Georgina Méndez Torres / Lucía Olivas Espino / Carmen Osorio Hernández

Autoras: Marina Cadaval Narezo / Yamili Chan Dzul / Angélica Hernández Vásquez / Rosalba Icaza Garza / Georgina Méndez Torres / Lucía Olivas Espino / Carmen Osorio Hernández / Patricia Pérez Moreno / Miriam Uitz May

Mujeres indígenas, mujeres diversas

nombrando el racismo en la educación superior

Edición y revisión: Marina Cadaval Narezo / Yamili
Chan Dzul / Georgina Méndez Torres / Lucía Olivas
Espino / Carmen Osorio Hernández

Autoras: Marina Cadaval Narezo / Yamili Chan Dzul
/ Angélica Hernández Vásquez / Rosalba Icaza Garza
/ Georgina Méndez Torres / Lucía Olivas Espino /
Carmen Osorio Hernández / Patricia Pérez Moreno /
Miriam Uitz May

Mujeres indígenas, mujeres diversas

nombrando el racismo en la educación superior

Edición y revisión: Marina Cadaval Narezo / Yamili
Chan Dzul / Georgina Méndez Torres / Lucía Olivas
Espino / Carmen Osorio Hernández

Autoras: Marina Cadaval Narezo / Yamili Chan Dzul
/ Angélica Hernández Vásquez / Rosalba Icaza Garza
/ Georgina Méndez Torres / Lucía Olivas Espino /
Carmen Osorio Hernández / Patricia Pérez Moreno /
Miriam Uitz May

Mujeres indígenas, mujeres diversas nombrando el racismo en la educación superior / Marina Cadaval Narezo, Yamili Chan Dzul, Georgina Méndez Torres, Lucía Olivas Espino, Carmen Osorio Hernández (eds.). La Haya, Países Bajos: Institute of Social Studies / Erasmus University Rotterdam; Sanahcat, Yucatán, México: Centro Interdisciplinario de Investigación y Desarrollo Alternativo A.C. U Yich Lu'um; San Cristóbal de Las Casas, Chiapas: Cooperativa Editorial Retos; Buenos Aires, Argentina: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales

Edición digital con 124 páginas. El pdf está diagramado en 16.5 x 22.5 cms.

ISBN: 978-607-8942-05-3

1. Mujeres indígenas profesionistas 2. Racimos 3. Mestizaje 4. Educación Superior 5. Resistencias y estrategias 6. Experiencias encarnadas 7. Diálogos interculturales

Cadaval Narezo, M., Chan Dzul, Y., Méndez Torres, G., Olivas Espino, L., Osorio Hernández, C. (eds.). 2023. *Mujeres indígenas, mujeres diversas nombrando el racismo en la educación superior*. La Haya, Sanahcat, San Cristóbal de las Casas, Buenos Aires: ISS/EUR, CHIDA A.C. U Yich Lu'um, Cooperativa Editorial Retos, Clacso.

Primera edición: 2023

Edición y revisión: Marina Cadaval Narezo, Yamili Chan Dzul, Georgina Méndez Torres, Lucía Olivas Espino, Carmen Osorio Hernández

Revisión de galeras: Minerva Mendoza

Diagramación: Rocío Calderon-Prado

Diseño de la portada e ilustración 'Colectivo': Rocío Calderon Prado

ISS-EUR Institute of Social Studies, Erasmus University Rotterdam
2518 AX La Haya, Países Bajos
Correo electrónico: info@iss.nl
www.iss.nl
Teléfono: +31 7042 260460

Centro Interdisciplinario de Investigación y Desarrollo Alternativo A.C. U Yich Lu'um
Sanahcat, Yucatán, México
Facebook / Twitter: UYichLuum
Teléfono: +52 999 298 4594
uyichluum@gmail.com Falta meter info gral.

Cooperativa Editorial Retos
San Cristobal de Las Casa, Chiapas, México
Correo electrónico: gtcuter2016@gmail.com
Facebook: Retos Nodo Chiapas
Teléfono: +52 967 6749100
© de cada contribución cada autora

Clacso
Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
Estados Unidos 1168, C1101AAX
Ciudad de Buenos Aires, Argentina
Correo electrónico: clacsoinst@clacso.edu.ar
www.clacso.org
Teléfono +54 1143 049145

D.R. © 2023 Marina Cadaval Narezo
D.R. © 2023 Yamili Chan Dzul
D.R. © 2023 Angélica Hernández Vásquez
D.R. © 2023 Rosalba Icaza Garza
D.R. © 2023 Georgina Méndez Torres
D.R. © 2023 Lucía Olivas Espino
D.R. © 2023 Carmen Osorio Hernández
D.R. © 2023 Patricia Pérez Moreno
D.R. © 2023 Miriam Uitz May

ISBN: 978-607-8942-05-3

Hecho en México

TU JUNAJ KU XIIMBAL SÁAMSAMAL	CAMINA SOLO TODOS LOS DÍAS
Sáamale tu taasa bejlae'	El mañana trajo al hoy
chuup u páawo' yéetel ya' alab ólal ka'aj k'uuchi'	vino con su sabucán lleno de esperanza
yéetel táan u ch'aaj tu'ubsaj u chuuj.	y su clabazo goteando olvido.
U kuchmaj u si'	Cargando su leña
tu ch'a' jump'eel k'aanche ka kulaji	tomó un banquillo y se sentó
tu bonaj yóok'ol lu'um jump'éel t'o'olbej mina'an u xuul	dibujó en la tierra una vereda sin fin
ts'o'okole' tu liik'subáa utia'al u bin	luego, se levantó para partir
o'ocha'an yo'olal u si'	enconvalo por su leña
tu kaajsaj u bimal te' t'o'olbej tu'ux tu junaj	inicia su marcha en la vereda
ku xiimbal sáamsamalo.	donde camina solo todos los días.

U JUUM U TAAN KOLNÁAL

La voz del Campesino

Marga Beatriz Aguilar Montejo

A las mujeres que nos antecedieron, a las que partieron y a quienes hoy en día siguen luchando por una vida sin violencia racial.

Gracias a Judith Bautista Pérez amiga y colega quien compartió historias personales y reflexiones profundas sobre el racismo en México. Gracias a Flora Gutiérrez Gutiérrez quien también fue parte al inicio de este viaje. Gracias a Bertha Pech Puc quien nos compartió la convocatoria para realizar la campaña de Acciones en Internet para la Erradicación del Racismo en la Educación Superior de la Cátedra de la UNESCO-UTREF Educación Superior y Pueblos Indígenas y Afrodescendientes. Gracias al International Institute of Social Studies-Erasmus University Rotterdam (ISS-EUR) y al grupo de trabajo Civic Innovation (CI) por el apoyo financiero para realizar este libro. Gracias a Eugenia Iturriaga Acevedo y a Agustina Solera por revisar minuciosamente -con cariño y dedicación- nuestros textos. Gracias a Xóchitl Leyva por gestionar la coedición de este libro.

ÍNDICE

EL CAMINO RECORRIDO: TEJIENDO PALABRAS Y REFLEXIONANDO SOBRE EL RACISMO DESDE LO COLECTIVO Marina Cadaval Narezo / Yamili Chan Dzul / Angélica Hernández Vásquez / Rosalba Icaza Garza / Georgina Méndez Torres / Lucía Olivas Espino / Carmen Osorio Hernández / Patricia Pérez Moreno / Miriam Uitz May	11
LA IDENTIDAD COMO PROCESO EMANCIPATORIO Y DE SANACIÓN FRENTE EL RACISMO Yamili Chan Dzul	51
RACISMO EN LA ETAPA UNIVERSITARIA Y LABORAL Miriam Uitz May	63
MOSTRARME COMO SOY, LO QUE SOY: UNA MUJER RARÁMURI Lucía Olivas Espino	77
EL TEJIDO DE LA RESISTENCIA DESDE LA FUERZA COLECTIVA Carmen Osorio Hernández	93
MESTIZAJE. LA NECESIDAD DE NOMBRARNOS PARA NO TENER QUE HACERLO Marina Cadaval Narezo	107

EL CAMINO RECORRIDO: TEJIENDO PALABRAS Y REFLEXIONANDO SOBRE EL RACISMO DESDE LO COLECTIVO

Marina Cadaval Narezo, Yamili Chan Dzul,
Angélica Hernández Vásquez, Rosalba Icaza Garza,
Georgina Méndez Torres, Lucía Olivas Espino, Carmen Osorio Hernández,
Patricia Pérez Moreno, Miriam Uitz May

Resumen

Este es un libro sobre el racismo en la educación superior desde la perspectiva de mujeres racializadas. Buscamos responder a la pregunta sobre cómo mujeres profesionistas indígenas y mujeres diversas de México hemos vivido y respondido al racismo, reflexionando sobre y desde nuestras propias historias. La pregunta se aborda de manera individual en cada uno de los capítulos del libro y se resume en este texto. El objetivo del libro es generar diálogos que muestren las formas concretas en que opera el racismo estructural dentro de las instituciones de educación superior, así como exponer los “micro-racismos” (Mamani 2022) experimentados en situaciones de la vida cotidiana. Las historias compartidas no solo exponen las barreras, sino que también muestran las estrategias desarrolladas por cada autora, como ejemplos en que han navegado y enfrentado discriminaciones raciales. Para quienes escribimos aquí, nombrarlas y desentrañarlas son enunciaciones sobre la raza (hooks 1995) que contribuyen a nuestro posicionamiento como actoras políticas.

Utilizando metodologías feministas (Harcourt, Van den Berg, Dupuis *et al.* 2022), basadas en la colaboración, el respeto, la solidaridad y el cuidado (Cadaval Narezo 2022), las autoras nos reunimos en línea durante más de un año para discutir, escribir, revisar y comentar los argumentos aquí presentados. Esta es una iniciativa colectiva basada en “otras prácticas” distintas a la producción

de conocimiento occidental (Smith 2012), ya que buscamos la creación y el fortalecimiento de vínculos relacionales entre nosotras como participantes —y las comunidades de las que formamos parte (Wilson 2008)—. Es un proyecto de descolonización y despatriarquización (Leyva 2021, Lugones 2010) en la forma en que promovemos, cultivamos y compartimos nuestro saber, lo que somos.

Este texto introductorio contribuye a la agenda de investigación sobre el racismo en la educación superior desde intersecciones de temas transversales de género, diversidad étnica y de clase. En términos teóricos, el texto vincula visiones de raza y racismo en México con teorías que consideran que la idea de raza y la racialización étnica se fundan en el violento encuentro colonial o, para ser más precisos, en la Conquista de América (Quijano 2000; Lugones 2010) y que comienzan a estar presentes en los diálogos sobre el racismo en México. También conecta la teoría crítica feminista negra interseccional (hooks 2015, Crenshaw 1989, Hill Collins 1990) con los feminismos descoloniales mexicanos (Hernández Castillo 2014, Marcos 2014, Millán 2014, Méndez Torres, López Intzín, Marcos *et al.* 2013). En términos metodológicos, se proponen las experiencias personales de las propias autoras del libro como la base para comprender estructuras sociales complejas y, en particular, la sabiduría de las mujeres indígenas como fuentes de reflexión y de un conocimiento generalmente ignorado, desconocido o considerado anecdótico (Leyva 2021).

Introducción

El racismo es discriminación, exclusión, invisibilización, desvalorización, negación y dolor. Se expresa en prácticas concretas que afectan y estigmatizan ciertos cuerpos por su apariencia física —por el color de la piel, por nuestras facciones y, por la forma en cómo vestimos—, pero también por hablar alguna lengua no colonial, por tener un acento.

En México, el racismo está anclado en la historia misma como proyecto de Estado-nación, que reproduce el desprecio y el desdén hacia quienes tienen la piel más oscura y son más pobres, principalmente hacia la población indígena y afrodescendiente (Navarrete 2017, Flores y Telles 2012, Moreno y Saldívar, 2015, Telles 2014, Martínez Casas, Saldívar, Flores *et al.* 2014). Oculto bajo un

mestizaje homogeneizante que oprime y niega, el racismo en México ha sido y continúa siendo profundo, estructural, cotidiano. Está latente y, aunque de formas específicas y diferenciadas, nos cruza a todas las personas y sectores de la sociedad mexicana. Es una mirada de desprecio, un gesto indiferente, una frase con dolo, un chiste sin sentido. Es también falta de oportunidades, de acceso a servicios de salud, a información. Es una educación diferenciada, de baja calidad, excluyente, con una sola perspectiva —occidental, mestiza, blanca—. Es negar otros saberes, otras formas de producción de conocimiento.

En este texto y a lo largo del libro, buscamos responder a la pregunta sobre la manera en que mujeres profesionistas indígenas¹ y mujeres diversas² de México hemos vivido y respondido al racismo, en particular en la educación superior. Para ello, reflexionamos sobre nuestras propias historias, entendiendo al racismo como una serie de prácticas, actitudes e ideas sobre el valor que se nos ha asignado a las personas a partir de *creer* que nuestro color de piel, nuestro origen étnico, las líneas de nuestros rostros, la forma en que hablamos o vestimos nos hace mejores o peores seres humanos (Moreno Figueroa, s/f). Esas creencias, generadas e impuestas desde y a través de la historia de dominación colonial de México y el subsecuente proceso de mestizaje asimilacionista, han derivado en un racismo sistémico que permea estructuras, instituciones sociales y prácticas de vida cotidiana (Quijano 2000). Se manifiesta igualmente ‘sutil’ como lacónico, contundente.

La pregunta se aborda tanto de forma individual en cada uno de los capítulos como de manera resumida en este texto. Nuestro objetivo es generar diálogos que muestren el racismo estructural dentro de las instituciones de educación superior (IES) así como exponer los “micro-racismos” (Mamani 2022) que son más difíciles de identificar y nombrar —y, por ello, de describir y des-

1. Aunque preferimos ser identificadas con relación a nuestros pueblos originarios, aceptamos el término *indígena* por razones prácticas y también como una postura política que “nos permite nombrar una serie de luchas y circunstancias que hermanan a pueblos distintos entre sí” (Aguilar Gil 2018). En este texto, el término indígena es usado para definir a la población originaria del territorio hoy conocido como México (aunque es igualmente válido para otras poblaciones de América Latina). En la actualidad, se consideran 68 grupos lingüísticos que habitan a lo largo del país y representan 20% de la población total (INEGI 2005). Con relación al término profesionistas, aquí se refiere a mujeres quienes hemos obtenido una especialización a través de la educación superior, en específico, por estudios de maestría o doctorado.
2. Por diversas nos referimos a mujeres mestiza pero también por ser mujeres quienes pertenecemos a siete diferentes pueblos originarios. Usaremos de forma indistinta estas categorías por cuestiones prácticas y conscientes de las inconsistencias derivadas del mestizaje como una construcción colonial, a la cual miramos de manera crítica, pero que reconocemos nos ha construido. El término mestizaje será presentado y discutido más adelante en el texto.

entrañar—: los excesivos esfuerzos para lograr una licenciatura, las violencias cotidianas —verbales y no verbales— que subestiman los cuerpos racializados; las inseguridades derivadas de estereotipos infundados, pero también la *percepción arrogante* (Lugones 2003), que sostiene un sentido de superioridad y dominio de unos grupos sobre otros, creando una especie de ‘lástima’ sobre aquéllos que se han estereotipado como inferiores, vulnerables. Sin embargo, y por ello, nuestras historias no solo exponen los retos y las barreras, sino que proponen estrategias para enfrentarlas. Hablamos de las redes y espacios que hemos generado para deshilvanar y nombrar al racismo. Reconocemos el valor de la educación, el acompañamiento de colegas, de las familias, de nuestras comunidades. Para algunas han sido fuentes de apoyo, en otros casos lo contrario. Son esas varias historias de quienes somos lo que suma y permite ver el abanico de posibilidades desde donde luchamos.

Las autoras somos mujeres profesionistas originarias de distintos pueblos indígenas de México —Ch’ol, Maya, Nahuatl, Nuu Savi (Mixteca), Rarámuri, Tseltal, Zapoteca— así como mestizas, quienes compartimos nuestras historias personales como una forma de posicionarnos y *hablar de raza* (en inglés “*talk race*”, hooks 1995): exponer las propias perspectivas de las mujeres racializadas sobre el racismo y otras exclusiones como una postura política contra la discriminación. A través de conversatorios y encuentros en línea que tuvieron lugar desde principios de 2020 hasta fines de 2022, el grupo desarrolló “enunciaciones personales” como lugares epistémicos, políticos y éticos (Walsh 2013) desde donde hemos reconocido, acordado y discutido cómo nuestros cuerpos e historias han sido históricamente racializadas. Nuestras enunciaciones son posiciones que surgen de nuestra corporalidad, de nuestros contextos situados, de nuestras trayectorias y procesos reflexivos.

Desde y con nuestro bagaje cultural, político, comunitario, académico e incluso desde nuestras creencias o espiritualidades, *viamos*-“mundos” (“*world*”-*travelling*, Lugones 2003)—, para resistir y cuestionar la forma en que la colonialidad nos ha marcado como personas racialmente diferenciadas (Quijano 2000), y más aún como mujeres (Lugones 2010). Reconocemos las formas en que la colonialidad de género, siguiendo a María Lugones (2010), ha moldeado y continúa moldeando las relaciones y normas de género en formas jerárquicas que afectan sobre todo a las

mujeres racializadas.³ Por lo tanto, entendemos el concepto encarnado de *vijajar*-“mundos” como una forma de reconocer las múltiples interioridades de las mujeres racializadas con las cuales navegamos sistemas opresores, y la forma en que, a partir de esa pluralidad, es posible reconocer en lo “otro”—también plural— la oportunidad de articular ideas de justicia y liberación (Lugones 2003). *Vijajar*-“mundos” es una habilidad que se desarrolla para desafiar la “percepción arrogante”.

El análisis de las experiencias que compartimos pasa por un filtro distintivo: todas hemos cursado estudios de posgrado, maestrías y / o doctorados. Nuestras historias para acceder a la educación son tan diversas como nosotras mismas. Los contextos sociales, geográficos, familiares y económicos de los que venimos son también muy diferentes. Sin embargo, todas coincidimos en que nuestras trayectorias académicas, y actualmente como profesionistas, las barreras estructurales, tanto del sistema educativo como de otros espacios de desarrollo profesional, nos recuerdan que los indígenas, y en particular las mujeres, tenemos que duplicar o triplicar el esfuerzo para alcanzar estándares establecidos con y por parámetros del “hombre blanco occidental” (Icaza 2012, Olivera Bustamante 2007, Hernández Castillo 2002). En las narraciones ilustramos a estos diversos matices de la discriminación.

Como mencionamos, lo que más nos importa es visibilizar las estrategias de resistencia y resiliencia que hemos desarrollado. Para nosotras, la resistencia significa enfrentar una historia colonial que ha pretendido reducir y borrar a los pueblos originarios, pero que desafiamos con nuestras luchas políticas, no como un objetivo final sino como comienzo, como posibilidad (Lugones 2010), como “el estado activo desde el cual buscar la colectividad y la coalición” (Lugones 2003: 2). Mientras que la resiliencia es, para nosotras, la forma en que hemos transformado la discriminación en la redignificación de nuestras identidades y comunidades. Con resiliencia y colectividad vamos sanando heridas, porque sanar es un acto de comunión (hooks 1990). Por ello, nos posicionamos como mujeres críticas, como actrices políticas y sociales actuando

3. Para María Lugones (2003), todas aquellas personas que han sido subordinadas, explotadas y esclavizadas fueron forzadas a *vijajar*-“mundos”. Sólo los hombres de cierta clase y raza están en posición de ejercer su movilidad sin restricciones (blancos, occidentales, anglosajones).

juntas, desde nuestros *senti-pensares* (Méndez Torres, López Intzín, Marcos *et al.* 2013) personales y colectivos, desde nuestros varios contextos e historias múltiples, desde el *viajar*–“*mundos*” para generar conciencia. Solo reconociendo las exclusiones, nombrando y evidenciando prácticas discriminatorias, podremos construir caminos para detenerlas y revertirlas.

En este texto introductorio, comenzamos por presentar el camino recorrido para escribir el libro: cómo nos conocimos, cómo nos encontramos, y las diferentes acciones que emprendimos juntas. Posteriormente, realizamos una aproximación contextual y conceptual al racismo y su entrelazamiento con el sistema de educación superior mexicano, desde el cual fundamentar y comprender nuestras narrativas. Continuamos con la presentación de algunas de nuestras discusiones colectivas en dos secciones —las historias del racismo y las estrategias de resistencia— que fueron abordadas de manera diferente en los cinco capítulos —y que también se resumen en esa sección. A continuación, se exponen propuestas concretas para acabar con las prácticas racistas en las IES. La sección final, reflexiona sobre la relevancia de este texto y del libro.

El viaje de nuestro grupo.

Acciones contra el racismo desde la educación superior

En septiembre de 2020, un grupo de 10 mujeres profesionistas de origen Nahuatl, Zapoteca, Maya, Nuu savi, Tseltal, Tsotsil, Cho’l, Rarámuri y Mestiza participamos en la convocatoria que abrió el Seminario de la Unesco Educación Superior y Pueblos Indígenas y Afrodescendientes en América Latina⁴ para proponer proyectos enfocados en acciones de Internet para erradicar el racismo en la educación superior. La iniciativa de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco) tuvo como objetivo promover debates sobre las múltiples formas de racismo, aprender

4. Véase el sitio de Unesco en: <http://unesco.untref.edu.ar/>. El grupo quedó conformado por Angélica Hernández Vásquez (Nahuatl), Carmen Osorio Hernández (Nuu Savi), Georgina Méndez Torres (Ch’ol), Miriam Uitz May (Maya), Yamili Chan Dzul (Maya), Lucía Olivas Espino (Rarámuri), Patricia Pérez Moreno (Tseltal), Judith Bautista Pérez (Zapoteca), Flora Gutiérrez (Zapoteca), Marina Cadaval Narezo (Mestiza).

de las experiencias de otros países / contextos de América Latina y generar acciones locales concretas.

Previo a nuestra participación en la campaña, en junio de ese mismo año, el grupo discutía los hallazgos preliminares de la investigación doctoral de Marina Cadaval Narezo sobre las formas en que la educación de posgrado ha contribuido a la trayectoria de las mujeres indígenas profesionistas, qué oportunidades —nuevas, diferentes, iguales— y barreras —las mismas; otras, más fáciles o más difíciles— han encontrado. Las 17 participantes en la investigación recibieron una beca del Programa Internacional de Becas de la Fundación Ford (IFP) o del Programa de Becas de Posgrado para Indígenas (Probepi) con la cual estudiaron una maestría o un doctorado entre 2004 y 2017.

La metodología desarrollada por Marina, basada en enfoques feministas (Harcourt, Van den Berg, Dupuis et al. 2022), e indígenas (Smith 2012, Wilson 2008) se basó en la colaboración, el respeto, la solidaridad y el cuidado (Cadaval Narezo 2022). Como parte de su proceso de investigación, Marina organizó dos conversaciones virtuales entre las participantes para discutir sus hallazgos y recibir comentarios. Fue entonces cuando coincidimos las participantes del proyecto de la Unesco. Algunas de nosotras nos habíamos conocido antes como becarias o ex becarias de IFP-Probepi, e incluso habíamos colaborado en algunos proyectos.⁵ Otras nos conocimos por primera vez en esas sesiones virtuales. Marina conocía a todas porque había formado parte de los equipos operativos y ejecutivos de IFP-Probepi de 2001 a 2015.

Entre los temas que surgieron de la mencionada investigación y que se discutieron de forma colectiva, estuvo el racismo enfrentado a lo largo de las trayectorias académicas y profesionales. Un análisis interseccional de esas experiencias —la discriminación no es un problema de una sola capa, sino una interacción compleja de identidades y prácticas de opresión superpuestas e interconectadas (Wekker 2016, hooks 2015, Hill Collins 1990, Crenshaw 1989)— llevó a las participantes a identificar el racismo multidimensional —individual, interpersonal, interétnico, institucional, cultural, sistémico— que existe en la educación superior, así como la forma en que este opera: a veces

5. Por ejemplo, Carmen Osorio Hernández, Georgina Méndez Torres y Judith Bautista Pérez formaron parte de la Red Interdisciplinaria de Investigadores de los Pueblos Indios de México (Red INPIM, <https://rediinpim.wixsite.com/rediinpim>), la primera red en México que reunió hombres y mujeres profesionistas de pueblos originarios con estudios de posgrado.

tajante, directo, como la falta de una educación culturalmente pertinente y de calidad. Otras veces sutil, menos visible pero tan dañino como esos “micro-racismos” (Mamani 2022) vividos en la vida cotidiana y que se han naturalizado, como las formas de expresarnos sobre ciertos cuerpos, de ciertas facciones, al asumir diferencias jerarquizadas.

Otro tema importante discutido fue la importancia de que las mujeres indígenas sean reconocidas como protagonistas de sus propias historias, ya que históricamente han sido percibidas y *utilizadas* por *expertos académicos* como objetos de investigación (Cruz Cruz 2020). Son pocas, además, quienes han evidenciado y discutido públicamente sobre el racismo. Por lo tanto, trabajar juntas y unirnos a la campaña de la Unesco fue una forma de aportar al reclamo de bell hooks por “hablar raza” (hooks 1995), porque:

Quando la raza y el racismo son el tema del discurso público, las voces que hablan son masculinas. No existe un gran cuerpo de crítica social y política por parte de las mujeres sobre los temas de raza y racismo. [...] El rechazo cultural a escuchar y legitimar el poder de las mujeres que hablan sobre la política de raza y racismo [...] es un reflejo directo de una larga tradición de pensamiento sexista y racista que siempre ha representado a la raza y al racismo como territorio masculino, como política dura, un campo de juego al que las mujeres realmente no pertenecen (hooks 1995: 1).

Esta fue una forma de exponer las propias perspectivas de las mujeres racializadas como una lucha política que es en sí misma una contribución a una crítica sobre el racismo y otras exclusiones (hooks 1995). Una de las participantes, Bertha Pech, una colega Maya que forma parte del Seminario de la Unesco, compartió la convocatoria con el grupo; 10 de las 17 participantes en la investigación decidieron participar. Postulamos con el proyecto titulado “El racismo en la educación de posgrado. Miradas, Reflexiones y Resistencias de Mujeres Indígenas en México”.

La propuesta se centró en comprender cómo las mujeres profesionistas indígenas experimentan y responden a expresiones coloniales, multidimensionales e interseccionales de discriminación racial (Lugones 2003, Quijano 2000, Wekker 2016, hooks 2015, Hill Collins 1990, Crenshaw 1989). Es decir, cómo ese racismo histórico, interpersonal, interétnico, institucional, cultural,

sistémico se entrecruza con las identidades individuales y colectivas —basadas en género, etnia, clase— creando diferentes posiciones de poder, y por ende, diferentes niveles de privilegio y discriminación. Esta interacción demuestra la complejidad del racismo y la forma en que opera y afecta de diferentes maneras, en diferentes espacios y tiempos.

Cuatro IES en las que colaboran cuatro de las participantes apoyaron la propuesta (tres en México y uno en Europa): la Universidad de Oriente (UNO), en Yucatán, donde Miriam Uitz es profesora; la Universidad Veracruzana Intercultural (UVI), en Veracruz, donde Angélica Hernández también es profesora; el Centro Profesional Indígena de Consejería, Defensa y Traducción (Cepiadet, A.C.) en Oaxaca, del cual Judith Bautista es miembro y colaboradora, y el Instituto Internacional de Ciencias Sociales de la Universidad Erasmus de Róterdam (ISS-EUR) en Holanda, donde Marina Cadaval es investigadora de doctorado. El proyecto fue evaluado positivamente y seleccionado entre más de 50 postulaciones, para formar parte de las 26 IES de América Latina que desarrollaron una campaña en el último trimestre de 2020.

Para llevar a cabo nuestra propuesta, las participantes organizamos tres *conversatorios* en forma de encuentros virtuales privados entre nosotras mismas, en los que compartimos experiencias personales de manera íntima y en un ambiente cuidado, amoroso y seguro. Fueron reuniones informales para discutir temas relevantes en un ambiente relajado y abierto. Después de esos tres encuentros, se sugirieron acciones concretas para revertir las prácticas racistas en las IES. Los *conversatorios* tuvieron lugar entre septiembre y octubre de 2020. Duraron aproximadamente dos horas cada uno. Las responsabilidades de organización, moderación, manejo del tiempo, solución de problemas técnicos y elaboración de informes se distribuyeron entre las participantes. Si alguna no podía asistir o cumplir con las tareas asignadas, otra la reemplazaba. La solidaridad y el cuidado estaban en el centro del proyecto. En las sesiones reflexionamos sobre tres aspectos que fueron el tema central de cada encuentro. En el primero, compartimos historias personales sobre el racismo en nuestras trayectorias académicas y profesionales; en el segundo, hablamos de estrategias individuales y colectivas de resistencia y resiliencia; para el tercero, concluimos con algunas propuestas concretas.

Figura I. Blog launch



Figura II. #LunesdeHistoria



Aunque algunas sesiones fueron dolorosas, escucharnos y mirarnos a los ojos nos permitió que entre nosotras nos sintiéramos cómplices, acompañadas, pero también fuertes y claras sobre cómo importan nuestras enunciaciones para denunciar y revertir prácticas racistas. Como diría hooks (1990) “la verdadera resistencia comienza cuando las personas se enfrentan al dolor, ya sea suyo o de otra persona, y queriendo hacer algo para cambiarlo” (hooks 1990: 215).

En general, la campaña se desarrolló entre agosto y noviembre de 2020. Como parte de los compromisos con el Seminario de la Unesco, algunas de nosotras asistimos a reuniones periódicas en línea con los representantes de las 26 IES seleccionadas para compartir los procesos que cada iniciativa estaba llevando a cabo. Cada IES generó procesos y acciones propias y contextualizadas, tales como seminarios, encuestas, talleres y cursos virtuales, conversatorios, foros, programas de radio y televisión, producciones audiovisuales

y campañas de sensibilización. Los resultados fueron diversos.⁶ Al finalizar la campaña, en el mes de diciembre, se realizaron cuatro sesiones virtuales de presentación de los diferentes proyectos. Nosotras lo hicimos el 9 de diciembre.⁷ También entregamos dos informes y un video-corto con nuestras propuestas.⁸

El blog y el libro

Los conversatorios fueron una fuente de inspiración para seguir reuniéndonos y reflexionando juntas. Cuando finalizó la iniciativa de la Unesco, el ISS-EUR y el grupo de investigación Innovación Cívica (CI), donde Marina realiza su investigación, otorgaron recursos para sistematizar las discusiones y compartirlas en otros foros. Rosalba Icaza, profesora mexicana del ISS-EUR se interesó y se sumó a la iniciativa. El nuevo proyecto consideró desarrollar un blog y este libro. Ocho de las 10 mujeres que formaron parte de la campaña de la Unesco continuaron en esta iniciativa. Junto a Rosalba Icaza, el grupo quedó integrado por nueve mujeres profesionistas de México, siete indígenas y dos mestizas.

El blog

A principios de 2021 comenzaron de nuevo las reuniones virtuales. El grupo tomó un taller para aprender a crear blogs.⁹ Un comité de tres voluntarias (Angélica Hernández, Georgina Méndez y Miriam Uitz), supervisó el diseño general y le dio seguimiento. Buscaron una plataforma accesible y gratuita, eligieron la estructura, propusieron colores e imágenes. El grupo se reunía cada dos semanas para intercambiar opiniones, discutir avances y definir cronogramas de trabajo. Fue un producto colectivo donde todas participamos, decidimos y aportamos. Unos meses después, el 29 de marzo de 2021, se lanzó el blog (véase figura I); lo llamamos *Resistencias y Mujeres Indígenas*

6. Véase: “Visibilizar, denunciar y erradicar el racismo: claves para una Educación Superior inclusiva”, *Mundo Untref*. Disponible en: <https://www.untref.edu.ar/mundountref/racismo-educacion-superior-inclusiva>.

7. Véase: Sesión 3 - Campaña contra el Racismo en la Educación Superior (video). YouTube. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=ID6UQgtIH8>

8. Véase: Reflexiones de mujeres indígenas profesionistas en México sobre la discriminación y el racismo (video). Disponible en: <https://mujeresyresistencias.com/otras-colaboraciones/>

9. Impartido por la artista e investigadora mexicana Paulina Trejo Mendez, exalumna del ISS-EUR.

*Profesionistas. Reflexionamos y luchamos contra la discriminación y el racismo en la educación superior.*¹⁰

Se subió un texto semanal en lo que se promocionó como #LunesdeHistoria (véase figura 2). Todos los lunes por la mañana se publicaba y compartía la entrada en nuestras redes sociales (Facebook, Instagram, Twitter, etcétera) para que el impacto fuera más amplio. Antes de cada publicación, el grupo comentaba los textos de las demás, rotándose las revisiones. Las versiones finales estuvieron a cargo de un comité editorial integrado por cuatro miembros (Marina Cadaval, Rosalba Icaza, Georgina Méndez y Carmen Osorio). Si alguna de nosotras no podía llevar a cabo la tarea o responsabilidad asignada, por ejemplo, revisar un texto, subirlo o producir el volante promocional, alguien más lo hacía. La lógica y la dinámica del trabajo siempre fueron colaborativas, colectivas y basadas en la confianza, el respeto y el cuidado. La última entrada se subió el 5 de octubre de 2021.

Aunque el grupo siguió reuniéndose, el blog dejó de alimentarse. La mayoría de las participantes habían compartido sus historias, por lo que se logró el objetivo y el compromiso iniciales. El blog funcionó como archivo por más de un año, hasta inicio de 2023 que fue renovado. Aún queda por hacer un análisis detallado y profundo de sus resultados e impacto. A mayo de 2023, el blog tuvo 5.816 visitas: 4.854 corresponden a las diferentes historias de racismo y 962 a las narrativas sobre resiliencia y resistencia. No tenemos contabilizadas las visitas a otras secciones porque la plataforma no permite obtener esa información. Sabemos, además, que el blog tuvo impacto en otras plataformas como Facebook, Instagram y Twitter. Por otro lado, las conversaciones que se tuvieron con personas que leyeron los textos y se acercaron de una manera más personal para comentarlos, fueron insumos importantes para alimentar las discusiones que teníamos en nuestras reuniones regulares. En general, los comentarios, las vistas y los “me gusta” recibidos fueron alentadores.

En junio el blog que fue relanzado públicamente. En esta nueva versión, buscamos incluir textos de mujeres diversas quienes estén interesadas en compartir sus historias. El lanzamiento fue una invitación abierta a colaboraciones

10. Véase: <https://mujeresyresistencias.com>

de mujeres profesionistas de México con quienes queremos continuar nombrando el racismo para, algún día, poder dejar de hacerlo.

El libro

Después de que se publicara la última entrada del blog, en diciembre de 2021, comenzó la planificación del libro. Las discusiones sobre el tipo de material que el grupo quería producir tomaron varias sesiones: se dialogaba acerca de si sería un material académico o más independiente, de formato libre. Se establecieron términos de referencia y un cronograma para entregar los borradores de los capítulos individuales. Cinco de las nueve mujeres que escribieron para el blog encontraron tiempo para comprometerse a escribir. La dinámica para armar los materiales fue similar a la de creación y revisión del blog. Todas opinamos, propusimos y acordamos la forma, las reglas editoriales y el formato. Los borradores iniciales fueron compartidos y comentados entre las participantes, incluso entre aquellas que no escribieron un capítulo. El comité editorial —el mismo que se designó para el blog— supervisó la revisión de las versiones finales. Este ha sido también un producto colectivo, basado en la colaboración, el respeto y la confianza.

Cada capítulo es muy diferente en forma, argumentos e historias compartidas. Son ejemplos de nuestras posiciones y enunciaciones individuales, pero también de nuestra postura colectiva frente al despojo epistémico de las producciones académicas que limita y configura narrativas. Por despojo epistémico, siguiendo a Xóchitl Leyva (2021), entendemos la forma en que los estilos académicos obligan a pensar y escribir “como si hubiera una voz en off que te dice qué pensar, cómo expresar y qué expresar” (Leyva 2021: 117). Despojos que matan la creatividad y el diálogo. A pesar de ello, el hecho de que todas las autoras realizamos estudios de posgrado en instituciones convencionales¹¹ imprime un lenguaje académico que forma parte de nuestra (de) formación profesional, por lo que nuestras narrativas están condicionadas por su lógica y estructuras. Sin embargo, y aunque el libro tiene acercamientos aca-

11. Nos referimos a las instituciones que no han sido diseñadas para responder a las demandas y propuestas educativas impulsadas por los pueblos indígenas y afrodescendientes, siguiendo la acepción de Daniel Mato (2015).

démicos, en realidad se mantienen las voces, palabras y argumentos de nuestros *senti-pensares* (Méndez Torres, López Intzín, Marcos *et al.* 2013).

Las narraciones resumidas en esta introducción y presentadas en el libro no son anécdotas ni materia prima o insumos que se extraen para ser analizados por expertos, son conocimientos en sí mismas que ofrecen un diálogo abierto con otras personas. “[Nuestras] palabras son reflejos sentimentales situados que interpelan los modos de ver, hablar y entender propios del poder y de la academia colonial o neocolonial” (Leyva 2021: 125). Nuestra esperanza es que los lectores valoren y aprecien este esfuerzo.

El libro y esta introducción son el resultado de esfuerzos individuales y colectivos de mujeres que —aunque no todas ejercen una carrera académica, es decir, que sus actividades profesionales están fuera del ámbito de la educación superior y de la producción de conocimiento académico— hicieron, dedicaron y priorizaron tiempo para reflexionar y escribir estos textos. Ha sido un proceso en el que nuestros plurales encarnados, esos diversos *viajar-“mundos”* (Lugones 1987) —mundos dentro de nosotras mismas, mundos que nos constituyen y nos conectan con otros para entender sus propios universos; contextos que habitamos y nos habitan, maleables, inciertos— han guiado el camino. Todas nos hemos movido entre diferentes espacios culturales e ideológicos, dando forma a nuestras identidades y entendimientos. Hemos viajado con cuidados mutuos y con amor. Son viajes hechos a través de esos nuestros propios mundos plurales, mientras viajábamos a los mundos plurales de las demás, los que nos hicieron conscientes de cómo habitamos esas otras vidas que no son las nuestras, pero a las que también pertenecemos. A partir de ahí, del cruce de empatías interconectadas, hemos construido *coaliciones profundas* basadas en “diferencias fundamentadas no en coincidencias de intereses individuales o grupales sino en múltiples comprensiones de opresiones y resistencias” (Lugones 2003: 39).

Nuestros procesos están conectados con los conceptos propuestos por María Lugones (2003), tanto el viajar-“mundos” como el de coaliciones profundas porque el primero es una forma de ser y saber que permite identificarse con los demás de manera amorosa, abrazando los múltiples y móviles seres que somos y desde donde nos cruzamos y vinculamos con otras personas. Esas somos nosotras. Mujeres plurales, viajando dentro de nosotras y entre nosotras para seguir descubriendo quiénes somos y quiénes fuimos. Mu-

eres quienes, al dialogar, se redescubrieron a sí mismas, espejeándose en las realidades de las demás; realidades que pueden parecer lejanas o inconexas, pero que se cruzan en determinados espacios y tiempos. Desde nuestras múltiples geografías y temporalidades, viajamos al mundo de las otras para tejer nuestro colectivo, pero también cada una de nosotras ha recorrido su propia historia para identificarse y redignificarse. Nuestras intersecciones interculturales, raciales e identitarias han sido *mundos* poderosos para enramar esas “coaliciones profundas que fomentan la formación de intereses, entendimientos y metas con los grupos oprimidos” (Lugones 2003: 26).

Este libro, por lo tanto, es el resultado de esos viajes amorosos, inciertos, oscilantes y relacionales que comenzaron con una investigación de doctorado y se convirtieron en un grupo de mujeres que se cuidan. En ese sentido, y como se mencionó, la escritura del libro inició con compartir nuestras historias y, luego, se desarrollaron los marcos contextuales y conceptuales para ubicar las narrativas. Teorizamos a partir de la experiencia encarnada. En la siguiente sección, se presentan algunas discusiones sobre el racismo, en particular, en el contexto de México. Nuestro enfoque no pretende revisar a profundidad la literatura sobre el tema, sino fundamentar esas conceptualizaciones desde los prismas de nuestras narrativas: relatos, saberes y *sentí-pensares* que son en sí mismos teorías encarnadas (Leyva 2021, Ahmed 2014.).

Racismo y educación (superior) en México

El racismo ha estado relacionado a una serie de prácticas, actitudes e ideas sobre el valor de las personas a partir de la creencia en diferentes razas entre seres humanos (Moreno Figueroa, 2016b), expresándose de manera concreta en el odio, el miedo, el rechazo y la exclusión de determinados cuerpos estigmatizados por referencia a su apariencia física, color de piel, origen étnico y / o el uso de una lengua [no colonial] (Gall, Iturriaga, Morales y Rodríguez 2021, Red Integra 2017). Estas aproximaciones, al igual que la mayoría de las definiciones que existen sobre el racismo en diccionarios, enciclopedias y otras publicaciones, parten de una diferencia biológica que, aunque construida

social e históricamente (Quijano 2000) y refutada científicamente,¹² ha sido el factor determinante para justificar jerarquizaciones sociales y culturales (Wade 2022, Moreno Figueroa 2016b, Moreno Figueroa y Saldívar 2015, Quijano 2000).

De acuerdo con el pensador decolonial Aníbal Quijano (2000), la idea de raza se origina durante el colonialismo europeo del siglo xvi en América Latina, a través y durante el cual se impuso la clasificación racial como centro de las relaciones de dominio. Estas clasificaciones se gestaron, enraizaron y expandieron junto con el modelo capitalista/moderno que llevó a la configuración del mundo a partir de nuevas identidades sociales (indios, negros, blancos, mestizos) y geoculturales (América, África, Lejano Oriente, Cercano Oriente, Occidente y Europa) (Quijano 2000). Bajo lo que Quijano llamó la “colonialidad del poder”, el continente americano fungió como centro del proyecto de consolidación del capitalismo y las razas sirvieron como nuevas categorías sociales a partir de las cuales se codificaron —justificaron, alimentaron, validaron— las relaciones entre conquistadores y conquistados —entre superiores e inferiores, humanos y no-humanos.

Aunque existen críticas a la colonialidad del poder de Quijano,¹³ su argumento nos sirve para reconocer que, si bien las razas no existen como diferencia genética, son una construcción histórico-social-cultural. Como tales, representan una realidad y tienen poder. Es decir, las razas no existen, pero el racismo sí (Wade 2022). En los debates sobre el racismo encontramos, por un lado, aquellas posturas que se oponen a hablar de las razas bajo el argumento de que son las palabras y los conceptos los que legitiman discursos y políticas públicas y, por ende, producen y profundizan el racismo (Gilroy 2004). Por otro lado, hay quienes consideran la necesidad de desmenuzar y analizar el origen y las implicaciones de la construcción de las razas para, desde ahí, identificar el profundo —negado— racismo, y con ello poder entonces replantear escenarios de convivencia (Wade 2022, Carlos Fregoso 2021, Navarrete 2017, Moreno Figueroa y Saldívar 2015). Para hooks (2003), por ejemplo, reconocer el racismo es significativo y necesario para transformar las condiciones que lo generan.

12. Para conocer un resumen general de algunos de los estudios que se han llevado a cabo, véase Peter Wade, 2022.

13. Véase, por ejemplo, Pignoli Ocampo 2020 en <https://journals.openedition.org/cal/10881>

En México hasta hace poco el racismo era negado (Moreno Figueroa y Saldívar 2015; Carlos Fregoso 2021; Navarrete 2017). La negación provenía de no reconocernos como sujetos racializados sino como sujetos nacionales (Moreno Figueroa y Saldívar 2015). El proyecto nacional de Estado liberal del siglo XIX supuso un cambio político y social que alejó al naciente país independiente del yugo del imperio español. La identidad mestiza se creó para unificar una sociedad dividida durante el período colonial entre criollos e indígenas.¹⁴ El mestizaje homogeneizaría la diversidad social y cultural, generando una “raza cósmica” (Vasconcelos 1925) que llevaría a México por la senda del progreso.

Sin embargo, la identidad mestiza, desde la perspectiva de Quijano (2000), sería la esencia para la expansión del proyecto capitalista colonial / moderno. Además, como lo evidencia la escritora e intelectual Ayuujk Yáznaya Aguilar, el proyecto del mestizaje significó la “desindigenización” de la población por el proyecto estatal (Aguilar Gil 2018). No fue producto de una mezcla racial ni cultural, sino que la desindigenización impuso un ideal de ser que negaba —niega— la diversidad del país y que veía en las élites criollas, blancas, europeizadas el modelo a ser alcanzado. Es decir, el mestizaje como uno de los elementos de la colonialidad planteada por Quijano (2000) conllevó una promesa de blanqueamiento (Carlos Fregoso 2021) que generó una oposición binaria entre indígenas y mestizos (Aguilar Gil 2018). Esta oposición fue transmitida por el Estado mexicano a lo largo del siglo XX, particularmente a través del sistema educativo, generando, de acuerdo con Rosalba Icaza (2022), un proyecto monocultural de miseria y borramiento de lo no-mestizo o criollo.

La identidad *desracializada* del mexicano —*raceless* en inglés siguiendo a David Theo Goldberg (2001)— afectó las dinámicas cotidianas y permitió la normalización y reproducción del racismo (Carlos Fregoso 2021, Navarrete 2017, Moreno Figueroa 2016b). El mestizaje nos hizo a todos iguales, mexicanos —sujetos nacionales desracializados (Moreno Figueroa 2016b). Esto resultó en un racismo estructural, sistémico, pero también en lo que se ha llamado “micro-racismos” (Mamani 2022):

14. Los criollos eran españoles o descendientes de españoles nacidos y criados en sus colonias, en lo que luego se llamó América Latina.

[...] manifestaciones de racismo estructural que aparecen en actitudes, acciones y expresiones que tienen lugar en la vida cotidiana [y pueden ser] identificadas en aquellos mensajes ‘políticamente correctos’ o en ‘actitudes tolerantes’. Como expresión racial no parece ‘obvia’, se naturalizan y reproducen estereotipos raciales (que, a su vez, se entrelazan con el patriarcado, la heteronormatividad, el sexismo, el clasismo y el nacionalismo) (Mamani 2022: 212).

Si bien hace menos de diez años el racismo en México había sido poco abordado académicamente —entre 1956 y 2014 se publicaron 66 trabajos (Moreno Figueroa 2016a)— a partir de 2001, el tema ha sido centro de discusiones sobre los procesos identitarios nacionales —18 trabajos fueron producidos desde entonces (Iturriaga Acevedo 2020). Aunque el estudio del racismo se ha abordado desde la Antropología, mirando críticamente a las políticas indigenistas, otros estudios han comenzado a cuestionar no solo la negación de lo indígena y lo afromexicano en los entramados raciales, sino el propio mestizaje como un proceso precario (Moreno Figueroa 2016b) y encriptado (Iturriaga Acevedo 2020). Como categoría racial ligada a la blancura, el mestizaje es muy frágil y maleable porque cada persona se percibe a sí misma y es percibida por los demás de manera diferente (Carlos Fregoso 2021, Moreno Figueroa 2016b, Moreno Figueroa y Saldívar 2015). Los mexicanos navegan por una amplia paleta de colores y tonos, pero dentro de la cual se aspira a los tonos claros porque la blancura es el referente social, económico y cultural (Martínez Casas, Saldívar y Flores 2014, Flores y Telles 2012). En este contexto, las personas mestizas, y más aún las más blancas, no necesitan identificarse como seres raciales, no necesitan ser nombradas ni justificadas frente a los demás. Son el punto de referencia para otros grupos que históricamente han sido nombrados, como los indígenas y los afromexicanos (Moreno Figueroa s/f).

El estudio de Edward Telles (2014) llamado PERLA (*Project on Ethnicity and Race in Latin America*, Proyecto sobre Etnicidad y Raza en América Latina) sobre la pigmentocracia en los países latinoamericanos ha reabierto debates acerca del racismo ensombrecido por la ideología del mestizaje, exponiendo las desigualdades, injusticias y prejuicios basados en las diferencias raciales que determinan las oportunidades de vida de las personas. Entre los hallazgos del caso de México, por ejemplo, destaca que a mayor nivel

educativo mayor es la propensión para que las personas se consideren mestizas sin importar la tonalidad de la piel (Telles 2014), a pesar de ser la oscuridad de la piel el primer rasgo discriminatorio, seguido por la condición económica y el uso de una lengua indígena (Torre-Cantalapiedra 2016).

Estos estudios y debates han sido útiles para contextualizar nuestras experiencias de racismo y comprender la dificultad de hablar de ellas. Entender lo que ha significado el proyecto del mestizaje, y revisar estudios como el de PERLA nos ayudaron a situar los privilegios de las mestizas en el grupo. Como colectivo nos posicionamos como parte de quienes prefieren nombrar e identificar prácticas racistas. Coincidimos en que el racismo no debe definirse en términos de discriminación individual y aislada contra cuerpos o culturas, sino como una forma estructural de dominación que menosprecia a grupos y a personas.

En nuestras reflexiones y discusiones nos cuestionamos constantemente si al identificarnos como mujeres racializadas nos encasillamos en categorías coloniales —indígenas, mestizas— que si bien criticamos, al usarlas las validamos, reproduciendo con ello discursos diferenciadores. Probablemente, pero optamos por las inconsistencias que provoca nombrar el racismo. También queremos aclarar y enfatizar que, aunque nuestras historias están atravesadas por la discriminación racial, no somos nada más seres racializados, no es sólo la racialización de nuestros cuerpos lo que nos define. Somos mujeres, amigas, madres, peatonas, vecinas, hermanas, compañeras. Nuestras historias y nuestro *viajar-mundos* vienen de todos esos lugares: “queremos ser vistas íntegras, queremos romper espejos resquebrajados que nos muestren en fragmentos separados, inconexos” (Lugones 2003: 43).

Educación diferenciada. Reproducción sistémica del racismo

El sistema educativo actual se construyó y desarrolló a partir del siglo XIX como parte del proyecto de un Estado liberal de nación. Fue —y sigue siendo— un poderoso aparato a través del cual se expandió e impuso la identidad *sin raza* del mestizaje (Salmerón Castro y Porras Delgado 2010, Schmelkes 2009). Como en la mayoría de los sistemas de educación superior latinoamericanos, no solamente las personas indígenas, sino también las lenguas, los saberes ancestrales, las cosmovisiones y las formas de conocer estuvieron y siguen es-

tando ausentes (Mato 2016; Grosfoguel 2016, Walsh 2002). Todas nosotras, por ejemplo, crecimos con libros de texto exclusivamente en español en los que los pueblos indígenas no estaban presentes o eran retratados como un pasado glorioso, como folclore.

En ese sentido, el levantamiento Zapatista de 1994 impulsó en México algunas políticas de reconocimiento y promoción de su carácter pluricultural, con las cuales se ha buscado revertir la negación y el olvido de las poblaciones indígenas y afromexicanas (Mato 2015; Salmerón Castro y Porras Delgado 2010; Schmelkes 2009). En materia de educación superior, por ejemplo, desde el año 2000 se implementaron 12 Universidades Interculturales (UI) en diferentes regiones campesinas e indígenas, respondiendo a tres demandas históricas de los pueblos: acceso a una educación bilingüe y pertinente; la promoción de las culturas y saberes indígenas a nivel nacional, y autonomía para decidir sobre su propio sistema educativo (Schmelkes 2009). Si bien, el proyecto ha representado un esfuerzo histórico por descolonizar el sistema universitario (Dietz 2012), 20 años después, los resultados no han sido muy alentadores. A pesar de las importantes generaciones de profesionistas y académicos indígenas que se han formado, el número aún está lejos de alcanzar a los estudiantes no indígenas.¹⁵ Presupuestos insuficientes o precarios, burocracias administrativas, falta de profesores (indígenas) son algunos de los desafíos a superar (Dietz y Mateos Cortés 2019). Además, y desde nuestra experiencia, la educación intercultural se ha limitado a lo indígena entre los indígenas, sin generar una conciencia de la diversidad de manera más general y sustantiva en espacios educativos convencionales. Esto genera distancias y diferencias que, en lugar de ayudar a revertir prácticas racistas, las profundizan.

Pero más allá del intento y de los resultados particulares de las UI los números más generales no mienten. La presencia de estudiantes indígenas en la educación superior sigue estando por debajo del resto de la población. Un estudio muestra que, en 2015, solo 7.2% de la población indígena mayor de 15 años tenía estudios superiores y solo el 0.8% en el grupo de edad de 25 años y más, tenía un posgrado. Estos indicadores, para la población total son

15. Un estudio realizado por Marion Lloyd (2019) muestra que casi 130,000 estudiantes accedieron a universidades interculturales entre 2006 y 2018, en comparación con los casi 3'650,000 estudiantes reportados a nivel nacional entre 2005 y 2016.

18.6% y 2.5% respectivamente (Salazar Núñez *et al.* 2021, citado en Gallart 2021). Entre 1990 y 2015, los indígenas de 18 y más años con educación superior aumentaron de 2.9% a 7.9%, mientras que en la población total estos porcentajes pasaron de 8.2% a 20.1%. Es decir, 25 años después, los indígenas no han alcanzado los niveles de cobertura que tenía la población total en 1990 (Gallart 2021).

En cuanto a las mujeres indígenas, en 2015, estas representaban 48.1% del total de 590,245 indígenas con educación superior en México (Gallart 2021). Aunque esto es casi igual a la asistencia de los hombres, histórica y estadísticamente las mujeres han estado consideradas bajo la categoría de “indígenas”, lo que supone que experimentan las mismas exclusiones que los hombres. Su posición específica y diferenciada las ha llevado a experimentar una “triple forma de marginación” que no se ha tomado en cuenta: enfrentan exclusiones y discriminación por ser indígenas, mujeres y pobres. Los números no reflejan las exclusiones derivadas de estas intersecciones.

Diversos estudios han demostrado que el limitado acceso de las mujeres indígenas a la educación (superior) es sintomático de fallas interseccionales caracterizadas por esta triple exclusión estructural (InMujeres 2006, Sánchez Olvera 2009, Hernández Castillo 2008), y el triple racismo que experimentan por su apariencia física; por el valor negativo atribuido a las personas BIPOC (del inglés: “black, indigenous y people of color”, personas negras, indígenas y de color) y su *inferioridad* en relación con la gente / cultura blanca (Gneco-Lizcano 2016). Según el informe interno del Probeci no existe información cuantitativa sobre los perfiles y desafíos que enfrentan las mujeres indígenas que han realizado estudios de licenciatura, maestría, doctorado o posdoctorado (Gallart 2021). Esa falta de información habla ya de un sesgo sobre lo que vale la pena e importa conocer.

Algunas experiencias y reflexiones encarnadas sobre la educación superior y los procesos de desarrollo profesional para mujeres indígenas han sido publicadas por ex becarias del IFP en la revista *Aquí Estamos* (Gallardo Vásquez 2007, Bautista Pérez 2008, Méndez Torres 2008, Sánchez Gómez 2009, Martínez Velázquez 2009, Osorio Hernández 2011, Juan Carlos 2011, Aparicio 2012). Estas narrativas exponen las dificultades que les ha significado acceder a los estudios de posgrado y los retos enfrentados posteriormente al insertarse profesionalmente en sus comunidades y en el mercado laboral. Hablan, directa o

indirectamente de ese racismo sistémico y los micro-racismos que han determinado sus trayectorias académicas y profesionales.

Injusticia epistémica. Racismos, despojos y borramientos

Este contexto refleja lo que Icaza (2022) analiza como parte de la injusticia epistémica en la educación superior. La injusticia epistémica toma hoy en día muchas formas, como el racismo epistémico (Grosfogel 2011), el despojo o los borrados epistémicos (Leyva 2021; Patel 2015). El racismo epistémico podría entenderse como la forma fundamental de categorizar a los saberes – a las culturas y sus formas de conocer– no occidentales como inferiores y está basado en políticas esencialistas de las élites masculinas occidentales, por lo tanto, estrechamente entrelazado con el sexismo epistémico (Grosfogel 2011). El despojo epistémico, siguiendo a Leyva (2021) se vincula con el desdén por otras formas de expresión al utilizar un lenguaje elaborado que mata la posibilidad creativa de expresar palabras y cosas de manera clara y sencilla. Para nosotras, este despojo también anula la riqueza expresiva de otras formas de generar conocimiento y compartirlo, como la poesía y la oralidad.

Un ejemplo de despojo epistémico en el marco de las IES, están las diversas situaciones en las que los temas, los estilos de escritura y las perspectivas personales que queríamos desarrollar a lo largo de nuestros posgrados, fueron rechazados por “no tener estructura o relevancia académica”. Algunas de nosotras tuvimos que cambiar y ajustar nuestros objetivos y metodologías de investigación para cumplir con los requisitos correspondientes a un “documento académico adecuado” que nos permitiera graduarnos.

El borramiento epistémico, de acuerdo con Leigh Patel (2015), refleja las formas en que la colonialidad se manifiesta en contextos de conocimiento y creación de significado, en específico dentro de la investigación educativa y la escolarización formal. Es decir, estas formas de exclusión institucional representan el borramiento de aquellos saberes que se consideran irrelevantes, menosprecian las miradas locales que cuestionan a los paradigmas universalizante, conllevan ausencias en los currículos y en las pedagogías, y reproducción de estereotipos racializados. De acuerdo con Icaza (2022) también representan la apropiación y extracción de conocimiento en beneficio de algunos grupos

y sociedades que aprovechan su posición privilegiada en la producción de conocimiento.

De estos racismos, despojos y borramientos trata este libro y en cada capítulo se da cuenta de ello. A continuación, presentamos esos textos individuales, pero cruzados por el viaje y las reflexiones colectivas en que se enmarcaron. Hablamos primero de las historias vinculadas a prácticas racistas, haciendo referencia y presentando a las autoras que escribieron en al respecto. Posteriormente, hacemos lo mismo, pero en relación con quienes escribieron sobre las estrategias de resistencia y resiliencia. Las propuestas para detener el racismo en la educación superior que planteamos después, forman parte de nuestros actuares concretos.

Racismo en las trayectorias académicas de mujeres indígenas: relatos personales y reflexiones colectivas

Los esfuerzos académicos para nivelar las deficiencias del sistema educativo, entender sus lógicas, estudiar en un idioma que no necesariamente es el materno, migrar para ir a la universidad y vivir prácticas de tokenismo¹⁶ son algunos de los desafíos que enfrentamos casi todas a causa del racismo estructural. Miradas de desprecio, desdén por nuestro cuerpo o por nuestra vestimenta, comentarios que denotan esa *percepción arrogante* de la que habla Lugones (2003), las dudas sobre nuestro desempeño académico son ejemplos de los micro-racismos (Mamani 2022) que también compartimos.

Para Yamili Chan, Maya de Sanahcat en Yucatán, el racismo institucional se manifiesta desde el hecho de haber tenido que salir de su comunidad para continuar con su educación media superior, pues en la región no había escuelas secundarias. Estudiar en una ciudad la llevó a darse cuenta de que era diferente. Sus compañeros se burlaban de sus apellidos Mayas y también porque “era

16. Hacer esfuerzos superficiales o simbólicos para representar a personas de grupos subrepresentados en determinados espacios, políticas, etc., con el fin de dar la impresión de inclusión e igualdad sexual o racial (Diccionario Oxford 2022). El tokenismo nos llevó a pensar en lo que Catherine Walsh (2012) llama la ‘interculturalidad funcional’ como parte del reconocimiento de la diversidad y las diferencias, pero en función de las lógicas e intereses del sistema capitalista/neoliberal (sus instituciones, políticas, necesidades); es decir, ‘incluir’ a grupos marginados en estructuras sociales pero sin una verdadera intención de reconocer y validar sus conocimientos y aportes epistémicos.

evidente que era de un pueblo”. Durante sus estudios de maestría en Prácticas del Desarrollo en el Centro Agronómico Tropical de Investigación y Enseñanza (CATIE) en Costa Rica, Yamili experimentó cómo algunos estudiantes dudaban de su origen porque “los indígenas no estudian posgrados”. Para ella, la peor experiencia de racismo institucional, mezcla de rechazo descarado y tokenismo, fue cuando las autoridades universitarias del CATIE, una institución que recibía abiertamente a estudiantes de pueblos originarios, le negaron la posibilidad de usar su vestimenta tradicional en la ceremonia de graduación por no considerarla de *gala*.

En cuanto al tokenismo, Miriam Uitz, Maya de Kimbil’a, Yucatán, quien completó su maestría en Comunicación Audiovisual en el País Vasco en 2004, reflexionó sobre el limitado —si no nulo— acceso de las mujeres indígenas a puestos directivos. En su propia experiencia, trabajando para instituciones gubernamentales, al concluir su posgrado, identifica que sus conocimientos y habilidades profesionales no fueron tomados en cuenta ni valorados. Siempre fue elogiada por su labor como maestra de ceremonias o como traductora en actos conmemorativos. Pasada la *euforia*, no se le consideraba para contribuir como comunicadora audiovisual, por ejemplo, en la construcción de políticas públicas para el pueblo Maya u otras acciones de impacto regional que le interesaban. De ello habla en su texto, igual que de los microrracismos que vivió desde niña.

Miriam sabía que su pueblo natal era despreciado por el pueblo vecino por ser Maya hablante, y al igual que Yamili, tener que ir a la capital del estado a continuar su educación le hizo darse cuenta de que era diferente a las niñas de la ciudad. Tuvo que esforzarse más para comprender el entorno social, el lenguaje académico y poder comunicarse. No solo su apariencia y la forma en que hablaba la marginaron en su escuela, sino la diferencia económica y la (falta de) acceso a los medios de comunicación —como tener televisión, o programas de televisión de paga— a libros o a transporte, hicieron que su proceso de aprendizaje fuera distinto. Esa misma sensación de ser diferente la experimentó en el País Vasco: miradas de escrutinio, de rechazo, que eran más agudas y profundas que un insulto verbal. Sin haberlas entendido en su momento, sino hasta después y como parte de nuestras reflexiones colectivas, se dio cuenta de que eran miradas que la evaluaban, que la hacían sentir menos.

Un sentimiento difícil de identificar y afrontar es el de las inseguridades personales. A veces se genera y otras veces se profundiza durante los estudios, pero sin duda el rendimiento académico se ve afectado. A esto se suma el bajo nivel de las instituciones educativas, y el resultado para acceder a la educación superior es una montaña difícil de escalar. Por ejemplo, Lucía Olivas, docente Rarámuri originaria de Norogachi, Chihuahua, compartió sus reflexiones para acceder a la educación de posgrado como parte de uno de los pueblos indígenas del Norte del país; considerados, hasta hace poco, como *irrelevantes demográficamente* en comparación con los pueblos del centro y sur del país, y en procesos de extinción por su asimilación cultural con las poblaciones mestizas; los Rarámuris han estado olvidados de las políticas sociales, culturales y educativas (Garduño 2004).

Lucía relató cómo en 2008 fue la única candidata del norte que había sido seleccionada como semifinalista del IFP (de los 392 becarios seleccionados de 2001 a febrero de 2023 entre el IFP y el Probepi, solo cuatro son rarámuris, dos mujeres y dos hombres).¹⁷ En 2012, con el apoyo de esta iniciativa, Lucía concluyó su maestría en Competencias para la Innovación Educativa en la Universidad Iberoamericana de León, en el estado de Guanajuato, en donde también cursó el doctorado en Educación entre 2016 y 2019. En la actualidad, es una de las pocas (con base, en quizás menos de cinco) mujeres Rarámuris con doctorado.¹⁸

En su texto “Mostrarme como soy, lo que soy: una mujer Rarámuri”, Lucía cuenta su historia sobre cómo se involucró en nuestro colectivo, reflexiona sobre movimientos y la forma en que han promovido a las mujeres indígenas. Tam-

17. De 2001 a 2012, el IFP apoyó a 226 hombres y mujeres indígenas, entre las que se encontraban las dos rarámuris; mientras que de 2013 a 2023 el Probepi apoyó a 166 personas. A febrero de 2023, además de los 166 becarios y becarias, se encontraban seleccionadas otras 57 personas (13 en 2021 y 44 en 2022), quienes serán consideradas becarias una vez sean aceptadas y comiencen sus programas de posgrado. Información obtenida directamente a través de la Dirección del Probepi, febrero de 2023.

18. Esta información se basa en la percepción y conocimiento que tiene Lucía de su gente y región. No existe información oficial al respecto. Algunos artículos refieren datos de estudiantes rarámuris en la educación superior (licenciatura) refiriendo casos de estudio específicos, como el situado en la Universidad Autónoma de Chihuahua (UACH) (González Rodríguez 2015); el relacionado al Programa Académico para Estudiantes Indígenas de la Fundación Ford, PAEI, (Tarango, Murguía y Lao, 2011) o el de la Facultad de Ciencias Agrotecnológicas de la misma UACH (Anchondo-Aguilar, Porras-Flores, Arras-Vota *et al.* 2019). Cada uno de estos textos habla de una población estudiantil rarámuri reducida. El estudio de González Rodríguez es el único que da un panorama general de estudiantes rarámuris en la UACH, la institución pública y gratuita más importante del estado, y refiere que, en 2015, de los más de 25,000 alumnos registrados en licenciatura, solo 112 eran rarámuris (0.44%) y la mitad de estos, es decir 56, eran mujeres (0.22% de la población universitaria). Este panorama nos acerca a considerar la limitada presencia de las mujeres rarámuris a la educación de posgrado.

bién habla de la forma en la que la ignorancia sobre la existencia de los pueblos del norte sigue presente en su día a día y cómo usar su vestimenta tradicional la ha llevado, en varias ocasiones, a enfrentar actos discriminatorios: desde negarle el acceso a las universidades en las que ha estudiado y laborado como docente, hasta cuestionarle sus conocimientos y capacidad como profesionalista en las distintas instituciones en las que ha trabajado. Identificó, con base en experiencias personales, la forma en que las mujeres, y más las indígenas, no tienen acceso a puestos directivos a pesar de contar con trayectorias para llevarlos a cabo.

Otro tema transversal discutido, aunque no necesariamente expuesto en los capítulos, fue cómo el sexismo se vincula con prácticas racistas, el cual ocurre también en las comunidades de origen. Por ejemplo, las historias para continuar estudios superiores suelen estar enmarcadas por vacilaciones y dudas sobre la importancia de que las mujeres continúen estudiando. La alienación, la pérdida de la feminidad y las *habilidades de la mujer* como esposas, cocineras, madres, fueron los principales argumentos de los miembros de la familia o de la comunidad —tanto hombres como mujeres— para cuestionar la continuación de los estudios. Por otro lado, una vez obtenido un título, las expectativas son altas y desafiantes: o piensan que no volveremos o si lo hacemos, nos comportaremos con arrogancia, pensando que somos mejores y que impondremos otras formas de hacer las cosas. También se cree que ganamos más, entonces debemos contribuir extra. Esto no sucede necesariamente, pues como es bien sabido, las oportunidades profesionales y los salarios en México son menores para las mujeres, quienes debemos trabajar 51 días más al año para ganar lo mismo que el salario promedio de los hombres (Aquino 2022). Las condiciones para las mujeres indígenas son más complejas, en especial en las comunidades en donde, si bien hay mucho por hacer, “lo difícil es conseguir que alguien pague un salario por ese trabajo” (Gallardo Vásquez 2007; InMujeres 2006).

Por lo tanto, las experiencias de racismo, sexismo y de clase están interconectadas, son interseccionales (hooks 2015, Hill Collins 1990, Crenshaw 1989) y multidimensionales. Paradójicamente, en estos mismos espacios donde se vive el racismo —la academia, el mercado laboral, la familia y la comunidad— han sido donde hemos podido encontrar y desarrollar estrategias para enfrentarlo. Son estrategias desde las cuales transformamos el lugar de víctimas pasivas a actoras políticas activas, desafiando esa *percepción arrogante* (Lugones 2003)

para mostrar nuestras formas de resistencia y resiliencia. De ellas hablamos a continuación.

Estrategias individuales y colectivas de resiliencia y resistencia. Caminos, redes y encuentros

Las estrategias encontradas o desarrolladas que compartimos y que resultaron más valiosas incluyeron redes de apoyo entre mujeres, con las familias o las comunidades de origen; las discusiones entre colegas y, sobre todo, los posicionamientos y las enunciaciones individuales y colectivas reflexionadas durante los estudios de posgrado. Por ejemplo, para Carmen Osorio, Ñuu Savi de la Mixteca oaxaqueña, el poder de las redes ha sido el elemento central desde y con el cual contrarrestar exclusiones. Su activa participación en varios colectivos de distintos tipos —de mujeres rurales, de profesionistas indígenas— la han llevado a retomar sus raíces Mixtecas. Desde ellas, construye estrategias para reconocer y reivindicar los derechos individuales y colectivos de las mujeres.

Sus estudios de doctorado en la Universidad Federal de Río Grande del Sur, en Brasil (2005-2009), fueron claves para posicionarse como mujer Ñuu Savi y valorar su cultura. En aquél entonces, experimentó racismo por parte de colegas cercanos del posgrado y de algunas personas de la comunidad en donde llevó a cabo su investigación —también en Brasil, quienes cuestionaban su origen y la *tribu* a la que pertenecía—. Carmen ha identificado las oleadas de los movimientos feministas dentro de los cuales, las mujeres indígenas han encontrado sus propios espacios de referencia, distanciándose, pero utilizando las brechas abiertas para generar esos colectivos de redignificación identitaria que fortalecen las raíces desde el trabajo colectivo.

Para Miriam, su fe ha sido determinante para confrontar y cuestionar las exclusiones estructurales, repensar y transformar su realidad. Como mujer Maya, ha aprendido a conocerse espiritualmente, así como a valorar a su familia y a amigos como principales apoyos. Para Lucía, en cambio, usar vestidos tradicionales, que ella misma diseña y confecciona, ha sido una de sus estrategias para fortalecer su identidad y enfrentar el racismo: “me da confianza, seguridad, me siento yo misma”. Para Yamili, el derecho a la identidad, el trabajo de

sanación personal y colectivo son parte de las formas que utiliza para nombrar y confrontar las prácticas racistas.

Para todas nosotras, los estudios de posgrado fueron muy importantes porque nos alejamos de nuestra propia comunidad, región o país y tuvimos que presentarnos frente a los demás, lo que nos hizo reflexionar y valorar nuestras identidades. Por un lado, hablar del México *desconocido* de los pueblos originarios, nos llevó a compartir nuestras geografías específicas, los idiomas que hablamos además del español, las tradiciones particulares de nuestras comunidades. Pero también, los estudios de posgrado nos han llevado a reflexionar con mayor profundidad sobre las identidades y los privilegios.

Por ejemplo, para Marina Cadaval, mestiza / blanca de la Ciudad de México, los estudios de maestría y doctorado en el ISS-EUR sobre Desarrollo Social y Justicia Global, la han llevado a reflexionar sobre mestizaje como esa categoría racial poco desmenuzada, derivada de la construcción colonial sociohistórica del mexicano *sin raza*. Desde su vínculo con mujeres indígenas a través del IFP-Probepi, y a lo largo de nuestras conversaciones, identificó los privilegios con los cuales accedió y navegó la educación superior, y reconoció cómo los estudios de posgrado han sido indispensables para analizar las intersecciones de raza, género y clase, entre otras, que atraviesan al sistema educativo en México. La duda sobre su mexicanidad por ser mestiza / blanca, aunque le ha incomodado, la llevó a entender que la discriminación no siempre es racismo, y que el racismo se genera siempre desde condiciones de privilegio hacia condiciones de desventaja y nunca puede suceder a la inversa.

Para todas en general, ser parte de la comunidad IFP-Probepi donde se reunían mujeres y hombres indígenas de varios grupos, ayudó a conocer otras realidades, diferentes en contexto, pero similares en luchas. A lo largo de nuestra participación como becarias, exbecarias y colaboradoras, creamos vínculos y redes que expusieron y fortalecieron nuestros aportes profesionales en determinadas áreas. Un ejemplo es la Red IIMPIM fundada en 2005 por exbecarios del IFP y que fue entonces la primera red en México que reunió hombres y mujeres profesionistas de pueblos originarios con estudios de posgrado. Aunque ya no está activa, fue una importante iniciativa colectiva, la primera en su tipo, desarrollada por, con y para profesionistas indígenas de todo el país.

En conclusión, el trabajo en redes, las iniciativas colectivas, reflejarnos en las demás, discutir sobre quiénes somos, de dónde venimos, estudiar y reflexionar

sobre nuestros contextos, han sido las principales estrategias individuales, pero comunes para posicionarnos como actoras políticas y enfrentar el racismo y el sexismo. A partir de ahí y de nuestras propias trayectorias, hemos podido identificar acciones básicas y muy generales que pueden contribuir a detener prácticas excluyentes de las mujeres indígenas en la educación superior. Algunas propuestas que discutimos se resumen a continuación.

Propuestas concretas para detener el racismo en las instituciones de educación superior

Como hemos mencionado, una de nuestras coincidencias más consensuadas es la necesidad de nombrar, reconocer y hablar de forma abierta de prácticas racistas en todos los espacios que habitamos, pero principalmente en las IES. Si bien es en las universidades donde se produce el puente de la supuesta premisa multicultural del Estado mexicano, también es donde se ha fomentado la exclusión multidimensional transmitiendo *sutilmente* prejuicios e ideologías. Por lo tanto, y porque también es donde se legitima el conocimiento como “veraz” y donde los jóvenes pueden reflexionar críticamente sobre sus realidades y sus identidades, es durante la educación superior y los posgrados donde se deben concentrar los esfuerzos. Solo a partir del reconocimiento y un análisis serio y profundo desde las instituciones se producirán cambios significativos. Las propuestas que sistematizamos son las siguientes:

1. Fortalecer espacios de diálogo para reconocer, hablar y denunciar el racismo.
2. Detener la *participación simbólica* y las concesiones superficiales (tokenismo) para, en realidad, incluir a mujeres indígenas y afrodescendientes en IES y otros ámbitos profesionales, reconociendo sus conocimientos y capacidades además de la identidad étnica.
3. Diseñar políticas y protocolos de atención a prácticas racistas y sexistas.
4. Capacitar a docentes y personal administrativo para no reproducir actos y lenguajes discriminatorios, así como para atender y orientar a los y las jóvenes.

5. Publicar, difundir, y visibilizar las producciones académicas de mujeres (y hombres) indígenas.
6. Diseñar acciones y programas para fomentar la participación de mujeres indígenas y afrodescendientes.
7. Incluir formas y saberes desde la perspectiva intercultural en la currícula universitaria.
8. Concientizar y promover la diversidad cultural en las IES convencionales.

Para nosotras, es desde la formación escolar —no solo en la impartida por instancias interculturales, sino en todas las universidades e IES— donde se puede promover y reconocer la diversidad. Hablar de racismo es importante si el objetivo es que deje de ser un tabú, una negación y, sobre todo, una experiencia dolorosa que se vive, por lo general, de manera aislada. En este sentido, por ejemplo, Judith Bautista insistió en que el racismo experimentado cuando niña, aunque igualmente vivido por muchas otras personas de su pueblo, no era nombrado ni entendido como tal, simplemente porque no se hablaba de ello. Fue hasta más grande que relacionó esas discriminaciones con un racismo sistémico del cual ahora hay mucho más espacio para discutir. Las nuevas generaciones están más conscientes del racismo, se habla de ello, y aunque no es la solución, ayuda a que no nos sintamos solas.

A manera de conclusión. Relevancia y contribuciones

Este texto expone los aportes de mujeres indígenas y de mujeres diversas para generar diálogos hacia espacios más abiertos. Respetuosos e incluyentes. El libro contribuye a conectar temas transversales sobre diversidad, exclusión y desigualdad. En términos teóricos, vincula visiones de raza y racismo en México como las propuestas por Mónica Moreno Figueroa (2011, 2016b) y Wade (2002, 2022) con teorías que ven el encuentro colonial como fundacional de estructuras sociales diferenciadas y jerarquizadas racialmente. (Quijano 2000; Lugones 2003, Icaza 2012; Grosfoguel 2016; Leyva 2019; Leyva, Burguete y Speed 2008, Leyva *et al.* 2008) que no ha estado suficientemente presente en los diálogos sobre el racismo en México. También vincula la teoría

crítica feminista negra interseccional (hooks 2015, Hill Collins 1990, Crenshaw 1989) con los feminismos *descoloniales* mexicanos (Hernández del Castillo 2014, Marcos 2014; Millán 2014; Méndez Torres, López Intzín, Marcos *et al.* 2013).

En términos metodológicos, propone la experiencia como base de comprensiones sociales complejas y, en particular, la visibilización de las experiencias de las mujeres indígenas como fuentes de reflexión y conceptualización, y no como anécdotas, lugar que de forma tradicional les ha sido otorgado (Leyva 2021). Es un proyecto de descolonización y despatriarquización (Leyva 2021, Lugones 2003) en la forma en que nos hemos coludido para promover, cultivar y compartir nuestro saber, quiénes somos. Resistir.

Finalmente, este texto trata de *hablar de raza* (hooks 1995): para que las mujeres racializadas expongamos y posicionemos nuestras propias reflexiones como actoras políticas y sociales, desde donde estamos contribuyendo a identificar, nombrar y denunciar múltiples opresiones y diferentes discriminaciones. Este colectivo, las sinergias y coaliciones profundas creadas en su interior, son una acción concreta en sí misma. Nuestras luchas y posicionamientos políticos continúan porque no son un punto de llegada, sino un camino para caminar la vida.

Referencias

- Aguilar Gil, Yásnaya. 2018. “Nunca más un México sin nosotros”. *Dispatches*, núm. 000. En línea: <<http://dispatchesjournal.org/es/articulos/nunca-mas-un-mexico-sin-nosotros/>>, consulta: 1 de noviembre de 2022.
- Anchondo-Aguilar, Addy, Damián Aarón Porras-Flores, Ana María de Guadalupe Arras-Vota *et al.* 2019. “Trayectoria académica de Rarámuris en educación superior. Caso Facultad de Ciencias Agrotecnológicas de la Universidad Autónoma de Chihuahua”. *Revista Mexicana de Agronegocios*, vol. 45. En línea: <<https://www.redalyc.org/journal/141/14162394015/14162394015.pdf>>, consulta: 5 de diciembre de 2022.
- Aparicio, Leticia. 2012. “Construcciones teóricas desde la comunalidad y la praxis en un pueblo indígena Nahuatl de México”. *Aquí Estamos. Revista de Ex becarios Indígenas del IFP-México. Indígenas, formación de posgrado*

- e inserción profesional: experiencias desde el IFP en México*, vol. 9, núm. 17 (julio-diciembre 2012), pp. 16-19. En línea: <<https://ford.ciesas.edu.mx/downloads/Revista17.pdf>>, consulta: 15 de enero de 2023.
- Aquino, Eréndira. 2022. “¿A trabajo igual, salario igual? En México, las mujeres deben trabajar 51 días más al año para ganar lo mismo que los hombres”. *Animal Político*, 8 de noviembre de 2022. En línea: <<https://www.animalpolitico.com/genero-y-diversidad/brecha-salarial-mujeres-trabajo-hombres>>, consulta: 1 de febrero de 2023.
- Bautista Pérez, Judith. 2008. “El racismo en el desarrollo profesional y académico de las mujeres indígenas”. *Aquí Estamos. Revista de Ex becarios Indígenas del IFP-México. Mujeres indígenas profesionistas. Voces en marcha*, vol. 5, núm. 9 (julio-diciembre 2008), pp. 11-26. En línea: <<https://ford.ciesas.edu.mx/downloads/Revista9.pdf>>, consulta: 15 de enero de 2023.
- Cadaval Narezo, Marina. 2022. “Methodologies for collaborative, respectful and caring research. Conversations with professional indigenous women from Mexico”. En Wendy Harcourt, Karijn van den Berg, Constance Dupuis *et al.* (eds.). *Feminist Methodologies. Experiments, Collaborations and Reflections* (Series: Gender, Development and Social Change). Palgrave MacMillan, Suiza. En línea: <<https://link.springer.com/book/10.1007/978-3-030-82654-3#toc>>, consulta: 8 de febrero de 2023.
- Carlos Fregoso, Gisela. 2021. *¿Qué hace el proyecto racial del mestizaje? Cuatro ensayos sobre conocimiento y racismo*. Universidad de Guadalajara, México.
- Crenshaw, Kimberly. 1989. *Demarginalizing the Intersection of Race and Sex: A Black Feminist Critique of Antidiscrimination Doctrine, Feminist Theory and Antiracist Politics*. The University of Chicago Legal Forum, Chicago.
- Cruz, Emilia (ed.). 2020. *Reflexiones teóricas en torno a la función del trabajo de campo en lingüística-antropológica: contribuciones de investigadores del sur de México*, (Language Documentation & Conservation Special Publications, núm. 22). Universidad Hawai’i, Hawai’i. En línea: <<https://scholarspace.manoa.hawaii.edu/server/api/core/bitstreams/4f0d33e7-aa1b-4f17-807b-9fc9aeb4a1b8/content>>, consulta: noviembre de 2022.

- Diccionario Oxford. 2020. Oxford University Press. En línea: <http://oxforddictionaries.com/us/definition/american_english/tokenism>, consulta: 8 de noviembre de 2022.
- Dietz, Gunther. 2012. "Intercultural Universities in Mexico". En James A. Banks (ed.). *Encyclopedia of Diversity in Education*, vol. 3. SAGE, Los Ángeles, pp. 1480-1484.
- Dietz, Gunther y Laura Selene Mateos Cortés. 2019. "Las universidades interculturales en México, logros y retos de un nuevo subsistema de educación superior". *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, vol. 25, núm. 49. En línea: <<https://www.redalyc.org/jatsRepo/316/31658531008/html/index.html>>, consulta: enero de 2022.
- Flores, René y Edward Telles. 2012. "Social Stratification in Mexico. Disentangling Color, Ethnicity and Class". *American Sociological Review*, vol. 77, núm. 3, pp. 486-494.
- Gall Olivia, Eugenia Iturriaga, Diego Morales y Jimena Rodríguez. 2021. *¿Qué es y cómo se manifiesta el racismo? Reflexiones didácticas en torno al racismo y a la xenofobia en México*. Conapred, México. En línea: <https://www.conapred.org.mx/documentos_cedoc/Queycomo_manifiesta_racismo_02_WEB.Ax.pdf>, consulta: 16 de febrero de 2023.
- Gallardo Vásquez, Serafina. 2007. "El ser mujer indígena profesionista y el mercado de trabajo". *Aquí Estamos. Revista de Ex becarios Indígenas del IFP-México*, vol. 4, núm. 7 (julio-diciembre). En línea: <<https://ford.ciesas.edu.mx/downloads/Revista7.pdf>>, consulta: 5 de enero 2023.
- Gallart, María Antonieta. 2021. "Mujeres indígenas y acceso a la educación superior". Ciclo de conferencias "Caminos, historias y memorias de mujeres diversas". Secretaría de Pueblos y Barrios Originarios y Comunidades Indígenas Residentes, Gobierno de la Ciudad de México, México.
- Garduño, Everardo. 2004. "Cuatro ciclos de resistencia indígena en la frontera México-Estados Unidos". *European Review of Latin American and Caribbean Studies*, núm. 77 (octubre de 2004), pp. 41-60. En línea: <https://www-jstor-org.eur.idm.oclc.org/stable/pdf/25676134.pdf?refreqid=excelsior%3A18f6cb2f7eb721d45cb3260aff900d42&xab_segments=&origin=&acceptTC=1>, consulta: 1 de diciembre de 2022.

- Gilroy, Paul. 2004. *Between camps: nations, cultures and the allure of race* (2a ed.). Routledge, Londres.
- Gneco-Lizcano, Ángela María. 2016. "Mujeres Indígenas: experiencias sobre género e inclusión en la educación superior". *Revista Eleuthera*, vol. 14, pp. 47-66.
- Goldberg, David Theo. 2001. *The Racial State*. Blackwell Publisher, Gran Bretaña.
- González Rodríguez, Norma Luz. 2015. "Mujeres indígenas Rarámuri universitarias: su resistencia a la opresión". *Cuadernos de Campo*, San Paulo, núm. 24, pp. 223-243.
- Grosfoguel, Ramón. 2011. "Islamofobia epistémica y ciencias sociales coloniales". *Astrolabio*, núm. 6. En línea: <<https://revistas.unc.edu.ar/index.php/astrolabio/article/view/323/322>>, consulta: el 1 de diciembre de 2022.
- Grosfoguel, Ramón. 2016. "Del 'extractivismo económico' al 'extractivismo epistémico' y al 'extractivismo ontológico': una forma destructiva de conocer, ser y estar en el mundo". *Tabula Rasa*, núm. 24, pp. 123-143.
- Harcourt, Wendy, Karijn van den Berg, Constance Dupuis *et al.* (eds.). 2022. *Feminist Methodologies. Experiments, Collaborations and Reflections* (Series: Gender, Development and Social Change). Palgrave MacMillan, Suiza. En línea: <<https://link.springer.com/book/10.1007/978-3-030-82654-3#toc>>, consulta: 8 de febrero de 2023.
- Hernández Castillo, Rosalba Aída. 2002. "Indigenous Law and Identity Politics in Mexico: Indigenous Women Recreate Multiculturalism". *Political and Legal Anthropology Review*, vol. 25, núm. 1, pp. 90-199.
- Hernández Castillo, Rosalba Aída. 2014. "Algunos aprendizajes en el difícil reto de descolonizar el feminismo". En Margara Millán (ed.). En *Más allá del feminismo: caminos para andar*. Red de Feminismos Descoloniales, México, pp. 183-207.
- Hill Collins, Patricia. 1990. *Black Feminist Thought: Knowledge, Consciousness, and the Politics of Empowerment*. Routledge, Londres.
- hooks, bell. 1990. *Yearning: Race, Gender, and Cultural Politics*. South End Press, Boston.
- hooks, bell. 1995. *Killing rage. Ending Racism*. Henry Holt and Company, Nueva York.

- hooks, bell. 2003. *Teaching Community: A Pedagogy of Hope*. Routledge, Nueva York.
- hooks, bell. 2015. *Talking back. Thinking feminist, thinking black*. Routledge, Nueva York.
- Icaza, Rosalba. 2012. "(Re)Thinking the 'New' North America through Women's Citizenship Struggles in Mexico". En Jeffrey Ayres y Laura MacDonald (eds.). *North America in Question: Regional Integration in an Era of Political Economic Turbulence*. University of Toronto Press, Canadá, pp. 309-333.
- Icaza, Rosalba. 2022. "Epistemic (in)justice and Higher Education", [Texto sin publicar].
- Inegi, Instituto Nacional de Estadística y Geografía. 2015. *Principales resultados de la Encuesta Intercensal. Estados Unidos Mexicanos*. Inegi, México.
- InMujeres, Instituto Nacional de las Mujeres. 2006. *Las mujeres indígenas de México: su contexto socioeconómico, demográfico y de salud*. InMujeres, México.
- Iturriaga Acevedo, Eugenia. 2020. "Desencriptar el racismo mexicano: meztizaje y blanquitud". *Desacatos*, núm. 64 (septiembre-diciembre), pp. 148-163. En línea: <https://desacatos.ciesas.edu.mx/index.php/Desacatos/article/view/2339/1544>, consulta: 30 de mayo de 2023.
- Juan Carlos, Irma. 2011. "Antes, durante y después de mi maestría: retos y oportunidades". *Aquí Estamos. Revista de Ex becarios Indígenas del IFP-México. Educación superior y formación de profesionistas indígenas: diálogo de experiencias*, año. 8, núm. 14 (enero-junio de 2011), pp. 26-29. En línea: <<https://ford.ciesas.edu.mx/downloads/Revista14.pdf>>, consulta: 15 de enero de 2023.
- Leyva, Xóchitl, Jorge Alonso, R. Aída Hernández et al. 2008. *Prácticas otras de conocimiento(s): Entre crisis, entre guerras* (tomo II). Clacso, Cooperativa Editorial Retos, Taller Editorial La Casa del Mago, Buenos Aires.
- Leyva, Xóchitl. 2019. "Decolonizing Anthropologist from Below and to the Left". En R. Aída Hernández Castillo, Suzi Hutchings y Brian Noble (eds.). *Transcontinental Dialogues. Activist Alliances with Indigenous People of Canada, Mexico and Australia*. The University Arizona Press, Arizona, pp. 143-165.

- Leyva, Xóchitl. 2021. “Aportes desde los márgenes a la co-creación de prácticas de conocimientos otros”. *Revista Antropologías del Sur*, año 8, núm. 16, pp. 115-131.
- Leyva, Xóchitl, Araceli Burguete y Shannon Speed (coords.). 2008. *Gobernar (en) la diversidad: experiencias indígenas desde América Latina. Hacia la investigación de co-labor*. Publicaciones de la Casa Chata Ciesas-Flasco, México.
- Lloyd, Marion. 2019. “Las universidades interculturales en México, 2003-2019: principales cifras, desigualdades y retos futuros”. En Marion Lloyd (coord.). *Las universidades interculturales en México: historia, desafíos y actualidad*. UNAM, IISUE, PUEES, México, pp. 69-96.
- Lugones, María. 1987. “Playfulness, ‘World’-travelling, and loving perception”. *Hypatia*, vol. 2, núm. 2, pp. 3-19.
- Lugones, María. 2003. *Pilgrimages / Peregrinajes: theorizing coalition against multiple oppressions*. Rowman & Littlefield Publishers, Inc., Lanham, Maryland.
- Lugones, María. 2010. “Toward a Decolonial Feminism”. *Hypatia*, vol. 25, núm. 4, pp. 742-759. En línea: <https://www.jstor.org/stable/40928654#metadata_info_tab_contents>, consulta: 15 de enero de 2023.
- Mamani, Chana. 2022. “Micro-racismos del racismo estructural (Y epistemologías territoriales para el trabajo social)”. *Territorios-revista de trabajo social*, año VI, núm. 6 (septiembre de 2022), pp. 209-220. En línea: <<https://publicaciones.unpaz.edu.ar/OJS/index.php/ts/article/view/1352/1266>>, consulta: 3 de diciembre de 2022.
- Marcos, Sylvia. 2014. “Feminismos en camino descolonial (Feminism in a decolonial path)”. En Margara Millán (ed.). *Más allá del feminismo: caminos para andar*. Red de Feminismos Descoloniales, México, pp. 15-34.
- Martínez Casas, Regina, Emiko Saldívar, René Flores *et al.* 2014. “The Different Faces of Mestizaje. Ethnicity and Race in Mexico”. En Edward Telles. *Pigmentocracies: Ethnicity, Race, and Color in Latin America*. University of North Carolina Press, Chapel Hill, pp. 36-85.
- Martínez Velázquez, Xitlali. 2009. “La salud pública en México: un reto para la formación de los profesionales en Michoacán”. *Aquí Estamos. Revista de Ex becarios Indígenas del IFP-México. Miradas indígenas sobre la salud pú-*

- blica*, vol. 6, núm. 11 (julio-diciembre), pp. 11-19. En línea: <<https://ford.ciasas.edu.mx/downloads/Revista11.pdf>>, consulta: 15 de enero de 2023.
- Mato, Daniel. 2015. “Panorama Latinoamericano. Educación Superior y Pueblos Indígenas en América Latina. Contextos, experiencias, conflictos y desafíos”. En Daniel Mato (coord.). *Educación Superior y Pueblos Indígenas en América Latina. Contextos y Experiencias*. Eduntref, Buenos Aires.
- Mato, Daniel. 2016. “Educación Superior y Pueblos Indígenas y Afrodescendientes en América Latina. Interpelaciones, avances, problemas, conflictos y desafíos”. En Daniel Mato (coord.). *Educación Superior y Pueblos Indígenas en América Latina. Experiencias, Interpelaciones y Desafíos*. Eduntref, Buenos Aires.
- Méndez Torres, Georgina. 2008. “Identidades cambiantes e imaginarios sociales de las mujeres indígenas: Reflexionando desde la experiencia”. *Aquí Estamos. Revista de Ex becarios Indígenas del IFP-México. Mujeres indígenas profesionistas. Voces en marcha*, vol. 5, núm. 9 (julio-diciembre), pp. 27-40.
- Méndez Torres, Georgina. 2020a. “Producción de pensamiento de las mujeres indígenas en espacios colectivos, políticos y creativos en México y Guatemala”. En Astrid Ulloa (ed.). *Mujeres indígenas haciendo, investigando y reescribiendo lo político en América Latina*. Centro Editorial de la Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, pp. 319-344.
- Méndez Torres, Georgina. 2020b. “Comunidad y vinculación en la educación superior”. *Revista Latinoamericana de Educación y Estudios Interculturales*, México, vol. 4, núm. 1, pp. 34-41.
- Méndez Torres, Georgina, Juan López Intzín, Sylvia Marcos *et al.* (coords.). 2013. *Senti-pensar el género. Perspectivas desde los pueblos originarios*. Red IINPIM A. C., La Casa del Mago, Red de Feminismos Descoloniales, Guadalajara, Jalisco, pp. 27-61.
- Millán, Margara 2014. “Introducción. Más allá del feminismo, a manera de presentación”. En Margara Millán (coord.). *Más allá del feminismo: caminos para andar*. Red de Feminismos Descoloniales, México, pp. 9-14.

- Moreno Figueroa, Mónica. 2011. "Naming Ourselves: Recognising Racism and Mestizaje in Mexico". En Janice McLaughlin, Peter Phillimore y Diane Richardson (eds). *Contesting Recognition: Contemporary Cultural and Institutional Disputes*. Palgrave, Basingstoke.
- Moreno Figueroa, Mónica. 2016a. "El Archivo del estudio del racismo en México". *Desacatos*, núm. 51 (mayo-agosto), pp. 92-107. En línea: <https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1607-050X2016000200092>, consulta: 8 de febrero de 2023.
- Moreno Figueroa, Mónica. 2016b. "Mestizaje, privilegio y blanquedad en México" [video], CEIICH-UNAM. En línea: <<https://www.youtube.com/watch?v=HaGDTdqBpno>>, consulta: 28 de enero de 2022.
- Moreno Figueroa, Mónica. s/f. "¿Qué es el racismo?" [video]. *Copera. Colectivo para eliminar el racismo*. En línea: <<https://colectivocopera.org/>>, consulta: 15 de octubre de 2022.
- Moreno Figueroa, Mónica y Emiko Saldívar. 2015. "We are not racists, we are Mexicans': Privilege, Nationalism and Post-race Ideology in Mexico". *Critical Sociology*, vol. 42, núm. 4-5, pp. 515-533.
- Navarrete, Federico. 2017. *Alfabeto del racismo mexicano*. Malpaso, Ciudad de México.
- Olivera Bustamante, Mercedes. 2007. "Acteal: Los efectos de la Guerra de baja intensidad". En Rosalba Aída Hernández Castillo (ed.). *La Otra Palabra. Mujeres y Violencia en Chiapas, antes y después de Acteal*. Ciesas, IWGIA, México, pp. 114-124.
- Osorio Hernández, Carmen. 2011. "Vivencias del exterior: realizar un posgrado, ¿por qué y para qué?". *Aquí Estamos. Revista de Ex becarios Indígenas del IFP-México. Educación superior y formación de profesionistas indígenas: diálogo de experiencias*, año. 8, núm. 14 (enero-junio), pp. 20-25. En línea: <<https://ford.ciesas.edu.mx/downloads/Revista14.pdf>>, consulta: 15 de enero de 2023.
- Osorio Hernández, Carmen. 2012. "Entre la teoría y la práctica del desarrollo: una visión desde adentro". *Aquí Estamos. Revista de Ex becarios Indígenas del IFP-México. Indígenas, formación de posgrado e inserción profesional: experiencias desde el IFP en México*, año. 9, núm. 17 (junio-diciembre), pp. 11-15. En línea: <<https://ford.ciesas.edu.mx/downloads/Revista17.pdf>>, consulta: 15 de enero de 2023.

- Patel, Leigh. 2015. *Decolonizing Education Research. From Ownership to Answerability*. Routledge, Nueva York. En línea: <https://www.taylorfrancis.com/books/mono/10.4324/9781315658551/decolonizing-educational-research-leigh-patel>, consulta: 9 de noviembre de 2022.
- Quijano, Aníbal. 2000. "Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina". En E. Lander, E. (comp.). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales*. Clacso, Buenos Aires, pp. 201-246.
- Red Integra 2017. "Comunicado de la Red Integra respecto a la Encuesta sobre Movilidad Social Intergeneracional del INEGI". En línea: <<https://redintegra.org/comunicado-de-la-red-integra-respecto-a-la-encuesta-de-sobre-movilidad-social-intergeneracional-del-inegi/>>, consulta: 10 de noviembre de 2022.
- Salmerón Castro, Fernando y Ricardo Porras Delgado. 2010. "La educación indígena: fundamentos teóricos y propuestas de política pública". En Alberto Arnaut y Silvia Giorguli (coords.). *Los grandes problemas de México* (Educación VII). El Colegio de México, México.
- Sánchez Gómez, Miqueas. 2009. "Universidad Intercultural: entre el discurso y la práctica. Experiencias de un Docente". *Aquí Estamos. Revista de Ex becarios Indígenas del IFP-México. Experiencias y discusiones sobre la educación intercultural*, año. 6, núm. 10 (enero-junio), pp. 23-33. En línea: <<https://ford.ciesas.edu.mx/downloads/Revista10.pdf>>, consulta: 15 de enero de 2023.
- Sánchez Olvera, Alma Rosa. 2009. "Signos de una triple opresión: ser mujer, indígena y pobre". *Destiempos.com*, año. 3, núm. 18 (enero-febrero), pp. 287-303.
- Schmelkes, Sylvia. 2009. "Intercultural Universities in Mexico: progress and difficulties". *Intercultural Education*, vol. 20, núm. 1, pp. 5-17.
- Smith, Linda Tuhiwai. 2012. *Decolonizing Methodologies. Research and Indigenous Peoples*. Zed Books / Otago University Press, Londres.
- Tarango, Javier, Patricia Murguía y Jesús Lao. 2011. "Indígenas Rarámuris como estudiantes universitarios: retos para la alfabetización informativa". *IFLA*, Puerto Rico, del 13 al 18 de agosto de 2011, San Juan, Puerto Rico. En línea: <<https://www.ifla.org/past-wlic/2011/94-tarango-es.pdf>>, consulta: 10 de noviembre de 2022.

- Telles, Edward. 2014. *Pigmentocracies: Ethnicity, Race, and Color in Latin America*. University of North Carolina Press, Chapel Hill.
- Torre-Cantalapiedra, Eduardo. 2016. "Edward E. Telles y el Project on Ethnicity and Race in Latin America (PERLA)". *Estudios Sociológicos*, vol. 34, núm. 100 (enero-abril).
- Vasconcelos, José. 1925. *La raza cósmica*.
- Wade, Peter. 2002. *Races, nature and culture: an anthropological perspective*. Pluto Press, Londres.
- Wade, Peter. 2022. "El concepto raza y la lucha contra el racismo". *Estudios Sociológicos*, vol. 40, número especial (febrero), pp. 163-192.
- Walsh, Catherine. 2002. "Las geopolíticas de conocimiento y la colonialidad del poder. Entrevista a Walter Mignolo". En Catherine Walsh, Freya Schiwiy y Santiago Castro-Gómez (eds.). *Indisciplinar las ciencias sociales. Geopolíticas del conocimiento y colonialidad del poder. Perspectivas desde lo andino*. Universidad Andina Simón Bolívar, Abya Yala, Quito, pp. 17-44.
- Walsh, Catherine. 2007. "Interculturalidad y colonialidad del poder. Un pensamiento y posicionamiento 'otro' desde la diferencia colonial". En Santiago Castro-Gómez y Ramón Grosfoguel (eds.). *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. Siglo del Hombre Editores, Universidad Central, Instituto de Estudios Sociales Contemporáneos y Pontificia Universidad Javeriana, Instituto Pensar, Bogotá, pp. 47-62.
- Walsh, Catherine. 2012. "Interculturalidad y (de)colonialidad: perspectivas críticas y políticas". *Visão Global, Joaçaba*, vol. 15, núm. 1-2, pp. 61-74. En línea: <https://periodicos.unoesc.edu.br/visaoglobal/article/view/3412/1511>, consulta: 4 de julio de 2023.
- Walsh, Catherine. 2013. "Lo pedagógico y lo decolonial: Entretejiendo caminos". *Pedagogías decoloniales: Prácticas insurgentes de resistir, (re)existir y (re)vivir* (tomo I, Serie Pensamiento decolonial). Ediciones Abya-Yala, Quito, Ecuador.
- Wekker, Gloria. 2016. *White innocence. Paradoxes of colonialism and race*. Duke University Press, Durham y Londres.
- Wilson, Shawn. 2008. *Research is Ceremony. Indigenous Research Methods*. Fernwood Publishing, Nueva Escocia.

LA IDENTIDAD COMO PROCESO EMANCIPATORIO Y DE SANACIÓN FRENTE EL RACISMO

Yamili Chan Dzul



Introducción: las mujeres Mayas, mujeres racializadas

Soy una mujer Maya que habita su lengua, su pueblo, que lo recorre y habla con las mujeres sobre su linaje. Soy de Sanahcat, Yucatán, México. A lo largo de mi vida, he enfrentado momentos racistas en muchos de los espacios que he transitado, incluso dentro de mi propia comunidad. Nombrarme mujer Maya y defender mi derecho a una identidad que vaya más allá de tener un nombre y nacionalidad no ha sido sencillo. De hecho, es un proceso que ya es parte de mi vida, porque como mujer he asumido la responsabilidad de compartir mis experiencias entre las generaciones más jóvenes para que reconozcan prácticas discriminatorias y tengan herramientas para trabajarlas y enfrentarlas.

Para ser precisa, fue cuando estudié una maestría que me di cuenta del peso y las secuelas que los discursos y prácticas racistas habían dejado en mí. Al conocer a la sanadora, feminista y defensora comunitaria Lorena Cabnal,¹ en

1. Lorena Cabnal es originaria del pueblo Xinca-Maya de Guatemala.

Honduras del 2017, a través de un proceso de sanación, dimensioné que el racismo me atraviesa, no es que no hubiera sentido el pesar, sino que no entendía ni sabía nombrar los dolores que sentía por ser parte de un pueblo racializado. Son dolores sistémicos, estructurales, que me corresponde reconocer para deshilarlos y, sobre todo, para sanarlos. Nombrarme y reconocermme como una mujer indígena ha sido un camino largo, lleno de reflexiones que me han llevado a enfrentarme de cara (o de frente) con el racismo y ser resiliente, desmenuzar mi historia y desde ahí entenderme.

El racismo se encuentra tan encarnado en nuestros cuerpos y pensamientos y ha formado parte de lo que nuestros pueblos han vivido históricamente que es por ello que casi nunca nos damos cuenta de la violencia que conlleva; es decir, que “estas formas de sometimiento se encuentran aprehendidas sin discusión” (Ballesteros Trujillo 2016: 175). Escribir este artículo es parte de ese trabajo de reconocermme como la que soy, parte del pueblo Maya con una historia racializada colonial. Este escrito es reencontrarme conmigo y hablar desde mí, una forma de existir para el otro (Fanon 2009). Es decir, empezar a escribir la historia desde mi sentir y mi pensar, y desde mi experiencia, como parte de mi pueblo. Solo así podré deconstruir mis relaciones con *el otro*, con las otras personas.

En el primer apartado hablaré sobre el proceso de reconocermme como mujer Maya y sus implicaciones en la exigencia a un derecho humano que es fundamental: la identidad. En un segundo momento, ahondaré sobre el racismo que experimenté en el ámbito académico cuando estudié el posgrado en el extranjero. Posteriormente, expondré cuáles fueron mis mecanismos para identificarme como un ser resiliente; por último, hablaré del proceso de sanación sistémica ante los dolores coloniales en donde el racismo ha jugado un papel importante —aunque no determinante.

El racismo que me atraviesa: mi reivindicación como mujer Maya

Color de piel, cuerpo, lengua y apellidos. Estos y otros elementos nos atraviesan a muchas mujeres indígenas, campesinas, negras, lesbianas. En estas historias, en nuestros nombres y en nuestros cuerpos se ha encarnado —depositado— el racismo, el colonialismo. Nombrarlo se vuelve importante para hacernos

cuestionamientos al momento de revisar nuestras trayectorias y, desde ahí, abrir caminos hacia la sanación personal, que también es colectiva.

Alrededor de los 16 años, tuve que migrar a Mérida, la capital del estado, para estudiar el bachillerato. En ese entonces, sentía mucha vergüenza al momento del pase de lista porque todo el alumnado volteaba a verme cuando me llamaban, pues mis apellidos Mayas delataban que era de una comunidad. En ese momento, no me daba cuenta, sino hasta cuando tuve alrededor de 20 años, cuando empecé a cuestionarme por qué me sentía así y porqué mis apellidos eran motivo de burla. Como no tenía respuestas, comencé a buscarlas. Estudié Antropología Social porque escuché que es un campo que trabaja con pueblos indígenas, ¿acaso seré una mujer indígena, una india, mexicana, yucateca? Hasta aquí la palabra “Maya” o “Mayera” no habían aparecido en mi vocabulario.

Fue en ese entonces, cuando supe que podía hablar Maya, la lengua con la que había crecido —puedo decir que no soy una sabia de la lengua porque continúo aprendiéndola—. Me atreví a mantener diálogos con mi madre, padre, hermanos y gente de mi pueblo. Atreverse a hablar una lengua minorizada no surge espontáneamente, porque cuando se habla una lengua diferente al español, las comunidades se ven presionadas a convertirse en monolingües, al quedarse con el idioma *prestigiado*. Considero que yo no hubiera insistido en hablar Maya si no hubiera tenido en la mira un proceso de recuperación identitaria arraigada en la historia y la memoria de mi pueblo. Para que una lucha por la revitalización lingüística se abra paso, tiene que darle importancia a la identidad, pues “la lengua se convierte en parte importante de nuestra identidad” (Sarasua, Kolomo, Antero *et al*, 2010: 11).

Recuperar o hacer nuestra una identidad es hacer frente al racismo sistémico que se ha encargado de sostener el mito del mestizaje (Navarrete 2017). Como identifica Yásnaya Aguilar: “al mismo tiempo que el gobierno mexicano destinaba recursos públicos e intensas campañas a la desaparición de las lenguas indígenas, tomaba elementos de estas mismas culturas para crear esa mezcla artificial que hoy se llama cultura mexicana” (Aguilar 2018: 133). Cuestionar el mestizaje y dignificar nuestras identidades indígenas es parte de esa lucha constante contra el racismo. Es dejar de relacionar ideas como “es de pueblo” a “es malo”; a que ser Maya es igual a ser fea, bruta; que hablar una lengua es solo para la casa o para el espacio más escondido de la comunidad. Sigue siendo un camino difícil y si se enfrenta sola, aún más. Por esta razón, las reflexiones

y el análisis de la realidad que se dan colectivamente son una apuesta, porque el racismo es un problema sistémico y no individual.

El ejercicio de la identidad es una forma de agrietar la violencia racista y en lo personal me ha permitido aproximarme a respuestas sobre aquella pregunta sobre ¿quién soy? Ahora puedo nombrarme. Soy maya, pero no lo fui siempre, y por eso me interesa compartir mis experiencias, para que niñas, niños y jóvenes indígenas no tengan que negar quiénes son, de dónde vienen, sino todo lo contrario, que dignifiquemos juntas y juntos a nuestros pueblos.

El racismo durante mis estudios de posgrado

Partiendo de las ideas anteriores y de un reencuentro con mi identidad, en este espacio quisiera compartirles el proceso que viví cuando realicé estudios de posgrado en Costa Rica. Lo expongo en este segundo apartado porque en ese entonces, en 2015, reconocirme como Maya y vivir plenamente mi identidad, no era un acto ni un hecho del cual estuviera completamente consciente. Cuando viajé hacia el extranjero, me resonó aún más la pregunta “¿Cómo me ven las otras personas?”

Estudí la maestría en Práctica del Desarrollo en el Centro Agronómico Tropical de Investigación y Enseñanza (CATIE), en Costa Rica, una universidad privada y bonita. El posgrado es muy interesante porque apuesta a promover la búsqueda de la vida digna —aunque con muchas contradicciones, lo cual no es ninguna casualidad—. El estudiantado provenía de varios países de Latinoamérica y resaltaba que habían muy pocos costarricenses —¿será por condición de clase? Se necesita dinero para poder acceder a esta institución—. Yo llegué ahí con una beca que había obtenido por parte del Programa de Becas de Posgrado para Indígenas (Probepi), y aunque me encontré con personas diversas y, desde luego, viví grandes experiencias, también enfrenté situaciones de racismo. Cuento aquí tres breves anécdotas para ilustrarlas.

Un compañero varón, en tono de burla, comentó que yo bien podría aparecer en un video haciendo exactamente lo mismo que una artista estadounidense que en ese momento se encontraba estrenando su videoclip. No pude responder absolutamente nada. Me sentí agredida. Me dolió. La mayoría de las personas del grupo rieron, y solo algunas compañeras me preguntaron si

yo me encontraba bien. Este tipo de comentarios fueron recurrentes, siempre comparándome a mí y a otra compañera Nahua con mujeres blancas. Ahora puedo repensar aquel episodio y todos esos comentarios como parte de un contexto de relaciones de dominación, en donde estas burlas son el reflejo de las relaciones dominantes sobre los cuerpos dentro de un orden socio-racial (Viveros Vigoya 2008).

La segunda experiencia, que fue sumamente violenta, fue cuando desde el CATIE llamaron a todo el alumnado a tomarse la foto de generación. La instrucción era ir con vestimenta “elegante” y si no teníamos algo que ponernos, nos pidieron que por favor rentáramos alguna ropa. Una compañera y otro compañero indígenas de México, quienes también estaban ahí becados por el Probeci, dijimos que asistiríamos con la ropa que se usa en nuestros pueblos. Yo me “atreví a pedir permiso” para llevar mi vestido tradicional y las autoridades de la universidad no me lo permitieron por considerar que no era atuendo de gala —lo mismo para mis compañeros del Probeci—. Nosotras insistimos y acudimos con las ropas que caracterizan a nuestros pueblos. Recuerdo que caminando hacia el lugar donde se tomaría la foto, recibimos burlas de los compañeros y tuvimos cierto temor de ser eliminadas de esa fotografía grupal. No fue así, pero todo lo que precedió fue suficiente para hacernos sentir excluidas, discriminadas. A pesar de que para el CATIE era un *honor* recibir estudiantes indígenas, también negaba nuestros aportes, nuestros cuerpos, nuestros vestuarios. Como menciona Blanca Guaján (2014), mujer Kichwa, yo me sentí en un campo de disputa porque los espacios de aprendizaje formal son lugares en donde se establecen formas de poder, existen grupos dominantes y personas dominadas, en donde “pareciera ser que el reconocimiento convive con el racismo” (Guaján 2014: 9).

La tercera anécdota que quisiera exponer fue la constante duda a mi origen Maya por parte del estudiantado y del profesorado, no creían que una indígena pudiera estar haciendo un posgrado. Ante sus ojos, yo estaba haciendo cosas extraordinarias y eso tiene que ver con la exclusión estructural que hemos tenido las personas indígenas a los sistemas de educación superior. Por un lado, no se acostumbra a vernos en espacios académicos de educación superior —y menos de posgrado— pero por el otro, se congela a los pueblos indígenas en un espacio y en un tiempo. Somos de ese pasado que forjó la cultura mexicana, pero que supuestamente desapareció con el mestizaje.

Estas experiencias me han llevado a pensar en quiénes pronuncian qué cosas, desde dónde y en qué espacios se están reproduciendo pensamientos y actos racistas. En ocasiones, no me dejaba de sorprender la manera en cómo compañeros y compañeras de posgrado, con formación académica, e inmersos en una dinámica intercultural, se burlaban de las personas indígenas. Esto significa que las universidades no están hablando del racismo institucional que reproducen, ni desmantelando prácticas discriminatorias. ¿Cómo miran las instituciones de educación superior, como el CATIE, a los pueblos originarios? ¿Qué significa que reciban a estudiantes indígenas que están apoyados por iniciativas como el Probepi o el IFP?² Existe una clara dificultad de parte de estas instituciones para tratar el racismo como un tema importante que tendría que ser parte del análisis de la realidad con el alumnado.

Las experiencias que compartí son nada más una especie de *punta del iceberg* del racismo, porque en su máxima expresión, el racismo ha asesinado a pueblos enteros, a sus mujeres y a sus niñas. El racismo distorsiona nuestras realidades y nos lleva a rechazar todo lo que pueda ser diferente. Por ello, es importante repensar nuestras historias individuales y colectivas e identificar las circunstancias que como mujeres racializadas nos hacen sentir rechazadas o excluidas, y denunciarlas desde nuestra identidad reivindicada.

Resistencias y resiliencias ante el racismo

Haber tenido una primera experiencia de viaje hacia el extranjero, me permitió hacer un ejercicio de introspección y recordar las sensaciones de rechazo y burla de cuando yo era niña; pero sobre todo, me llevó a pensar qué tipo de acciones, que tengan que ver con mi identidad, ya no estaría dispuesta a silenciar. Pienso, por ejemplo, en el uso de la vestimenta y a comunicarme en Maya. Mis reflexiones y estrategias surgen de preguntas y de identificar mecanismos con los cuales he podido enfrentar situaciones racistas que vivo día a día. Aquí planteo algunas.

2. El Probepi es el Programa de Becas de Posgrado par Indígenas CIESAS-CONACYT. El IFP es el Programa Internacional de Becas de Posgrado de la Fundación Ford que en México estuvo dirigido a indígenas.

Andar y compartir historias con otras mujeres, sobre todo con las provenientes de pueblos originarios, me ha llevado a cuestionarme cosas como: ¿Quién en mí se molesta? ¿Quién en mí reacciona y desde dónde? ¿Por qué me negaba? ¿Qué actitud racista dentro de mí reproducía al negarme? ¿Qué fue lo que me hizo ya no más negarme?

Me di cuenta que una empieza a mirarse con los mismos ojos de quien te desprecia y sabía que esto no era una mera casualidad. Fueron los estudios, pero sobre todo las redes con otras mujeres lo que me llevó a abrirme paso a pensar quién era yo. Pasé de ser solo Yamili, a entender, reconocer y dignificar mis apellidos, Chan Dzul; a mirar de manera diferente a mis abuelas y abuelos, a admirar a las mujeres y sus formas de vestir, a descubrir que puedo y debo hablar en Maya como un posicionamiento identitario importante y valiosos, no solo para mí, sino para mi pueblo y mi familia.

Esta ha sido mi reivindicación. Para mí, es importante sentirme y nombrarme como mujer Maya porque es un derecho que abre el camino para la exigencia de otros derechos. Mi reivindicación seguirá siendo un proceso personal y colectivo. Entender y descifrar el racismo tiene que darse a través de luchas arrebatadas y de un pensar y sentir con otros y otras. Aquí, desde lo colectivo, desde esos cuestionamientos y diálogos con otras mujeres, es desde donde se pueden tejer estrategias de resistencia, dismantelar discursos y prácticas excluyentes. Para mí, han sido las redes en las que me he apoyado y en donde podemos hablar de nuestros derechos, en donde he encontrado eco y soporte. Ha sido también ese círculo cercano que representa la familia y las amistades con quienes también he compartido experiencias y reflexiones que me han fortalecido.

Ante el racismo, ¿qué podemos hacer de forma colectiva y personal para que no se siga anclando en nuestros huesos y en los de las nuevas generaciones? He escuchado algunas expresiones tales como: “Gracias a la violencia soy así..., gracias a los golpes de la vida..., gracias a la discriminación”, sin embargo considero que no tendríamos que estar agradecidas por las injusticias y la violencia. Sé que seguiré encontrándome con discursos y prácticas racistas. No siempre respondo, ni actúo como quisiera, y los sentimientos de rabia e indignación aparecen. La lucha es del día a día y tiene que ser acompañada. Sin duda, el camino de la reivindicación como mujer Maya ha sembrado en mí esperanzas y fuerzas. Me ha hecho resiliente. El proceso de resiliencia es más probable

cuando es un “proyecto común de liberación” sobre nosotras mismas y considerando los contextos que habitamos (Ruiz-Román, Calderón-Almendros y Juárez Pérez-Cea 2017).

La fuerza resiliente la he encontrado a lo largo del proceso organizacional, de lucha; a través de crear redes, por los estudios académicos y al ir ahondando en mi identidad. No ha sido una receta, y mis reflexiones no han aparecido de la noche a la mañana. Ha sido un cuestionamiento constante que me acompañará toda la vida. Han sido procesos largos y preocupaciones profundas las que me han hecho cuestionar mi *yo racista*, y confrontar a quienes son racistas conmigo. Procesos que me han aportado claves para ir sanando y entendiendo que no se trata de ser ni hacerse la víctima, porque ello implica acomodarse en un sistema racial.

Resiliencias y procesos de sanación

Ese no querer acomodarme en un sistema racial y racista me ha llevado a repensar en los procesos de sanación como un acto antisistémico colectivo. Para empezar, haber descubierto que yo puedo ser racista, que alguien de mi pueblo es racista, me hizo a darme cuenta de que hay efectos en el bienestar de las personas y de las colectividades, que hay afectaciones en la salud mental (Parker 2020) y que los traumas pueden ser transgeneracionales.

Con anterioridad, comenté que hubo momentos en donde logré identificar que cargaba el peso del racismo sin darme cuenta, y que por la falta de nombrarlo y analizar la forma en que nos afecta en todos los ámbitos de la vida, no tenemos mecanismos para entenderlo, desmembrarlo y hacerle frente. Desde mi punto de vista, considero que, además, por ejemplo, nos hace falta reflexionar y evidenciar la forma en que el capitalismo, la violencia machista y patriarcal también nos atraviesa. El que no se nombre bajo estas palabras no significa que pueblos, mujeres, niñas y niños no estén atravesando estas múltiples opresiones, por lo que nombrar qué duele y qué pesa es importante.

Recuerdo un febrero de 2017 cuando conocí a Lorena Cabnal. Estábamos sentadas en círculo varias mujeres Tsotsiles, Zoques, Mayas de México; Pech y del pueblo Garífuna de Honduras. Cabnal prendió fuego en medio del círculo y empezó a tender hilos. A cada uno de le dio un nombre: capitalismo, machis-

mo, violencia, racismo, patriarcado. Mientras ella hablaba, entre todas deshílamos cada uno de estos conceptos y en ese entonces entendí la forma en que el capitalismo y el racismo son parte del mismo sistema opresor. Generan dolores que pesan pero que no se identifican, no se nombran, ni se reconocen como estructuras que invaden nuestros cuerpos, mentes y corazones.

Como parte de este proceso para deshilar y comprender estas estructuras de pensamiento, ella recomendó a quienes nos preparaban los alimentos a no hacernos más café y sustituirlo por té hechos a base de hierbas. En ese entonces, yo todavía no alcanzaba a llevarme al corazón lo que Cabnal estaba proponiendo para nosotras: “sanarnos es un acto personal y político y aporta a tejer la red de la vida” (Cabnal 2020). Los té hacen bien a nuestro organismo, beberlos en cuidar a nuestro cuerpo, cuidarnos a nosotras mismas.

Sanar el racismo y los dolores de las violencias sistémicas que se derivan del capitalismo+patriarcado+racismo+clase social y que nos afecta a todos, pero sobre todo a quienes pertenecemos a un grupo minoritario como los pueblos originarios, es un proceso urgente y personal. Tiene que ver con tomar decisiones de recuperación emocional y espiritual. Los procesos de sanación como los de resiliencias, no parten de momentos repentinos ni surgen de un día para otro, son decisiones conscientes que, como en mi caso, llegan para quedarse, y aportan para seguir agrietando un sistema opresor. Para cerrar este apartado, cito a Cabnal sobre la emancipación:

Y entonces, es sobre estos cuerpos donde habitan todos los efectos de esos sistemas de opresión. Pero también es en estos cuerpos donde radica la energía vital para emanciparnos. Es donde también radica la energía de la rebeldía, de la transgresión, de las resistencias, del erotismo como energía vital. Y yo siento que haber nacido en este ciclo de tiempo, nos convoca a que las luchas pasen también por la sanación de estos cuerpos que han tenido múltiples opresiones (Cabnal 2020).

Conclusiones

Atreverme a plasmar estas ideas en uno de mis primeros artículos, elaborar conjuntamente un libro con mujeres indígenas y mestizas de México que habitan distintos territorios, es una de las formas de agrietar un sistema racial y racista. Implica recordar y analizar la historia colonial para buscar formas de resiliencia y sanación como procesos permanentes que en mi vida han llegado para quedarse. Mi proceso para dismantelar los discursos y las prácticas racistas ha sido a través de mi identidad como un derecho humano fundamental. Saberme y reconocermme como parte de una historia Maya ha sido mi fuerza para la exigencia de muchos otros derechos. Sin nuestra identidad, y sin una revitalización lingüística, los discursos hegemónicos permanecerán intactos a través del tiempo.

Como hemos visto, las prácticas y los discursos racistas se encuentran tan incorporados en cada una de las personas, que muchas veces verbalizamos palabras sin saber que están cargadas de violencia racial, pero así como se aprenden, también se deben y tienen que desaprender. Hablar de cómo se establece el racismo en nuestras vidas tendría que ser un tema de importancia en el ámbito educativo. En el caso de las instituciones de educación superior, como el CATIE en Costa Rica, recibir estudiantes indígenas de Latinoamérica tendría que implicar más que una acción afirmativa.

Finalmente, quisiera recordar la importancia de la sanación como un esfuerzo cotidiano ante las opresiones y dolores. Recordar que este proceso es un acto personal y colectivo para retejer la vida y agrietar el racismo, no hay recetas ni fórmulas, leer la vida desde donde a las mujeres nos está tocando vivir cada experiencia, recordar qué opresiones nos atan para encontrar estrategias de resiliencia. En este tiempo y en este espacio, muchas de nosotras, mujeres racializadas, estamos creando procesos organizativos para que la discriminación racial no les sea heredada a las siguientes generaciones.

Referencias

Aguilar, Yásnaya. 2018. "El estado mexicano como apropiador cultural". *Revista de la Universidad de México*. En línea: <<https://www.revistadelauniversi->

- dad.mx/articulos/0bb50a13-2ad8-40e3-9972-5f35dd35184f/el-estado-mexicano-como-apropiador-cultural>, consulta: 09 de noviembre de 2021.
- Ahmed, Leila. 2014. *The Cultural Politics of Emotion*. University Press, Edimburgo.
- Ballesteros Trujillo, Blanca Zulema. 2016. “Sobre el pensamiento de Frantz Fanon en Piel negra, máscaras blancas y ‘racismo y cultura’, entre otras reflexiones relevantes”. *Temas Sociales*, núm. 39, pp. 171-188. En línea: <http://www.scielo.org.bo/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0040-29152016000200008&lng=es&ctlng=es>, consulta: 9 de noviembre de 2021.
- Cabnal, Lorena. 2020. “La sanación, un acto feminista emancipatorio”. Entrevista realizada por Lisell Quiroz, 26 de octubre. En línea: <<https://decolonial.hypotheses.org/2147>>, consulta: 14 de noviembre de 2021.
- Fanon, Frantz. 2009. *Piel negra, máscaras blancas*. Akal, Madrid.
- Guaján, Blanca. 2014. Mujeres kichwas: entre el racismo y el sexismo en universidades privadas de Quito. Tesis de maestría en Ciencias Sociales con mención en género y desarrollo. Flacso, Quito-Ecuador.
- Navarrete, Federico. 2017. “El racismo en México se origina en el mestizaje y se detona en la familia”. *Boletín UNAM-DGCS-519*, Ciudad Universitaria. En línea: <https://www.dgcs.unam.mx/boletin/bdboletin/2017_519.html>, consulta: 16 de febrero de 2022.
- Parker, Louisa. 2020. “Construir resiliencia en un mundo racista”. *Afrofeminas; nuestra sola existencia es resistencia*. En línea: <<https://afrofeminas.com/2020/07/01/construir-resiliencia-en-un-mundo-racista/>>, consulta: 11 de noviembre de 2021.
- Ruiz-Román, Cristóbal, Ignacio Calderón-Almendros y Jesús Juárez Pérez-Cea. 2017. “La resiliencia como forma de resistir a la exclusión social: un análisis comparativo de casos”. *Pedagogía Social. Revista Interuniversitaria*, núm 29, pp. 129-141. En línea: <<https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=135049901010>>, consulta: 1 de marzo de 2022.
- Sarasua, Jon, Urko Kolomo, Amaia Antero *et al.* 2010. *La experiencia vasca: claves para la recuperación lingüística e identitaria*. Garabide Elkartea, Eskoriatza.

Viveros Vigoya, Mara. 2008. “La sexualización de la raza y la racialización de la sexualidad en el contexto latinoamericano actual”. Memorias del 1er. Encuentro Latinoamericano y del Caribe. La sexualidad frente a la sociedad. México.



Centro Agroecológico de U Yich Lu'um, Sanahcat, Yucatán, México. Fotografía de Teresita Caballero Casas, 25 de octubre de 2022.

RACISMO EN LA ETAPA UNIVERSITARIA Y LABORAL

Miriam Uitz May



Introducción

No hay duda de que vivimos en la era de la información, de los avances tecnológicos y de una comunicación digital permanente que se ha desarrollado a gran velocidad, por lo que, según los especialistas, llevamos el título de Sociedad de la Información. Pero ante tantos privilegios, ¿cuánto hemos avanzado en temas trascendentales e históricos como son el racismo y la discriminación? Pienso que en este sentido, el caminar ha sido muy lento y se continúan perpetuando actos de exclusión racial que son cada vez más finos y sutiles, pero que contribuyen al atraso de una sociedad que de estar informada y a la vanguardia en tecnologías, debería ser más empática, colaboradora e inclusiva.

En este texto, hablo del racismo que he experimentado como mujer Maya, particularmente durante mis estudios de maestría, pero sobre todo en algunos espacios de desarrollo profesional. Algunas de mis anécdotas refieren a ese racismo del cual no me di cuenta que experimentaba por ser *discreto, sutil*. Fue hasta conversar con otras compañeras, que entendí que muchos gestos que percibía de otras personas, y que me incomodaban, son gestos vinculados al racismo. Pero además de esas miradas o comentarios, también pude nombrar

el *tokenismo* que he sufrido en muchas ocasiones, sobre todo en instancias que incluyen a personas indígenas. También comparto las estrategias que me han permitido continuar mi camino como mujer resiliente.

La discriminación en tiempos de la sociedad de la información

Estamos en la era de la sociedad de la información en la que se experimentan nuevas formas de comunicación y donde el Internet es la herramienta más representativa (Flores, Galicia y Sánchez 2007). Son tiempos en los que la interacción entre los seres humanos aumenta de forma virtual, pero que también implica un vínculo cada vez más distante. Es por ello que los valores y las emociones se han convertido en temas trascendentales y transversales. Como sociedad estamos buscando evolucionar de manera emocional, intelectual y tecnológicamente mediante el equilibrio entre la interacción presencial y virtual.

En la actualidad, varias instituciones educativas y organismos de diversos sectores de la sociedad han inculcado una educación basada en los valores y el manejo de sus emociones, orientando al ser humano en prácticas de tolerancia, empatía y solidaridad. Hoy se habla de la inteligencia emocional (IE) que Sofía García (2021) define como “la habilidad de entender, usar y administrar nuestras propias emociones en formas que reduzcan el estrés, ayuden a comunicar efectivamente, empatizar con otras personas, superar desafíos y aminorar conflictos” (García 2021: 12). La forma de aprender a reconocer nuestras propias emociones y las de los demás permite construir un ambiente enmarcado en el respeto y la armonía para que una sociedad avance en realidad.

Además de una educación con valores, están las tecnologías de la comunicación que ha contribuido a que la sociedad tenga acceso a la información de manera fácil, inmediata, masiva y global. Esta comunicación digital ha impuesto transformaciones radicales en la manera de consumir los contenidos que ofrecen los medios masivos tradicionales, de donde ha surgido un nuevo concepto denominado *prosumidor*, definido como “un acrónimo que procede de la fusión de dos palabras: ‘producir’ (productor) y ‘consumer’ (consumidor)” (Islas 2008: 35). Es decir, es un consumidor que también produce contenidos o mensajes para un determinado segmento o grupo de personas con intereses similares, pero que, a diferencia de los medios tradicionales, entabla una interacción con el público que lo sigue para enriquecer sus contenidos. Esto

ha impulsado una cultura participativa que aborda cuestiones que adolece la sociedad, como el racismo y la discriminación. Hoy en día, estos son temas que no se pueden ignorar.

Las tecnologías de la Información y Comunicación (TIC) tienen dos funciones claves para el desarrollo de una sociedad más colaboradora; primero, como facilitadoras de información, y segundo, para ser una lupa que nos vigila, como el gran ojo que todo lo ve. Uno de los principales beneficios de las TIC's es la rapidez con la que difunden la información y que, en cuestión de segundos, y a nivel global, cualquier acto discriminatorio sería conocido y se actuaría al respecto. Se pensaría, entonces que este tema ya está resuelto; sin embargo, el racismo se sigue viviendo en todas partes, sobre todo hacia grupos indígenas o afrodescendientes. Actos como el trato inhumano hacia los indocumentados, la explotación laboral, comediantes *regionales* que crean una imagen vulgar y negativa de los pueblos indígenas, por mencionar algunos ejemplos. Tales situaciones disfrazan discriminaciones *sutiles y finas* que son difíciles de percibir porque son históricas y que las hemos resistido, pero no por ello significa que nos hayamos acostumbrado.

Ma'k'aabet a wa'alik, a wiiche'ku ye'esik ba'ax ka tuuklik (no necesitas decirlo, tus ojos muestran lo que piensas)

Decía María Castaño (2016) que no solo las palabras comunican, sino que todo comunica, ya sea de manera conjunta o independiente, sea acción u omisión; siempre estamos enviando información que es leída e interpretado por terceros. En varias ocasiones, el racismo y la discriminación no son evidentes, sino más bien están basadas en expresiones no verbales que muestran todo lo que el corazón y el pensamiento transmite. Este lenguaje *sutil*, hace que no se logre identificar de manera clara y tangible el rechazo, hasta llevarnos a pensar que no lo hemos sufrido. Esto es exactamente lo que he vivido en varias ocasiones y, en particular, durante mis estudios de posgrado y posteriormente como profesionista. Actos directos y violentos como tal no experimenté, pero con el tiempo, haciendo una retrospectiva y analizando cada rincón de mis recuerdos, ahora identifico los motivos que me hacían sentir mal, que nutrían mis

inseguridades y que deterioraron mi autoestima por largo tiempo, al grado de impedirme ver mis cualidades.

Soy de origen Maya y nací en Kimbilá, poblado que se encuentra ubicado a 40 minutos de la ciudad de Mérida, capital del estado de Yucatán. Mi primer acercamiento con el racismo fue en mi propia comunidad, donde escuché a mis abuelos narrar actos racistas del pueblo vecino. Ellos nos hacían sentir diferentes e inferiores porque, a pesar de ser también de origen indígena, no se reconocían así. Una de las formas de discriminación fue el tema lingüístico, se burlaban de nosotros porque hablamos Maya y porque nuestros apellidos son también Mayas, mientras que ellos presumían ser descendientes de españoles por sus apellidos. Se burlaban de nuestra mala pronunciación del castellano y de nuestra vestimenta. Era una vergüenza para ellos que sus mujeres se casaran con personas de mi pueblo: “Las demarcaciones son creaciones históricas y culturales, cambiantes, presentes aunque seamos inconscientes de ellas” (De Dios 2015: 63). No le di importancia a tal situación porque no sufrí de manera directa estos comentarios y porque a mi madre le tenían cierto respeto por ser la única enfermera de los dos pueblos.

Debido a la falta de oportunidades para continuar estudiando en mi comunidad, al concluir la primaria, mi madre se vio obligada a enviarme junto con mis hermanos a Mérida y a pesar del dolor por la separación y los miedos que nos inundaban, tuvimos que irnos. Era una etapa crucial de la vida, pues correspondía a cuando la formación de la imagen y la autoestima —y, por ende, la afirmación de la identidad— se construyen dentro del seno familiar (Horbath y Gracia 2018) y, en gran parte, en el ámbito escolar. La migración estudiantil indígena ocurre, en su mayoría, por obligación más que por gusto, ya que somos excluidos de la oportunidad de continuar con la educación superior en nuestro propio entorno. Además, la educación básica en nuestras comunidades y regiones se da en condiciones precarias, tanto por las instalaciones de las escuelas como porque los contenidos educativos se dan fuera del contexto local. La falta de una educación pertinente y la lejanía de la familia nos exponen a situaciones donde somos vulnerables. Esto, en sí mismo, es un acto de racismo estructural.

En mi etapa escolar en la ciudad de Mérida, fue cuando experimenté ese racismo *sutil* debido a mis hábitos culturales que, de alguna u otra forma, me hacían sentir relegada. Recuerdo que en varias ocasiones, en que mis “amigos”

tenían conversaciones sobre series juveniles que se transmitían en televisión de paga, por el hecho de evidenciar mi desconocimiento sobre estos temas y no saber qué decir, hacían una expresión de sorpresa mientras me decían “¡¿Cómo que no lo has visto?! ¡Pues en qué mundo vives!” Quiero pensar que no lo hacían con dolo, pero me sentía tonta, desactualizada. Estudios han demostrado que cuando los indígenas no nos incorporamos a la población escolar “generalmente tienen que enfrentarse a problemas de discriminación y abuso, porque sus códigos culturales no corresponden a los que ahí se manejan, o debido a su escaso dominio del idioma predominante” (Beciez y Pérez 1994, citado por Horbath 2008: 32).

Lo que mis compañeros de escuela desconocían es que en las zonas rurales son pocos los que tienen el privilegio de tener una televisión; además, en ese tiempo el servicio de paga no existía en mi pueblo por lo que solo veía programas de televisión pública o abierta. Es decir, tener la tecnología con este tipo de servicio era todo un lujo. Nuestra forma de entretenimiento era convivir con los animales del patio y la estrecha cercanía con la naturaleza: trepar en los árboles, hacer juguetes con elementos del monte, observar el cielo e imaginar figuras en las nubes, admirar los atardeceres. Por las noches, observábamos la luna y las estrellas, además de tener charlas con nuestras madres y padres, con las abuelas y los abuelos. Mis hábitos eran totalmente distintos a los de los jóvenes urbanos.

Las expresiones de *sorpres*a, hoy en día, en varias ocasiones, me las he encontrado en personas que me miran con extrañeza cuando hablo maya en lugares públicos. Algunos han sido más expresivos y comentan “¡Qué bonito es tu idioma!” y otras solo me miran de arriba hacia abajo haciéndome sentir rara e incómoda. Percibo que no tengo derecho a hablar mi idioma en mi propio estado, a pesar de que Yucatán es un estado con alta población indígena y donde el Maya es el idioma que cuenta con más hablantes —además de ser la segunda más hablada a nivel nacional (El Influyente 2022), a pesar de esto, la gente aún se sorprende y nos mira con curiosidad.

Entre 2004 y 2006, fui becada por el Programa Internacional de Becas de la Fundación Ford (IFP) para realizar una maestría. Me fui al País Vasco, España, a estudiar Comunicación Audiovisual, Empresarial e Institucional. Pareciera que a simple vista no sufrí racismo y discriminación porque no hubo acciones explícitas hacia mi persona, como palabras groseras o actos violentos. Sin em-

bargo, a través de los conversatorios que tuve con mis compañeras indígenas, también becadas por el IFP-Probepi durante un proyecto que realizamos juntas sobre racismo en la educación superior, pude darme cuenta de que sí hubo actos de racismo implícitos, pero que son tan sutiles que son difíciles de explicar. Entre ellos están las miradas y los silencios que en muchas ocasiones las personas hacen *sin intención* o que justifican aludiendo a cuestión de susceptibilidad y percepción. Recuerdo la primera vez que tomé el transporte público en la ciudad donde estaba radicando, Donostia, las miradas de arriba hacia abajo, casi como un escaneo de mi físico, me incomodaban. Se generaba un gélido silencio que me hacía sentir tan mal como en el primer día que salí de mi comunidad y llegué a la ciudad de Mérida. En ambas ocasiones, supe que era diferente y que no sería fácil adaptarme a la *selva de asfalto*.

La actitud de mis compañeros de posgrado hacia mí fue similar. Tenían su círculo de amistad tan cerrado que nunca pude entrar, solamente pude interactuar con un equipo de proyecto que me asignaron desde el principio de las clases y que, por fortuna, fueron unas chicas bastante sociables. Pero fuera de allí, no pude integrarme con nadie, por lo que tenía solo la red de apoyo a mis paisanos mexicanos y a otras amigas latinas. En ocasiones, me cuestionaba acerca de que tal vez la prejuiciosa era yo, que me ponía un escudo para no interactuar. “Estoy mal”, pensaba. Tal vez actuaba de manera reactiva y exageraba. Ahora que lo he reflexionado, me doy cuenta de que esos factores casi invisibles, como las miradas, la indiferencia y los silencios, son las expresiones más dolorosas y frecuentes de discriminación. Esas fueron las que me dieron señales de que no debía estar en ese lugar.

Aunado a lo anterior, también fui víctima de las burlas a través de risas picarescas por parte de mis compañeros por mi forma de hablar, es decir, el no cumplir correctamente con la sintaxis de las reglas gramaticales de la lengua castellana, por mencionar un ejemplo: en Maya no existe el género de las cosas y en español, sí, por lo que muchas veces me confundo asignando un género diferente a cada cosa. Otro punto que me incomodaba era cuando la gente se sorprendía de que una Maya estuviera estudiando, pues algunos tenían la idea de que los indígenas habían sido quienes construyeron las pirámides, y que por lo tanto, se habían extinguido. Se les hacía *raro* que estuviera estudiando un posgrado y que, además, no portara una vestimenta típica como los medios de

comunicación masiva les habían mostrado y han estereotipado, con taparrabos y plumas. Otros me encasillaron como latina, pero aun así les causaba sorpresa, y con cierto tinte de morbo me preguntaba cómo podía estar en una universidad privada. La imagen que tienen de los latinos es que solo vamos en busca de un trabajo que los otros no desean por considerarlo *inferior*, como cuidar a los ancianos, limpiar casas, hacer jardinería.

Prosiguiendo con el tema de no pronunciar bien el castellano, seguimos siendo objeto de burla por nuestro tono al hablar. Esto lo experimenté en la Ciudad de México, ciudad que he tenido la oportunidad de visitar y trabajar. Sus bromas sobre mi tono para hablar me agredían y esto es también gracias a la imagen que presentan los medios de comunicación masiva donde muestran al yucateco como desalineado, en donde remarcan la pronunciación acompañada de un tono exagerado. Lo que no saben es que ese tono en particular, que algunos dicen que es muy acentuado, cantado, aporreado,¹ que nos caracteriza como yucatecos, tiene gran influencia del Maya. Incluso, varias palabras del español provienen de esta lengua que continúa viva y tiene fuerte influencia entre los que vivimos en la península.

Racismo laboral

Pasando al plano laboral, fueron evidentes los actos de discriminación y racismo que experimenté. Irónicamente ocurrieron en instituciones gubernamentales, tanto estatales como federales, en las que trabajan por los derechos de los pueblos originarios. En primer lugar, y el acto de discriminación más claro que viví, fue que en ambas instituciones me restringieron la oportunidad de concursar en puestos directivos relacionados con mi carrera y mi perfil profesional, además de pertenecer a un pueblo originario. Demostrar mi experiencia y el grado de estudios no fue suficiente para ser siquiera candidata a tal puesto. Recuerdo las palabras de los directivos: “Es que no es tu momento”. En otra ocasión, la respuesta fue “Tenemos compromisos políticos y la persona que ocupará el lugar participó de manera activa durante la campaña”.

1. Consiste en dar mayor fuerza en los inicios y finales de la palabra.

Era frustrante escuchar esas respuestas ya que me hacían dudar de mi preparación académica y mi experiencia laboral, así como de que fueran tan fundamentales para mi desarrollo personal y profesional. Me hacían darme cuenta del error en el que estaba mi madre cuando me inculcaba que solo a través de los estudios se podía salir adelante. En realidad, siempre ocupé puestos que no me permitían potencializar mis conocimientos y habilidades profesionales. Por el contrario, muchos me hacían sentir como un objeto de colección por hablar Maya, ya que solo elogiaban mi trabajo cuando era maestra de ceremonia, o cuando fungía como traductora en eventos conmemorativos en los que los funcionarios se lucían con mi presencia. Pasada la euforia, la vida laboral continuaba como siempre, me encontraba limitada a funciones mínimas sin que llegara a ser parte de la construcción de las políticas públicas de mi pueblo o de otras acciones para las cuales yo podía aportar como profesionista, y no solo como Maya-hablante.

Otra situación bastante incómoda, que no sé si definirla como discriminación o va más allá, fue cuando presenté mi carta de renuncia en una institución federal, argumentando que el principal motivo eran los actos de discriminación y racismo que viví. Esto provocó que uno de los directivos, durante una reunión privada conmigo, me amenazara: “O eliminas estos textos o me encargo de que ninguna institución de gobierno te contrate”. Nos hemos acostumbrado a vivir de esa forma, a ser discriminados por nuestro origen o a ser utilizados como objetos del folklorismo para los intereses de otras personas; para que otros, ajenos a nuestra cosmovisión y raíces, ocupen puestos de alto rango en dependencias relacionadas con la cultura y pueblos indígenas y se llenen la boca al decir que admiran y respetan nuestras culturas, aunque tras de bambalinas, nos desprecien.

Para concluir este apartado, el racismo y la discriminación son sutiles, no es que la gente se haya vuelto tolerante, sino más bien el miedo a ser expuestos a la opinión pública a través de las redes sociales hace que sean más discretos, pero aún existen esas miradas y silencios que lo dicen todo. Por eso cierro con lo que afirma Cataño: “Acción u omisión, lo que hacemos siempre es leído por terceros de una u otra forma. Todo comunica” (Castaño 2016).

Cuatro pilares como estrategias de resiliencia

Confieso que la palabra “resiliencia” apenas la escuché y la comprendí a partir de la reflexión de las historias compartidas en entre mis compañeras profesionistas indígenas con quienes hemos reflexionado estos temas. Leyendo su significado, me di cuenta de que hace años que la practico. Compartiré aquí los cuatro pilares que han sostenido mi andar por este camino espinoso del racismo y la discriminación. Con ellos he desarrollado estrategias de resiliencia a través de las cuales he fortalecido mi identidad y mis vínculos familiares y comunitarios.

En lo personal, la primera y muy importante ha sido mi fe en Dios, la cual mantiene mi vida en equilibrio. Considero, que como seres humanos, independientemente de que pertenezcamos a un grupo indígena o no, necesitamos creer en algo, ya sea un objeto, una persona, una divinidad como una forma de tener una base o sostén que nos haga sentir seguros. La cosmogonía maya, por poner un ejemplo, es parte fundamental en la vida de los pueblos y es una forma de entender ciertos fenómenos inexplicables, atribuyéndoselos a los dioses o a la naturaleza. La manera en la que se rige la organización de las comunidades y la vida también se vincula a las divinidades. Así que no es de extrañar que practique una fe y me encuentre en la búsqueda de mantener una relación espiritual. El mío, a diferencia de otros creyentes, es un solo Dios. No es el que nos impusieron los colonizadores sino ese Dios que no hace acepción de personas y que solo desea que cada uno ame a su prójimo. Para mí, el saber que existe un Dios, cuya compañía es permanente y quien me ha formado con todas las capacidades para manifestar el amor, el poder y el dominio propio, me ha dado fortaleza y valor para demostrar de qué madera estoy hecha, enfrentando así, burlas o circunstancias en las que se han puesto en duda mis capacidades. Con ello he podido entender que los sufrimientos no son más que pruebas con las cuales he forjado mi carácter.

El segundo pilar, muy relacionado al primero, son los valores que desde el seno materno me fueron cimentados y que echaron raíces muy fuertes. Son como el árbol de ceiba que se mantiene firme a pesar de los vientos provenientes desde los cuatro puntos cardinales. Así son mis valores, están enraizados y me ha permitido comparar, filtrar y desechar pensamientos que no aportan a mi construcción personal y espiritual.

El tercero está vinculado a las relaciones cercanas con personas quienes me ayudan a construir y mejorar mi percepción sobre mí misma. Empiezo con mi madre, quien terminó una carrera técnica con muchos esfuerzos y se volvió la primera enfermera de mi pueblo. Su ejemplo me mostró otra forma de pensar y vivir, la cual me dio la oportunidad de estudiar y conseguir una formación de posgrado. Otra persona importante ha sido mi esposo, aunque pertenece a otro pueblo originario, rompe con los paradigmas del hombre machista del pueblo y, por el contrario, me anima a continuar con mis estudios, respetando mis decisiones y mis tiempos. Por último, mis amigos y amigas, quienes no necesariamente pertenecen a un pueblo originario, pero que tienen el mismo sentir, fe, y han pasado por experiencias discriminatorias y racistas. En cada etapa de mi vida, estas personas han aportado de manera significativa en la construcción de mi identidad.

El último pilar, pero no menos importante, es el autoconocimiento. El ejercicio de reflexionar sobre mi persona y mis acciones es muy reciente, ya que anteriormente me daba miedo pensar en mis fortalezas y, sobre todo, en mis debilidades. La negativa a reflexionar acerca de mí misma está relacionada a los comentarios negativos sobre mi fisonomía indígena, los cuales me llevaron al grado de no quererme ver en un espejo, pues no me gustaba cómo me percibía. Sin embargo, hoy, en este punto de mi vida, valoro quién soy y sobre todo, mediante la deconstrucción y construcción de mi pensar y sentir, me siento más segura de mí misma y de las decisiones que tomo.

Para mí, la fe que practico desde adolescente y que es puesta a prueba en momentos duros de mi vida, así como mis virtudes y capacidades han guiado mi camino para poder hacer mejor las cosas y tener dominio propio con el cual identificar y manejar mis emociones de la mejor manera posible.

Como conclusión, celebro ser parte de la generación que es testigo de la transición tecnológica, de lo análogo a lo digital, y que me permite ver cómo ha evolucionado el racismo y la discriminación pasando del plano físico, con acciones finas y sutiles, al plano digital específicamente en las redes sociales, donde los mensajes son cada vez más duros y tienen mayor impacto por la cobertura global y la rapidez en que se difunde. Como lo afirma Tendayi Achiume (2020) relatora especial del racismo de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), “Las tecnologías digitales emergentes impulsadas por macrodatos e inteligencia artificial afianzan la desigualdad racial, la discriminación y la

intolerancia” (Achiume 2022). Quienes más la padecen son los adolescentes y jóvenes como los principales consumidores de estas redes, porque están en una etapa de identificación y construcción de su identidad. En realidad, somos parte de una sociedad que muestra el poco avance emocional e intelectual solo que ahora emplea una herramienta más potente, las TIC’s.

La reflexión a la que llego a estas alturas de mi vida es que antes de juzgar, debemos darnos a la tarea de conocer y aprender cuáles son los aspectos que han construido a cada persona para entender, respetar y valorar al otro. Solo mediante diálogos y reflexiones que lleven a la erradicación del racismo y la discriminación, se sentarán las bases para la construcción de una sociedad más respetuosa.

Referencias

- Achiume, Tendayi. 2020. “Las compañías tecnológicas y de redes sociales se lucran a costa de información errónea y discriminación, afirma experta” (entrevista). *Noticias ONU*, 15 de julio 2020. Naciones Unidas. En línea: <<https://news.un.org/es/story/2020/07/1477531>>, consulta: 04 de marzo 2022.
- Cárdenas, Isolda, Josefina Flores, Mónica Gamboa *et al.* 2009. “Curso taller: Y tú, ¿cómo discriminas? Programa para adolescentes”. Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación. En línea: <https://www.conapred.org.mx/documentos_cedoc/YTCD-CJ.pdf>, consulta: 10 de enero 2022.
- Cano, Eréndira, Erin Estrada y Jaime Page. 2018. “La construcción de la noción de Cosmovisión Maya en Guatemala”. *Revista Pueblos y fronteras digital*, vol. 13, pp. 1-29. En línea: <<http://www.scielo.org.mx/pdf/rpfd/v13/1870-4115-rpfd-13-e336.pdf>>, consulta: 15 de enero 2022.
- Castaño, María. 2016. “Todo Comunica”. Blog Portafolio. En Línea: <<https://www.portafolio.co/opinion/maria-jose-castano-davila/columna-de-todo-comunica-499013>>, consulta: 08 de marzo 2022.
- De Dios, Sergio. 2015. “Miedos, afectos y odios en las redes sociales”. En Carlos Sánchez Gutiérrez (coord.). *Mensajes de odio y discriminación en las*

- redes sociales* (Colección Matices). Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación, México, pp.63-70.
- El Influyente. 2022. “Maya, la segunda lengua con mayor hablantes en México”. *El Influyente*, 21 de febrero de 2022. En línea: <<https://elinfluyente.com.mx/maya-la-segunda-lengua-con-mayor-habla-en-mexico/>>, consulta: 24 de junio de 2022.
- Flores, Ana Luz, Graciela Galicia y Egbert Sánchez. 2007. “Una aproximación a la Sociedad de la Información y del Conocimiento”. *Revista Mexicana de Orientación Educativa*, vol. 5, núm.11. México. En línea: <http://pepsic.bvsalud.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1665-75272007000100004>, consulta: 01 de febrero 2022.
- García, María y Angharad Valdivia. 2014. “Prosumidores mediáticos Cultura participativa de las audiencias y responsabilidad de los medios”. *Comunicar: Revista científica iberoamericana de comunicación y educación*, vol. 43, núm. 22, pp. 10-13.
- García, Sofía. 2021. “¿Qué es la inteligencia emocional y por qué necesitamos enseñarla?” Observatorio, Instituto para el futuro e la educación. Tecnológico de Monterrey. En línea: <<https://observatorio.tec.mx/edu-news/inteligencia-emocional>>, consulta: 24 de enero 2022.
- Horbath, Jorge. 2008. “La discriminación laboral de los indígenas en los mercados urbanos de trabajo en México: revisión y balance de un fenómeno persistente”. En María del Carmen Zabala (comp.). *Pobreza, exclusión social y discriminación étnico-racial en América Latina y el Caribe*. Siglo del Hombre, Clacso, Bogotá, Colombia, pp. 25-52. En línea: <<http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/clacso-crop/20120606125325/04horb.pdf>>, consulta: 01 de enero de 2022.
- Horbath, Jorge y María Gracia. 2018. “Estudiantes indígenas migrantes frente a la discriminación en escuelas urbanas de las ciudades del sureste mexicano”. *Revista Península*, vol.13, núm. 2, pp. 151-185. Mérida, Yucatán. En línea: <http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1870-57662018000200151>, consulta: 24 de enero 2022.
- Islas, José. 2008. “El prosumidor. El actor comunicativo de la sociedad de la ubicuidad”. *Revista Palabra Clave*, vol. 11, núm. 1, pp. 29-39, Universi-

dad de La Sabana Bogotá, Colombia. En línea: <<https://www.redalyc.org/pdf/649/64911103.pdf>>, consulta: 15 de enero 2022.

Montesdeoca, Fátima. 2022. Entrevista realizada por Ismael Muñoz para el Observatorio Social El Batefuegos de Oro (OSBO). En línea: <<https://osbodigital.es/2019/12/05/una-sociedad-bien-informada-es-una-sociedad-mas-segura/#:~:text=La%20ciudadan%C3%ADa%20informada%20sabe%20c%C3%B3mo,los%20comportamientos%20inc%C3%ADvicos%2C%20por%20ejemplo>>, consulta: 15 de enero 2022.



Fuente: Pascual Arcos. Tahmuy, Yucatán. Miriam Uitz dando clases a estudiantes universitarios.



Miriam Uitz, Presentación del cortometraje "Yuum Balam" en lengua maya, Museo del mundo Maya, Mérida. Fuente: Pascual Arcos.

MOSTRARME COMO SOY, LO QUE SOY: UNA MUJER RARÁMURI

Lucía Olivas Espino



Introducción

El presente ensayo discute sobre temas de discriminación y racismo a partir de experiencias personales, vividas como mujer Rarámuri, en mi proceso de formación académica —durante la educación superior y el posgrado— y, posteriormente, como profesionista.

Las mujeres profesionistas que aquí escribimos somos independientes en nuestro quehacer cotidiano; todas contamos con estudios de maestría o doctorado, lo que nos ha implicado un doble o triple esfuerzo para acceder a la educación superior, debido a la dificultad de comprender los contenidos de cada nivel educativo, desde la primaria. Hemos tenido que afrontar un sinfín de adversidades para desarrollar ciertas competencias a las que nos han obligado las mismas universidades, así como enfrentar una educación superior con desventajas académicas, producto de una educación básica y media alejada de nuestras prácticas culturales y cosmovisiones.

Como mujeres pertenecientes a un pueblo originario, consideramos importante incidir en la vida de más mujeres pertenecientes a otras culturas. Por

ello, hemos reunido, para compartirlas, nuestras historias más profundas, las cuales no habíamos expresado hasta ahora.

Nuestras conversaciones me han enriquecido, me ayudaron a comprender a otras culturas y a respetarlas. En este sentido, es que queremos extender nuestras reflexiones para que otras personas valoren y entiendan la diversidad cultural de México, para que, desde ahí, eviten prácticas racistas. Aunque se han creado leyes para erradicar la discriminación, estas no se conocen ni se difunden en las comunidades indígenas, por lo que la falta de acceso a la información se vuelve un factor discriminatorio en sí mismo. Espero que este texto aporte a que exista más conocimiento de lo que es el racismo y de cómo lo vivimos las mujeres de pueblos originarios.

Las mujeres de pueblos originarios tenemos muchas historias ocultas que nunca compartimos por vergüenza, pena, o simplemente porque son situaciones que nos han herido y es mejor esconderlas, diciendo que jamás ocurrió algo, o solo manteniéndonos calladas. En ocasiones, cuando encontramos a las personas idóneas, para compartir nuestro sentir, nos abrimos para contar nuestras experiencias. En mi tesis de doctorado (Olivas 2019), encontré que las mujeres Rarámuri ocultan y conservan las experiencias más dolorosas que les han tocado vivir en su recorrido de vida. Cuentan sus historias con pocas palabras porque así somos en la cultura Rarámuri, hablamos poco sobre temas que nos hacen daño porque las experiencias negativas nunca se comparten con gusto, hacen daño. Recordar es volver a tener la misma sensación. Durante mi investigación de doctorado, algunas maestras Rarámuri me dijeron: “es preferible dejar de hablar de lo que nos han hecho daño”. En el caso de mujeres indígenas de otros pueblos, también detrás de su vida hay experiencias de discriminación. Es tan fuerte que dejamos correr las lágrimas que, además de ser de rabia y soberbia, a veces también son de rencor.

Que las mujeres racializadas seamos ubicadas desde la otredad, evidencia exclusión, por lo que es importante empezar a reflexionar sobre la *otredad*. En lugar de hablar de otredad, deberíamos hablar de diversidad, sin tener una escala cualitativa, ya que las jerarquías hacen que las diferencias se vuelvan una fuente de discriminación y subordinación.

Mi inclusión en el proyecto

Nací y crecí en la Sierra Tarahumara, en una comunidad llamada Norogachi, en el Municipio de Guachochi, en el estado de Chihuahua. Los pueblos originarios que habitamos en el norte, como Rarámuri, O'dame (Tepehuanos), Warojios y Pimas, entre otros, históricamente, hemos estado menos estado visibilizados que los pueblos del centro y sur del país. Hasta hace poco, se nos consideraba *irrelevantes demográficamente* por encontrarnos, supuestamente, en proceso de extinción o por una asimilación cultural con las poblaciones mestizas del norte (Garduño 2004). Hemos sido, particularmente excluidos y negados a pesar de que se ha demostrado que los grupos del norte somos pioneros en los procesos transnacionales, distinguidos por una “compleja adaptación, fluidez y carácter cosmopolita (Garduño 2004). Sin embargo, hemos estado excluidos de políticas educativas, sociales y culturales implementadas en otras regiones.

En 2008, comencé a relacionarme con unas personas mestizas que se dedicaban a apoyar a estudiantes indígenas universitarios, quienes me orientaron para participar en el Programa Internacional de Becas de Posgrado de la Fundación Ford (IFP por sus siglas en inglés). Así, después de aprobar la primera etapa de selección, viajé a la Ciudad de México para ser entrevistada por el comité evaluador. En aquella ocasión, tuve la oportunidad de conocer a Marina Cadaval, quien en ese entonces estaba como secretaria técnica del programa. Ella me acompañó en el proceso de selección como candidata a la beca IFP, y con quien, al paso de los años, fui entablando una buena relación. En dicha entrevista, me di cuenta de que fui la única semifinalista proveniente de un pueblo del norte de México.

Con la beca del IFP, hice mis estudios de maestría en Educación en la Universidad Iberoamericana (UIA) en León, Guanajuato. Migré por dos años, acompañada de mi esposo y mi bebé de apenas un año. Fue la primera vez que salimos de Chihuahua. Después de dos años, regresé a la ciudad de Chihuahua a trabajar durante seis meses en una casa hogar de niños. Luego volví a la Sierra Tarahumara a buscar empleo en la Universidad Pedagógica Nacional del Campus Guachochi. En tal universidad, laboré tres años como docente en la licenciatura de Educación Indígena y trabajé dos cuatrimestres en la Universidad Tecnológica de la Tarahumara. En 2015, decidí estudiar el doctorado

en la misma UIA, por lo que, junto con mi familia, retornamos a la ciudad de León, Guanajuato.

En 2019, después de nueve años, me reencontré con Marina, quien me acompañó en el evento de mi graduación. Ahora ella había iniciado su doctorado en Holanda sobre los procesos de desarrollo profesional de mujeres indígenas becadas por el IFP. La comunicación entre nosotras fue más frecuente. Tuvimos varias conversaciones al respecto, pero también, a lo largo de varios años, pudimos compartir nuestras problemáticas, preocupaciones, los logros de vida, sobre nuestras familias, entre otros.

Como parte de su proceso de investigación, Marina conversó con varias de las profesionistas que habíamos realizado nuestros posgrados con el IFP. Realizó sesiones en línea para compartirnos sus hallazgos; en las sesiones participamos mujeres de pueblos originarios de otros estados del país. Con nuestras voces, compartimos nuestras experiencias de vida y académicas, y fuimos parte de un proceso de acción-participación de su investigación.

Después, fueron otros temas los que nos volvieron a reunir, ya que todas las que conformamos esta red de mujeres teníamos algo en común: compartir las experiencias vividas en diversos niveles educativos y conocer nuestra diversidad cultural, así como discutir sobre racismo. Otra compañera, Maya, de Yucatán —que también había contribuido a la investigación— nos invitó a participar en una campaña organizada por la Cátedra Unesco Educación Superior y Pueblos Indígenas y Afrodescendientes en América Latina, para erradicar el racismo en la educación superior, pues el racismo había sido uno de los temas que habíamos conversado en línea como parte de los hallazgos de Marina. La mayoría de quienes colaborábamos en su investigación, decidimos participar. La idea era trabajar en conjunto y nos sumamos. Al terminar la campaña, decidimos crear un blog para publicar nuestras historias personales y, posteriormente, extendimos los textos en forma de ensayos para conformar este libro.

En conjunto, empezamos a organizar nuestros encuentros virtuales. De forma inicial, nos reunimos cada semana o cada 15 días, después, al menos una vez al mes. En esos espacios, expusimos nuestras situaciones, nuestras historias y profundizamos sobre el racismo. En este mismo sentido, vimos la necesidad de realizar algunas acciones para difundir nuestras experiencias a través de las narraciones biográficas, cuya finalidad es impactar en la vida de otras mujeres

y en la sociedad. Difundimos nuestro blog y los conversatorios a través de diversas modalidades, adaptándonos a las nuevas herramientas tecnológicas, como lo son los distintos medios sociales (blogs, Facebook e Instagram).

Como mujeres activistas, en este camino, hemos tenido la oportunidad de compartir nuestras experiencias personales con distintas cosmovisiones, cosmogonías, idiomas, vestimentas, creencias, costumbres y tradiciones. A pesar de estas diferencias, logramos construir una intervención social que cumpla con los objetivos propuestos: hablar públicamente del racismo que día a día se vive en nuestros contextos.

A continuación, comparto algunas historias y experiencias de racismo y estrategias que he desarrollado para enfrentarlo. Son reflexiones derivadas de estos encuentros y de las conversaciones con mis compañeras.

Lucha de las mujeres indígenas

Es posible que para muchas personas resulte interesante hablar sobre mujeres indígenas, para otras no. ¿Cuántas veces hemos sentido incomodidad al relacionarnos con otras personas que no son como nosotras? La Comisión Interamericana de Derechos Humanos explica que hay muchas formas de discriminación, entre las que se encuentran las que son por raza, por género, por clase —por desigualdades socioeconómicas—, lo que limita el acceso a servicios básicos como educación, salud, alimentos y agua potable; así como a disfrutar de un empleo digno y de buena calidad. Las mujeres indígenas somos discriminadas por estos tres aspectos (Sánchez Olvera 2009). A veces, muchas personas se sienten superiores a nosotras; esta actitud la van adoptando como una práctica natural en su vida, sin crear consciencia, repiten ese comportamiento de rechazo en diversos espacios.

En los antecedentes históricos de la lucha de las mujeres, encontramos situaciones similares a las que exponemos en este libro; por un lado, tenemos los motivos de exclusión, pero, por otro, también las participaciones y acciones para ser escuchadas. Desde 1848, en Nueva York, hubo una Primera Convención de las Mujeres, en donde estas marcharon pidiendo el derecho a votar para elegir a sus gobernantes (ONU 2004). En 1893, Nueva Zelanda se convirtió en el primer país que permitió el voto de las mujeres, inspirando con ello a sufragistas de

todo el mundo. En 1910, se estableció el 8 de marzo como el Día Internacional de la Mujer cuando se reunieron más de un millón de personas en Austria, Dinamarca, Alemania y Suiza para exigir derechos laborales para las mujeres.

Puedo hacer una lista larga de los movimientos que han hecho las mujeres no indígenas, pero en cuestión de la participación de las mujeres indígenas, nuestras luchas siempre han sido parte de las luchas de nuestros pueblos. A diferencia de los movimientos feministas blancos y occidentales, los movimientos feministas indígenas han cuestionado al colonialismo como parte de los procesos de exclusión y opresión. Nuestras luchas no son solo como mujeres, sino como mujeres racializadas y colonizadas. A pesar de nuestros enormes activos y contribución a la sociedad, seguimos sufriendo múltiples discriminaciones porque estamos sujetas a la pobreza extrema, a la trata, al analfabetismo, a la falta de acceso a nuestras tierras, a la falta de atención médica adecuada (ONU 2004).

Como consecuencia del patriarcado y del colonialismo, la mayoría de las mujeres indígenas han vivido sumisas ante los hombres, porque desde nuestras creencias, está arraigada la idea de que tienen que obedecer a sus cónyuges, vivir en subordinación respecto a los hombres porque estos son quienes dominan y tienen poder. Esto derivó en que las mujeres dejaran de atender sus propias necesidades. En mi tesis explico que:

En la comunidad rarámuri en años anteriores, la mujer tenía menos valor que el hombre, ya que no estaba permitido asumir los cargos públicos tradicionales; su modo de pensar del hombre rarámuri era que una mujer no podía llevar a cabo las tareas y las responsabilidades de la comunidad. En la actualidad las mismas mujeres han manifestado sus capacidades para el manejo de su liderazgo (Olivas 2019: 79).

En las últimas décadas, las mujeres indígenas estamos generando grandes cambios, porque muchas estamos creando otro estilo de vida, es decir, asistimos a las instituciones educativas de nivel superior a recibir una formación para tener mejores oportunidades de empleo, y algunas nos seguimos preparando académicamente con maestrías, doctorados y posdoctorados. Pero muchas veces, estos logros no son visibilizados ni aceptados en las instituciones; aunque tengamos las mismas habilidades, destrezas, conocimientos y trabajemos las

mismas horas, no nos pagan igual o nuestros aportes no son valorados. Es decir, “al existir discriminación en el ámbito laboral, el talento de la mujer es desperdiciado a pesar del nivel de estudios o experiencias que tenga, pues recibe un trato inferior en la contratación, bajo salario, condiciones laborales desiguales” (May y Morales 2018: 461).

Solo por el hecho de ser indígenas somos discriminadas, a pesar de que se hable mucho de la inclusión y la equidad, estos son términos que están lejos de ser una realidad, pues solo se plasman en el discurso, sin que suceda en la práctica.

Estudiar implica salir de la comunidad

Para acceder a niveles superiores de formación, todas las mujeres indígenas, forzosamente, tenemos que abandonar nuestro lugar de origen, pues no hay universidades en nuestros pueblos. Al menos, así me tocó a mí porque antes no existían las universidades interculturales (UI), que fueron creadas en 2003 en diferentes regiones indígenas de México. Las UI está intentando promover y combinar las prácticas comunitarias con la formación académica, al combinar el quehacer y el saber, que se adquieren en la vida comunitaria, con los conocimientos académicos (Mateos, Dietz y Mendoza 2016); sin embargo, de las 11 universidades a cargo de la Secretaría de Educación Pública, ninguna está en el estado de Chihuahua.

Muchas mujeres que salimos a estudiar, regresamos a nuestras comunidades a participar en las actividades locales. Para los Rarámuri que nos encontramos fuera de la comunidad, por ejemplo, es importante, desde la distancia, estar informada de las acciones y noticias de nuestra comunidad. Salir y estudiar nos permite ver nuestra realidad de otra manera. En lo personal, me sirvió para aprender a valorar más a mi cultura con todos sus elementos relevantes y que me permiten sentirme orgullosa de mí misma y de muchas otras mujeres que buscan superarse a sí mismas, a construirse en un mundo sin fronteras. Varias mujeres indígenas de diversos estados comentaban que estudiar las había llevado a vivir un proceso de empoderamiento y de reflexión sobre su papel como mujeres en su comunidad, y a cuestionar las creencias que existen dentro de las mismas comunidades de que no deben estudiar porque su papel

es solo el de ser ama de casa (Santana 2017). Sin embargo, poco a poco estas percepciones sobre sí mismas se están transformando, pues en la actualidad hemos fracturado la ideología de que solo los hombres son dignos de recibir educación formal.

Los derechos humanos y los derechos indígenas, de alguna manera, protegen nuestra integridad, es decir, como pueblos originarios tenemos el derecho a recibir una educación con pertinencia cultural: a los niños de los pueblos originarios se les atiende desde las necesidades de cada contexto. Esta es la mejor forma de facilitar un aprendizaje a través del andamiaje institucional. Al sistema educativo le falta cumplir sus propósitos en este sentido, pero algo se ha avanzado, pues recuerdo que cuando yo era niña, por ejemplo, no había escuelas bilingües y nos tocaba aprender exclusivamente en español. Ahora hay escuelas primarias bilingües en Rarámuri, pero nos hace falta aún una educación superior con pertinencia cultural, como podría ser contar con una universidad intercultural.

En la educación superior, los y las estudiantes indígenas vivimos diferentes tipos de prácticas de racismo y discriminación que contribuyen a generar una baja autoestima, con ello, dejamos de participar en las aulas, nos sentimos menos que las demás personas, etcétera. En ocasiones, también el cuerpo docente se suma a estas prácticas, pero me pregunto cómo puede ser posible que una persona profesional genere prácticas racistas. Lo que deduzco de esto, es que se debe, entre otras cosas, a las estructuras coloniales que han generado diferencias y por lo poco que se habla del racismo en México porque se supone que todos somos mestizos (Moreno Figueroa 2013, Navarrete 2017).

La participación de las mujeres en esta época, reconocidas como sujetas con derechos, tenemos mayor impacto en diversos ámbitos, incluida la libertad de expresión y la participación ante las comunidades y en la sociedad en general. Sin embargo, y a pesar de haber sido audaces para enfrentar situaciones de menosprecio, seguimos expuestas a vivir triple discriminación, por el hecho de pertenecer al género femenino, por portar la vestimenta tradicional y por ser monolingües (Olivas 2019). A fin de visibilizar y nombrar las prácticas de racismo y sexismo que me han tocado vivir, tanto en los espacios académicos como en los laborales, compartiré algunas experiencias concretas que tuvieron lugar entre 2009 y 2021.

Experiencias de racismo y sexismo en diversos contextos

En diversos ámbitos, las mujeres indígenas vivimos distintos tipos de discriminación, por ejemplo, en nuestros centros de trabajo, en espacios públicos, en la escuela: ¿cuántas de nosotras hemos sentido, en más de una ocasión, prácticas racistas? o ¿cuántas veces hemos sido cómplices de estas acciones? A veces no somos conscientes de qué tanto estamos afectando a otras personas y a nuestra propia familia, porque el racismo también se vive en el propio núcleo familiar y en la sociedad misma.

En 2009, fui a recoger mi título de la licenciatura en Educación a la Normal “Yermo y Parres”, Creel, Bocoyna, Chihuahua, en ese entonces, llevaba a mi hija de seis meses. La persona que me atendió me preguntó “¿Qué harás de ahora en adelante?”, mi respuesta fue: “¡Seguir estudiando! Tengo que entregar los documentos para solicitar una beca y poder hacer una maestría, y por eso es que aquí me encuentro”, volvió a intervenir: “Pero si ya tienes una hija, ¿cómo es que vas a estudiar, ya cuando tienes hijos es difícil continuar y lograr lo que tú deseas?”. En ese momento sentí que la persona tenía razón, pero luego volví a reflexionar sobre lo que realmente quería hacer y no me detuve, continué persiguiendo mis objetivos. Ese comentario me hizo pensar que incluso entre mujeres nos dañamos en lugar de apoyarnos y hacer que florezcamos. Si bien, esta anécdota no tuvo necesariamente implicaciones raciales, sí las tuvo de género, que es también parte de las reflexiones que me interesa exponer.

Otra experiencia tuvo lugar durante mis estudios de licenciatura, cuando una maestra me insinuó que mis trabajos estaban mal redactados, es decir, que los textos no correspondían al nivel que me encontraba. En ese instante, no le presté interés al comentario, pero poco a poco fui descubriendo que no me gustaba tomar clases con ella porque me incomodaba. Me daba miedo y prefería quedarme callada. No era solo contra mí, era su modo de dar a conocer nuestras fallas, pero a mí me daba mucha vergüenza que me expusiera enfrente de todos, y me generaba inseguridad en esta y en otras asignaturas, porque evitaba participar ante el grupo. Este tipo de tratos en la educación afecta la autoestima y conlleva a pensar que tenemos menos valor. En México, el sistema educativo es deficiente y más aún en zonas rurales o marginadas, de tal modo que desde los primeros niveles de estudios cargamos el peso de un sistema

educativo diferenciado que se evidencia a lo largo de todo nuestro desarrollo académico y, particularmente, cuando llegamos a la universidad.

Ya como profesionista, cuando regresé a la ciudad de Chihuahua después de haber concluido mi doctorado, fui a dejar solicitudes de empleo en algunas instancias públicas con la intención de que me contrataran, reconociendo mi experiencia y los estudios que tenía. Pero nunca nadie me llamó, tal vez porque cuando visité esos espacios iba portando con orgullo mi vestimenta Rarámuri. En esta sociedad racista, es difícil conseguir trabajo si uno no va *disfrazada*, es decir, vestida como una mujer mestiza, maquillada y pintada, ocultando mi raíz o simulando que no soy indígena.

En varias ocasiones, he sido discriminada por llevar mis vestidos tradicionales. Una vez en UIA-León, cuando realizaba mis estudios de posgrado, el guardia de seguridad me negó la entrada porque portaba mi indumentaria Rarámuri —entiendo cuando a veces nos ocurren estas experiencias en otros estados debido al desconocimiento de que en el país existimos indígenas con costumbres diversas—. En otra situación, cuando fui a trabajar a la Universidad Tecnológica de la Tarahumara en Guachochi, que es una Universidad que también atiende alumnos de población Rarámuri, en dos ocasiones me detuvieron los guardias, cuando la universidad me había invitado a dar las clases del idioma rarámuri. En una, porque las autoridades “no habían avisado” que iría yo (fue en tiempo de pandemia, cuando estaban restringidas las entradas en varios lugares). Las universidades, como otras instituciones, tienen sus propios reglamentos sobre los que se rigen. Al dialogar con los estudiantes universitarios, estos comentaban que vivían algo similar también; es decir, las indígenas no pertenecemos a los espacios universitarios. Tuve que comunicarme con el jefe para que le explicara al guardia quién era yo y que me dejara entrar. En otro momento, en que se me negó la entrada, tuve que suspender las clases. Me dijeron que habían sido indicaciones del rector, quien controla todo. Por la razón que haya sido, me excluyeron por ser indígena, por vestirme como Rarámuri.

También relacionado a mi vestimenta, otra anécdota sucedió fue cuando cubrí un interinato en una escuela de educación indígena. Me presenté portando mi vestido, pero quienes estaban presentes (maestras y padres de familia) pensaron que yo también era una de las madres de familia. La directora, quien también era indígena, pero ocultaba sus raíces, me preguntó en un tono nada

amable que quién era yo. Le expliqué que era la nueva docente. La forma en que cuestionó me hizo sentir discriminada, y más aún cuando me siguió tratando como si no supiera atender a los y las alumnas. Esto es parte de ese racismo *sutil* que vivimos en la vida cotidiana y que es muy difícil de probar o de explicar. Batallé para poder tener diálogo con ella, para colaborar como colegas. Quiso supervisar cada cosa que hacía, pero no lo permití. Puse mis límites.

Cuando me postulé para un empleo de nivel superior en la Secretaría de Educación del Estado de Chihuahua, creí que por haber trabajado anteriormente en una universidad, valorarían mi experiencia y tendría posibilidades de conseguir el empleo, pero no fue así. Más adelante participé en otra convocatoria para un puesto directivo en el área de cultura, quedé seleccionada para la entrevista; las personas finalistas éramos tres: yo como mujer Rarámuri, un varón Rarámuri y un hombre mestizo. El puesto, como era de esperarse, se lo dieron al mestizo. Este aspecto me hizo pensar que se sigue con la idea de que para dirigir es mejor que lo haga un hombre, y que este no sea de un pueblo originario. Que a las personas de comunidades indígenas difícilmente nos darán acceso a una dirección en instituciones gubernamentales, ya que se tiene la concepción de que no tenemos las capacidades para atender responsabilidades o cargos más altos. Es una forma de hacernos menos y mantenernos calladas, lo que nos limita para sobresalir. Es común que mientras más nos preparamos más se nos discrimine, ya que a nadie le gusta que sobresalgamos, mucho menos que ocupemos puestos altos en las instituciones públicas; nunca se nos ha dado espacios, ni oportunidad de dirigir porque dudan de nuestras capacidades de organización y de toma de decisiones.

Muchas veces, las prácticas racistas son generadas por personas indígenas, ninguno estamos exentos, ya sea porque niegan o han perdido su identidad y no reconocen sus raíces, o porque no han hecho consciencia de cómo reproducimos el racismo. Estas prácticas se vuelven una cadena ya que son actitudes que se reproducen en otros ámbitos, con otras personas y en otros espacios. A veces, son gestos sutiles, a veces, más directos.

También en términos laborales, como profesionista, entre 2020-2021, laboré en la Comisión Estatal para Pueblos Indígenas de Chihuahua, una institución de gobierno. En 2021, hubo cambio de administración y todo lo que se había avanzado en la forma de atender a la población indígena, con las nuevas autoridades se retrocedió. No se dio continuidad a algunas de las acciones pertinentes,

se modificaron acuerdos considerando intereses personales y no a las necesidades de los pueblos. En ese tiempo, me pidieron la renuncia porque yo no estaba dispuesta a colaborar en acciones que no beneficiaran a nuestros pueblos. El plan de trabajo se centraba solo en la política y en atender a los gobernadores indígenas que habitan en las urbes y no realmente en las necesidades de las comunidades. Ese tipo de acciones suceden mucho, y pareciera que ya con aliarse con dirigentes indígenas, se atiende a los pueblos, pero no es así. Muchas veces, las personas indígenas que se vinculan con los partidos políticos, se van acomodando y apoyan a los políticos a costa de las propias ideas e intereses de sus pueblos. En lo personal, siempre he preferido estar con las comunidades antes de contribuir con las acciones políticas que solo simulan atenderlas. Cuando fui despedida, recibí algunos mensajes en el que me preguntaban “¿Cómo te sientes? ¿Qué harás ahora?” Estas preguntas me las hacían de cierta manera en la que percibía un tono de preocupación excedida, de paternalismo. Parecía que creían que me iba a quedar estancada, que no podría conseguir otro empleo y que ya no tendría más o mejores oportunidades.

Estas son algunas anécdotas que reflejan claramente el racismo tanto estructural e institucional, como de vida cotidiana. Pero para enfrentarlo, en lo personal, he desarrollado algunas estrategias que me han funcionado. Aunque al principio he tenido miedo para desenvolverme públicamente y relacionarme con personas dominantes, también he aprendido a hacerlo, reconociendo mis propias capacidades y experiencias. A continuación, comparto algunas de esas estrategias.

Estrategias ante el racismo y la discriminación. Soy diferente

Desde mi educación media superior, tuve la oportunidad de valorar la diversidad cultural que existe en el norte de México porque en la preparatoria pude vincularme con personas de varios pueblos, quienes contribuyeron a ampliar, profundizar, valorar y reconocer mi propia identidad. Posteriormente, en la maestría y el doctorado iba con mi vestido Rarámuri, porque me daba fuerza y me hacía sentir diferente. Soy diferente —no soy mestiza—, pero estaba haciendo lo mismo que mis compañeras y compañeros: adquiriendo herramientas para llegar a ser una investigadora.

Siempre me he mostrado como soy, lo que soy: una mujer Rarámuri. Hablar mi lengua, vestir mi traje, reconocer que aporto como profesionista indígena en cada lugar en el que me encuentro, ya sea en mi empleo, en la comunidad, con mi familia, en redes de colaboración profesional, ha sido lo más importante para enfrentar el racismo, así como cualquiera otra discriminación.

Los estudios de posgrado también me sirvieron para consolidar mi identidad. Había personas que con sus palabras me animaban a escribir más y compartir mis reflexiones. Aunque estudié fuera de mi estado, mis compañeros y compañeras, con su apoyo, me hicieron sentir parte del grupo. Tenían interés en conocer mi cultura, mi comunidad, mi forma de pensar. Las palabras que me animaban eran: “¡Qué bien escribes! ¡Está muy claro lo que quieres comunicar!, ¡Qué bonito vestido! ¿Tú lo hiciste?” En esta etapa, hubo personas que me apoyaron para seguir mejorando mi escritura, mi lenguaje, el idioma español como una segunda lengua.

Considero que vale la pena reflexionar e invertir tiempo en nuestra forma de actuar para encontrar soluciones a todo lo que hacemos en la vida diaria, es una forma de hacer conciencia con nosotras mismas, desde cómo tratar y abordar temas de nuestro interés sin hacerle daño a nadie, incluso, los conflictos emocionales. La fuerza está en lo individual y en lo colectivo. Entre las estrategias que ahora me he dado cuenta que he usado a lo largo de mi vida para enfrentar el racismo y la discriminación están las siguientes:

- Perseguir los propósitos que me propongo. Visualizo esos anhelos a corto y a largo plazo y voy construyendo caminos para alcanzarlos. Algunos toman varios años, pero trabajo en ellos poco a poco.
- Reflexionar, trabajar los sentimientos y pensamientos negativos.
- Aceptarme, reconocer mis defectos y cualidades.
- Fomentar en mis relaciones sociales valores esenciales como el respeto, la responsabilidad, la puntualidad.
- Formar nuevos hábitos, como la lectura y la escritura.
- Motivarme a trabajar.
- Tener seguridad en mí misma.
- Pensar cada uno de mis actos (problema, consecuencias) y tomar una decisión.

- Analizar los errores y buscar obtener resultados distintos.
- Ignorar comentarios negativos; si son críticas constructivas, tomarlos para el crecimiento personal y profesional.
- Dirigirme por mis convicciones, no por las palabras de otras personas.
- Valorar el apoyo de la familia y de la comunidad y caminar juntos.

Estas estrategias las ajusto y reconfiguro constantemente, observando cuál es la mejor para cada situación. En esta vida, no existe una estrategia única para conseguir y cumplir lo que se desea, ni para enfrentar las adversidades, porque en el camino se va descubriendo de forma lenta y lo vamos construyendo de diversas maneras. No hay una guía perfecta para trabajar en una misma, es un trabajo individual, diario, pero también apoyado con la familia, la comunidad, las amistades y las colegas. Es parte de nuestro recorrido de vida.

Me he dado cuenta de que no es fácil caminar y alcanzar las metas que nos proponemos. El inicio es complicado. Se requiere decisión, no dejarse caer, sino levantarse cada vez que se tropieza, para esto se necesita querer hacer, ser y estar. El trayecto requiere aceptar y aprender de los errores. Estar abierta a aprender, interactuar, intercambiar ideas, conocer, así como a entender otras culturas, buscando siempre construir una convivencia respetuosa y armónica. Nuestras vidas están llenas de acciones positivas que contribuyen a solucionar situaciones conflictivas, incluso aquellas que son negativas nos permiten buscar y encontrar soluciones para alcanzar las metas y así sentirnos satisfechas como personas.

Reflexiones finales

En conclusión, trabajar en equipo con otras mujeres profesionistas —tanto indígenas de varios pueblos de México como mestizas— sobre el tema del racismo, ha sido una experiencia gratificante, ya que perseguimos un mismo objetivo: evidenciar el racismo en las instituciones de educación superior y en otros espacios donde nos desarrollamos como profesionistas. Queremos que nuestra experiencia resuene en la vida de otras mujeres y quienes estén iniciando su recorrido universitario no se detengan por ser diferentes, sino lo contrario, que avancen para llegar a la cima de la montaña, cualquiera que esa

sea. Desde esa cima, se puede emprender vuelos distantes y generar cambios; mujeres con dignidad y orgullosas de quiénes somos, de lo que aportamos a la sociedad y a nuestras profesiones.

Referencias

- Garduño, Everardo. 2004. “Cuatro ciclos de resistencia indígena en la frontera México-Estados Unidos”. *Revista Europea de Estudios Latinoamericanos y del Caribe*, núm. 77 (octubre), pp. 41-60.
- Mateos, Laura, Gunther Dietz y Guadalupe Mendoza. 2016. “¿Saberes-haceres interculturales? Experiencias profesionales y comunitarias de egresados de la educación superior intercultural veracruzana”. *Revista mexicana de investigación educativa*, vol. 21, núm. 70, pp. 809-835.
- May de la Cruz, Antonia y José Antonio Morales. 2018. “La discriminación de la mujer en México”. *Ecosociales*, vol. 6, núm. 16.
- Moreno Figueroa, Mónica. 2013. “Yo nunca he tenido la necesidad de nombrarme”. En Alicia Castellanos y Gisela Landázuri. *Racismos y otras formas de intolerancia de Norte a Sur en América Latina*. Juan Pablos Editor, México, pp. 15-48.
- Navarrete, Federico. 2017. “El racismo en México se origina en el mestizaje y se detona en la familia”. *Boletín UNAM-DGCS-519*, Ciudad Universitaria. En línea: <https://www.dgcs.unam.mx/boletin/bdboletin/2017_519.html>, consulta: octubre de 2022.
- Olivas, Lucía. 2019. *Recorrido de vida de maestras rarámuri: experiencias que las han formado*. Tesis de doctorado. Universidad Iberoamericana de León, León, Guanajuato.
- ONU, Organización de las Naciones Unidas. 2004. “Interseccionalidad: una herramienta para la justicia de género y la justicia económica”. *Derechos de las mujeres*, núm. 9. En línea: <https://www.awid.org/sites/default/files/atoms/files/interseccionalidad_-_una_herramienta_para_la_justicia_de_genero_y_la_justicia_economica.pdf>, consulta: 16 de febrero de 2022.

ONU. s/f. “Ahora es el momento”. En línea: <[https://interactive.unwomen.org/multimedia/timeline/womenunite/es/index.html#/>, consulta: 16 de febrero de 2022.](https://interactive.unwomen.org/multimedia/timeline/womenunite/es/index.html#/)

ONU. s/f. “Las Mujeres Indígenas y el Sistema de la ONU”. En línea: <<https://www.un.org/development/desa/indigenous-peoples-es/areas-de-trabajo/las-mujeres-indigenas-y-el-sistema-de-la-onu.html#:~:text=Las%20mujeres%20ind%C3%ADgenas%20siempre%20han,en%201982%20en%20Ginebra%2C%20Suiza>>, consulta: 16 de febrero de 2022.

Sánchez, Martha y Mary Goldsmith. 2000. “Reflexiones en torno a la identidad étnica y genérica. Estudios sobre las mujeres indígenas en México”. *Política y cultura*, núm. 14, pp. 61-88.

Sánchez Olvera, Alma Rosa. 2009. “Signos de una triple opresión: ser mujer, indígena y pobre”. *Destiempos.com*, vol. 3, núm. 18, pp. 287-303.

Santana, Yasmani. 2017. “Experiencias de jóvenes indígenas en la Licenciatura en Educación Indígena. México. Identidad y profesionalización”. *Experiencias formativas de jóvenes indígenas en la Licenciatura en Educación indígena*, vol. 35, núm. 39, pp. 171-188.



Lucía Olivas. Totorichi ('lugar de gallinas'), Norogachi, Chihuahua, México. Fotografía de Jorge Eduardo Vallejo García, julio 2013.

EL TEJIDO DE LA RESISTENCIA DESDE LA FUERZA COLECTIVA

Carmen Osorio Hernández



Introducción

En este texto me propongo reflexionar sobre la importancia de las redes de mujeres en las que he transitado a lo largo de mi vida, las cuales son una estrategia para reconocer y reivindicar los derechos individuales y colectivos *de quienes* y, desde nuestras voces, denunciar las prácticas discriminatorias y racistas que dejan una huella profunda y trastocan nuestras vidas. Para tal motivo, es importante dar cuenta de lo que significan el racismo y las prácticas racistas, y así, entender las luchas que se construyen desde las acciones de los movimientos sociales y de las redes. Para ello, hago un breve recorrido sobre los antecedentes de los movimientos de mujeres indígenas y sus acciones. Después, discuto sobre la importancia del tejido colectivo en mi caminar personal y profesional, como estrategia de resiliencia frente a las condiciones de invisibilidad, desigualdad, racismo y discriminación. Al final, reflexiono, con brevedad, sobre la importancia de los valores que me han permitido transitar en el camino colectivo, visibilizarme, reafirmar mi identidad y fortalecer mi resiliencia.

Del racismo encarnado a las prácticas racistas y luchas contestatarias

Los orígenes del racismo se remontan al proceso de la modernidad con la colonización de nuevos territorios, en las relaciones de producción, la mercantilización y en la conformación de leyes. Estos aspectos profundizan la discriminación, exclusión y la segregación a partir de las jerarquías económicas, socioculturales y políticas (Gall 2004). El racismo se constituye como un fenómeno histórico de discriminación y segregación estructural que se manifiesta en diversas prácticas y en las relaciones sociales de la vida cotidiana, así como en los diversos contextos y espacios en los que accionamos. Estas prácticas que separan, discriminan, excluyen, se refuerzan entre ellas y se fortalecen entre sí para reafirmar desigualdad social y de género, incluso, como señala Mónica Moreno Figueroa (2102), “la eficacia de estas prácticas depende de su capacidad de normalizar ciertas condiciones sociales junto con maneras de pensar y actuar” (Moreno Figueroa 2012: 12) que por lo general violenta y limita la autonomía de las mujeres.

Por lo tanto, las diversas prácticas racistas que profundizan la desigualdad social de género, edad, raza y etnia, a la cual nos enfrentamos las mujeres (indígenas), determina la necesidad de conjuntar voces y sumar esfuerzos para las luchas contestatarias contra la exclusión, la discriminación y el racismo en todas sus manifestaciones y en contextos diversos. Tal es el caso de los movimientos de mujeres negras, que, en los últimos años, han ganado protagonismo en un proceso gradual de articulación y cooperación con otros movimientos sociales. A partir de una lucha que ha sido histórica, ellas buscan romper la indiferencia en torno a cuestiones cotidianas, tales como la falta de acceso a una vida libre de violencia, a los servicios de salud, al disfrute de sus recursos naturales, de sus tierras y territorios, a su desarrollo integral y a la participación plena y efectiva en las instancias de toma de decisiones en todos los ámbitos de la esfera pública. Con ello, reclaman reconocimiento y dignidad para resistir a las profundas desigualdades, centran sus objetivos en la visibilidad, la participación política y la inclusión social. En este sentido, los movimientos sociales étnicos

y raciales cuestionan las múltiples exclusiones, desde la invisibilización hasta la marginación y la estigmatización de los grupos minoritarios.

Por su parte, los movimientos sociales, específicamente de mujeres indígenas, han demostrado un fuerte impulso organizativo en la lucha por la igualdad de condiciones sociales y económicas y su reconocimiento como sujetas de derecho. Las acciones de los movimientos de mujeres indígenas no han sido aisladas, sino que han estado vinculadas a movimientos feministas, que si bien, surgen en distintos contextos, han compartido la lucha por la visibilizar.

De la ola feminista al movimiento de mujeres indígenas

El movimiento feminista surge en el siglo XIX como una fuerza ideológica y política para dar “fin a la desigualdad sexual y promover la emancipación de las mujeres oprimidas” (Molineux 1996: 493). Este movimiento constituye una de las expresiones con sentido crítico y alternativo en el contexto hegemónico del pensamiento político, social y económico, que se refleja en cambios sustanciales en el proceso de concientización de las mujeres como sujetas de derechos y protagonistas de la construcción de nuevos paradigmas de análisis y transformación de la realidad (Vargas 2002).

La segunda ola feminista, que comenzó con mayor fuerza organizacional al final de la década de 1970, se caracterizó por dos corrientes: la primera, determinada por la igualdad de los derechos y preocupada por eliminar la subordinación y la discriminación en lo público y privado; y la segunda, por la tendencia a la emancipación de las mujeres y su participación política, bajo un cambio social más radical y revolucionario. Con el tiempo, cada una de estas corrientes fue desarrollando sus propios objetivos, dinámicas de interrelación y confrontación, construyendo diversos intereses, a veces contradictorios, pero también con muchos puntos de intersección (Molineux 1996). Esa pluralidad de procesos respondió también a los contextos específicos en los que tenían lugar y comenzaron, así, a visibilizarse movimientos de mujeres desde el ámbito de la acción colectiva en todo el mundo.

En América Latina, desde la década de 1970, se llevaron a cabo una serie de conferencias mundiales organizadas por las Naciones Unidas que

comenzaron con la *Década de la Mujer* en 1975. Esta centró su atención en el fin de la discriminación contra la mujer con base en la igualdad entre hombres y mujeres, y en la incorporación de estas últimas y las cuestiones de género en los planes de desarrollo nacional. Con base en la Declaración Universal de Derechos Humanos, se confirmó la “Convención sobre la Eliminación de todas las Formas de Discriminación contra la Mujer” gracias a las conferencias organizadas por las Naciones Unidas en Copenhague en 1980, en Nairobi en 1985 y en Beijing en 1995. En este sentido, las conferencias internacionales resultaron ser espacios idóneos para fortalecer la identidad colectiva, ampliar las redes con estructuras organizativas formales e informales, así como desarrollar estrategias para incidir en el discurso de las desigualdades de género que cobraron cierta importancia en las agendas políticas nacionales e internacionales (Guzmán 2002; Yin-Zun 2004).

En la década de 1990, mujeres indígenas con diversas experiencias organizativas en América Latina comenzaron a articular sus luchas por la construcción de una agenda política que combinara las demandas específicas de género con la autonomía de sus pueblos. En este contexto, generaron espacios propios de discusión y análisis, uniendo sus voces para denunciar la opresión económica y el racismo, y de manera simultánea, construir un discurso en la práctica política propia desde la perspectiva de género situada culturalmente, cuestionando el sexismo y el esencialismo de las organizaciones indígenas (Hernández y Sierra 2005).

De este modo, los movimientos integrados por organizaciones o grupos de mujeres indígenas, con valores, identidad étnica, racial, etcétera, que confluieron en diferentes espacios, se encontraron conectados y vinculados por un objetivo común: ser reconocidas como sujetas de derecho. Ello implica que cada una actúe cumpliendo sus funciones con cierta interdependencia y a su vez conformen estructuras de movilización que se conviertan en estrategias para crear y entretejer redes de mujeres diversas con intereses comunes. Con estas redes podrán incidir en diversos ámbitos, fortalecer sus luchas y lograr transformaciones sociales.

El tejido colectivo desde la diversidad a partir de la experiencia personal

Uno de los elementos fundamentales de las resistencias del movimiento de mujeres indígenas ha sido la reivindicación de la cosmovisión y las prácticas de la espiritualidad propia de cada una de las culturas a las que pertenecemos. Esto se relaciona con el rescate de identidades propias a partir del conocimiento y de la sabiduría de nuestros pueblos, ancestros y ancestras y la relación con los elementos de la naturaleza. Estos aspectos determinan muchas de las acciones que llevamos a cabo en lo cotidiano, en nuestras prácticas construidas desde lo colectivo, en la relación con la diversidad de mujeres con las que nos aliamos para sumar fuerzas y entretejer voces para lograr acciones encaminadas al reconocimiento de nuestros derechos, nuestras identidades, cultura, y lenguas.

En la búsqueda por construir acciones en colectivo y motivada por mis relaciones con otras mujeres identificadas y comprometidas con la vida en el campo, en 2001, tuve la oportunidad de formar parte de la Red Nacional de Asesoras y Promotoras Rurales (RedPAR). Esta organización tiene más de 30 años de operar y su misión es “contribuir a la construcción de relaciones equitativas, justas y respetuosas, acompañando a mujeres rurales en sus experiencias y demandas en la búsqueda del buen vivir y de la soberanía alimentaria con perspectiva de género, justicia social y ambiental” (RedPAR 2012).

En dicho colectivo, confluyamos mujeres indígenas y mestizas: promotoras, asesoras, académicas, investigadoras y activistas con objetivos comunes, pero con experiencias diversas y con quienes he caminado desde hace más de 20 años. Durante este tiempo, hemos reflexionado de manera conjunta sobre temas como los procesos organizativos con mujeres campesinas e indígenas, los proyectos productivos, las metodologías de trabajo con mujeres rurales indígenas desde una perspectiva intercultural y de género, así como sobre el ejercicio y la construcción de ciudadanía desde la experiencia de las mismas mujeres.

Entre nuestras acciones, impulsamos la Campaña Nacional por la Seguridad Alimentaria en 2011. A lo largo de nuestros encuentros, hemos discutido sobre los modelos alternativos de liderazgos de mujeres, el impacto de la crisis alimentaria mundial y sus efectos en la vida de las mujeres indígenas y campesinas en diversos contextos, las estrategias de incidencia política, los megaproyectos, la cruzada contra el hambre, entre otros (Osorio 2018). También hemos reflexionado sobre el feminismo rural como parte de nuestro posicionamiento

político. Esta postura parte del reconocimiento de que “las mujeres campesinas e indígenas, al igual de quienes las acompañamos en sus procesos, somos sujetas epistémicas y agentes de transformación social, es decir, hacemos conocimiento en lo cotidiano, con nuestras prácticas, análisis y reflexiones, aportando saberes a la teoría y práctica feminista” (Govela 2018: 22).

Dichos temas han estado acompañados siempre de un análisis de coyuntura política, económica, social y ambiental, lo que nos sitúa en un escenario desalentador, pero al mismo tiempo, nos coloca frente a una serie de retos. En las últimas décadas, a partir del movimiento zapatista de 1994, hemos visto cómo algunas mujeres han ido ganando espacios de representación en sus comunidades y a través de sus procesos organizativos. En este sentido, coincidimos en que es importante que las mujeres se fortalezcan y se reconozcan como sujetas de derechos, y le apostamos a la formación de organizaciones de mujeres para generar sus propias demandas, que sean autónomas y que puedan luchar por el respeto de sus derechos.

Cada una de las mujeres que conformamos la RedPAR, aportamos y construimos procesos desde la colectividad a partir del cuidado amoroso, de la riqueza de nuestros saberes y de nuestras historias de vida en diversos contextos. El caminar juntas nos ha permitido reconocer la importancia y los retos de nuestras acciones prácticas con las mujeres rurales, y así, visibilizar lo que se ha ganado con base en sus luchas cotidianas.

El formar parte de esta red, me motivó a seguir indagando otras formas de resistir y luchar ante la desigualdad social y de género, por lo que decidí “emprender el vuelo” para realizar mis estudios de doctorado en Brasil (2005-2009) en el programa de Desarrollo de la Universidad Federal de Río Grande del Sur, en la ciudad de Porto Alegre. Durante este tiempo, tuve la oportunidad de dialogar, intercambiar experiencias y fortalecer redes a través del trabajo y la trayectoria del movimiento de mujeres campesinas y agricultoras en el sur de Brasil. Su organización y el activo papel que han tenido en su proceso de participación política las ha llevado a ser reconocidas por el estado como un movimiento importante en la agricultura familiar. Su lucha al lado de otros movimientos sociales les ha permitido conquistar espacios y lograr, por ejemplo, la jubilación rural, llevar a cabo políticas de acción afirmativa, la creación de una Secretaría Especial de Políticas de promoción de la igualdad Racial que, entre otras labores, promueve acciones contra el racismo. Esta

experiencia me hizo confirmar la importancia de la suma de esfuerzos colectivos y de voces diversas para visibilizar el papel de las mujeres rurales como protagonistas en sus propios contextos.

Al volver a México, después del doctorado, continué ampliando mis redes profesionales, pues estoy convencida que esta es una de las estrategias para poder construir sueños, explorar nuevos horizontes, sumar experiencias y fortalecer vínculos. Con esta idea, en 2010, me integré a la Red-Interdisciplinaria de Investigadores de los Pueblos Indios de México A.C. (RED IINPIM),¹ conformada por mujeres y hombres profesionistas originarias y originarios de diversos pueblos. El objetivo era contribuir de forma individual y colectiva a la justicia social, con el fortalecimiento de los derechos y el desarrollo con identidad de los pueblos y comunidades indígenas de México. La Red conllevaba un gran reto, pues implicaba un trabajo coordinado con todo un equipo multidisciplinario que estuviera realmente comprometido con las comunidades de cada miembro. Nuestra intención era:

[...] asumir y poner en práctica los compromisos adquiridos con nuestras comunidades indígenas, para trabajar en su reivindicación frente a las culturas mayoritarias y dominantes, en aras del reconocimiento y reconstitución del Estado Mexicano como un Estado Multicultural donde no exista discriminación, por motivos de raza, género, condición social o económica (Red IINPIM 2009: 29).

Durante mi colaboración en la Red IINPIM, tuve la oportunidad de reflexionar, de manera conjunta, no solo sobre el gran bagaje de saberes ancestrales inmersos en nuestras diversas raíces culturales, sino también sobre otros temas tales como las luchas compartidas de nuestros pueblos en la reivindicación de la defensa y apropiación de nuestros territorios, las diversas formas organizativas, las experiencias autogestivas desde la comunalidad, el racismo cultural y social impregnado por el proceso de mestizaje, entre otros. Conocernos y reconocer-

1. La RED IINPIM nació como iniciativa de un grupo de exbecarios del Programa Internacional de Becas de la Fundación Ford (IFP, por sus siglas en inglés) quienes realizamos estudios de posgrado entre 2002 y 2006 con el apoyo del IFP. Se constituyó de manera formal en agosto de 2006 hasta 2016, año en que se descentralizó para operar por regiones: Chiapas, Centro y Península, de las cuales, solo en la región centro, esta red estuvo activa hasta 2020.

nos en este caminar como profesionistas indígenas, nos permitió emprender proyectos comunes, vincularnos con otros colectivos, de manera individual, fortalecer la parte identitaria, el sentido de la colectividad, y a aportar desde la riqueza y la diversidad cultural.

Si bien mi experiencia en esta red fue breve, constituyó una oportunidad para que pudiera continuar transitando hacia espacios de incidencia y ampliar mis redes de colaboración. En este contexto, a partir de 2014, siendo ya parte de la directiva de la Red IINPIM, me integré de manera formal como su representante a la Asamblea Nacional Política de Mujeres Indígenas (ANPMI), la cual se define como una actora social política, integrada, hasta 2020, por siete redes² —entre ellas la Red IINPIM—. Se trata de grupos y organizaciones que tienen capítulos de mujeres indígenas y colaboran con otras organizaciones de la sociedad civil con agenda de género, pueblos indígenas y derechos humanos, instancias académicas y universitarias. Las acciones de la ANPMI iniciaron en 2014, con la organización del “Primer Foro Nacional de Mujeres Indígenas,”³ pero se constituyó en 2016 como una articulación nacional de redes con agendas específicas, regionales y nacionales que, desde la diversidad, planteamos problemáticas y necesidades concretas, y promovemos los derechos con perspectiva de género e intercultural. De este modo, se han construido alianzas con diversos actores como la academia, organizaciones de la sociedad civil, el movimiento feminista, el movimiento indígena ampliado, diversas instancias de gobierno, así como con la Organización de las Naciones Unidas (ONU) (ANPMI 2016).

Mi participación en la ANPMI finalizó en 2020, pero constituyó una oportunidad para que, junto con otras compañeras que conformábamos el grupo de

2. La ANPMI está conformada en la actualidad por la Red Nacional de las Casas de la Mujer Indígena y Afromexicana (Red CAMIA), el Colegio Interdisciplinario de Mujeres Indígenas (COIMIN), la Red Nacional de Mujeres Indígenas: Tejiendo derechos por la Madre Tierra y Territorio (RENAMITT), Red Nacional de Mujeres Jóvenes Indígenas (RENAMUJI), Red de Intérpretes y Traductores de Lenguas Indígenas (RNITLI) y la Red Indígena de Turismo de México A.C. (RITA).
3. El “Foro Nacional de Mujeres Indígenas: Desafíos Políticos para la implementación de agendas nacionales de mujeres indígenas” se llevó a cabo en diciembre de 2014, con el objetivo de generar un espacio de reflexión y discusión sobre los desafíos políticos para la implementación de agendas nacionales de mujeres indígenas en la relación con el Estado y el contexto de los movimientos indígenas, en el que participaron las siguientes organizaciones y redes de Mujeres Indígenas: Coordinadora Nacional de Mujeres Indígenas (CONAMI), Red Nacional de Casas de Mujer Indígena (CAMI), Redes de jóvenes indígenas, Red Interdisciplinaria de Investigadores de los Pueblos Indios de México (Red IINPIM A.C.), Red Indígena de Turismo Alternativo de México (RITA), Red de Abogadas Indígenas (RAI) - Curso de Alta Formación para Líderes Indígenas (CAFOLI), Instituto de Liderazgo Simone de Beauvoir A.C. (ILSB) y el Grupo Interdisciplinario Mujer, Trabajo y Pobreza (GIMTRAP).

trabajo sobre “Mujeres Indígenas y Género” dentro de la Red IINPIM, continuáramos visibilizando la presencia de la Red en diversos espacios. El encuentro con las diferentes redes de mujeres implicó un proceso de articulación a través de agendas específicas y, de manera conjunta, implementar acciones de incidencia en las agendas públicas a favor del reconocimiento de los derechos de las mujeres y nuestra participación política. Un ejemplo fue nuestra incidencia para que en octubre de 2020 se publicara en el *Diario Oficial de la Federación* (DOF) al 5 de septiembre como el día nacional de las Mujeres Indígenas.⁴ Este hecho ha sido muy significativo por el reconocimiento y los aportes de las mujeres indígenas desde diversos espacios y contextos.

Sin duda, mi trayecto a través de las diferentes redes no ha sido un camino fácil, pues ha implicado encuentros y desencuentros, pero también me ha permitido confirmar que —para seguir luchando por el reconocimiento de nuestros derechos, resistir ante las profundas desigualdades y caminar hacia un mundo justo e incluyente— es importante generar estrategias de articulación, intercambiar experiencias, adquirir nuevos conocimientos y fortalecer liderazgos a través de los espacios formativos y de incidencia; a la par, sumar acciones, siempre desde el compromiso, la tolerancia y el respeto a la diversidad, pese a la complejidad que ello conlleva.

La fuerza de la raíz encarnada en el trabajo colectivo

El construir procesos colectivos no se da por inercia, fluye desde nuestras raíces, sobre todo para quienes pertenecemos a un pueblo originario en donde el sentido de comunidad parte de la identidad, pues es fundamental llevar a cabo actividades que son expresiones socioculturales. Por ejemplo, en varias regiones de Oaxaca, entre ellas la Mixteca, usamos la *mano vuelta* que significa el intercambio del trabajo (no remunerado) agrícola, principalmente en la milpa.⁵ Las *mayordomías* con miembro/s del pueblo que organizan las fiestas patronales en la que participa toda la comunidad, o los *tequios*, que es el trabajo

4. Decreto publicado en el *Diario Oficial de la Federación*, el 21 de octubre del 2020. En línea: <https://www.dof.gob.mx/nota_detalle.php?codigo=5603225&fecha=21/10/2020>. Consulta: 24 de enero de 2023.

5. La milpa es un sistema de cultivo en el que la base principal es el maíz asociado al frijol y la calabaza o a algún otro cultivo.

no remunerado realizado por los miembros de la comunidad para alguna obra comunitaria. Estas acciones constituyen la esencia del proceso organizativo de los pueblos y, además, fomentan el respeto, el compromiso, la solidaridad y la reciprocidad, tanto en lo familiar como en lo comunitario, como valores aprendidos y fomentados desde la raíz encarnada del seno familiar.

Esos elementos han sido la base en mi quehacer laboral y profesional, pero también me han servido para consolidar lazos de amistad profunda. La empatía y la solidaridad con diversas personas con quienes he confluído en los colectivos, antes mencionados, me han acompañado también en mi proceso personal. Con ellas, he ido entretejiendo saberes y sentires. Incluso, durante los cuatro años que estuve en Brasil alejada de la familia y de mi pueblo natal, la fuerza la encontré en la confianza y el apoyo de las redes de amistades que construí. Acompañada de la nostalgia, tuve la fortuna de formar parte de una segunda familia de grandes amigos y amigas provenientes de diversas áreas y regiones de Brasil, con quienes pude construir en colectivo a través del intercambio de experiencias. Esto me permitió ampliar mis horizontes, conocer otras realidades y tener una mirada más profunda y crítica de los procesos sociales, así como de la necesidad de generar acciones conjuntas que respondieran al abanico de desigualdades que se vive en lo cotidiano.

Experiencias y reflexiones sobre el racismo en la educación de posgrado

Pero no todo fue “miel sobre hojuelas”, pues fue ahí, en Brasil, donde experimenté y sentí con mayor profundidad la diferencia por mis rasgos físicos y mi acento particular (no de mi lengua materna, el *Tu'un Savi*,⁶ sino del castellano al hablar portugués), por pertenecer a otro país y a un pueblo originario. El racismo era tan común a través de las diferentes expresiones que emanaban de algunas personas que no conocían la diversidad y riqueza cultural de México. Por ejemplo, mis rasgos indígenas y mi acento eran suficientes para preguntar si era india, peruana, boliviana o a qué “tribu” pertenecía. Sobre todo, la palabra

6. El *Tu'un Savi* es la lengua mixteca que se habla en los pueblos Ñuu Savi (pueblo de la lluvia) de la región de la Mixteca en el estado de Oaxaca y en otros estados como Guerrero y Puebla.

“tribu” era común escucharla en las comunidades de origen italiana y alemanas asentadas en el estado de Río Grande del Sur de Brasil,⁷ en donde hice mi trabajo de campo. En este estado, la presencia de grupos indígenas es escasa, ya que estos han sido exterminados y solo hay remanentes de las etnias Guaraní y Kaingang que habitan en “reservas indígenas”. A partir de estas expresiones, se evidenciaba el racismo que no era explícito, pero que era profundo en mi sentir. Al decir que era mexicana, a veces se notaba una expresión de extrañeza, pues existe un estereotipo de la identidad mexicana que es la de mujer mestiza de tez blanca, ignorando por completo la diversidad cultural y étnica de México.

Sentí que era necesario compartir aún más sobre mi origen, mis tradiciones, mi lengua etcétera, al mismo tiempo de reconocermé aún más como mujer *N̄uu Savi*, valorar y sentirme orgullosa de la riqueza multicultural, biológica y gastronómica de mi pueblo de origen. Por diversos motivos, no me di cuenta de ello hasta encontrarme en aquellas lejanas tierras. De este modo, ese racismo profundo que experimenté se convirtió en un área de oportunidad, en el sentido de reconocermé y reafirmar mi identidad, y así sumarme a otros colectivos desde los cuales seguir incidiendo.

La experiencia del posgrado fue una gran lección de vida en términos de crecimiento personal, reconocimiento de capacidades, afirmación de mi identidad como mujer indígena y revalorización de mis raíces culturales. También me significó un gran reto, en diversos aspectos familiares y académicos, el adquirir conocimientos teóricos, y al tener una experiencia de vida que se ha manifestado en mi quehacer profesional y cotidiano. Esto me permite reafirmar que, en la práctica comunitaria, es necesario el compromiso personal y con nuestros orígenes, fortalecer la reciprocidad y el sentido de colectividad y ocupar espacios clave para la toma de decisiones.

7. El estado de Río Grande del Sur, junto con los estados de Santa Catarina y Paraná, conforman la región sur de Brasil. Equivale a 3.3% de la población brasileña y está conformado por siete regiones, una de ellas es la del Alto Uruguay, en donde están asentadas algunas comunidades de origen alemán e italiano.

Reflexiones finales

El racismo como fenómeno histórico y estructural está presente en todas las sociedades y se reproduce en varias de las prácticas inmersas en nuestras acciones y relaciones cotidianas. En este sentido, el papel de los movimientos sociales de tipo racial y étnico ha sido crucial para visibilizar y denunciar las desigualdades sociales y de género. De aquí que la presencia de los movimientos feministas, en específico, de mujeres indígenas, a través de la fuerza colectiva, hemos reivindicado y exigido ser reconocidas como sujetas de derecho y responder a las múltiples desigualdades a las que hemos sido sujetas y que experimentamos de manera cotidiana en diversos ámbitos.

Mi paso por cada uno de los colectivos me ha permitido no solo tejer saberes y conjuntar luchas y objetivos comunes, sino que también ha constituido una estrategia para reconocer y confirmar que responder a las múltiples desigualdades implica dialogar de manera constructiva, además de actuar desde una mirada integral e inclusiva. Es una lucha por el reconocimiento de nuestros derechos como seres humanos, como mujeres con identidad propia, desde una ciudadanía crítica y consciente que nos permita incidir y construir hacia una sociedad justa y libre de prejuicios, de discriminación y de actitudes racistas.

Finalmente, es importante mencionar que construir acciones conjuntas implica retos, y como mujer indígena ha significado mayores esfuerzos para responder ante las prácticas discriminatorias, racistas y sexistas. Eso también me ha hecho ser más resiliente y asumir posturas críticas y propositivas, e inclusive, cuestionarme hasta dónde las políticas antirracistas reflejan, en realidad, un proceso de transformación personal, familiar y profesional. Las políticas no necesariamente están abocadas a sensibilizar a la sociedad sobre la diversidad étnica y cultural, sino más bien a promover acciones afirmativas, que muchas veces acentúan las diferencias. Otros aspectos son la brecha de género, la intergeneracional y, en tiempos de pandemia, la brecha digital. Todos estos aspectos, lejos de reconocer la diversidad, acentúan la diferencia, la discriminación y, en consecuencia, el racismo estructural e histórico. Creo firmemente que las redes son una estrategia valiosa para visibilizar las desigualdades y proponer soluciones concretas que dignifiquen el papel de las mujeres indígenas.

Referencias

- Asamblea Nacional Política de Mujeres Indígenas (ANPMI). 2016. “Si no luchábamos juntas era porque no nos conocíamos: A 2 años de nuestro caminar”. En Edith Matías, Carmen Osorio y Larisa Ortiz (comps.). Documento interno ANPMI, México.
- Gall, Olivia. 2004. “Identidad, exclusión y racismo: reflexiones teóricas sobre México”. *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 66, núm. 2 (abril-junio, 2004), pp. 223-257.
- Govela, Rosa. 2018. “Feminismo Rural, 30 años de experiencia de la Red Nacional de Promotoras y Asesoras Rurales”. En C.A. Calderón, B. Rubio y C. Osorio (orgs.). *De caminos y senderos recorridos con las mujeres del campo. La historia de la Red Nacional de Promotoras y asesoras rurales a 30 años de su nacimiento*. RedPAR, México, pp. 15-33.
- Guzmán, Verónica. 2002. “Las relaciones de género en un mundo global”. *Modem mujer* (revista electrónica). Unidad Mujer y Desarrollo. CEPAL. En línea: <<http://www.modemmujer.org>>, consulta: 10 de octubre de 2021.
- Hernández, Aída y María Teresa Sierra. 2005. “Repensar los derechos colectivos desde el género: Aportes de las mujeres indígenas al debate de la autonomía”. En Martha Sánchez Néstor (coord.). *La doble mirada. Voces e historias de mujeres indígenas latinoamericanas*. Instituto de Liderazgo Simone de Beauvoir, Unifem, México, pp. 105-120.
- Molineux, Maxine. 1996. “Movimento de mulheres”. En William Outhwaite y Tom Bottomore. *Diccionario do pensamento social do século XX*. Jorge Zahar editor, Río de Janeiro, pp. 493-496.
- Moreno Figueroa, Mónica. 2012. “Yo nunca he tenido la necesidad de nombrarme: Reconociendo el Racismo y el Mestizaje en México”. En Alicia Castellanos Guerrero y Gisela Landázuri Benítez (coords.). *Racismos y otras formas de Intolerancia de Norte a Sur en América Latina*. Juan Pablos Editor, México.
- Osorio, Carmen. 2018. “Trayectoria de la RedPAR: ‘Construcción Colectiva y acciones conjuntas desde la voz de las mujeres rurales’”. En C.A. Calderón, tB. Rubio y C. Osorio (orgs.). *De caminos y senderos recorridos con las mujeres del campo. La historia de la Red Nacional de Promotoras y asesoras rurales a 30 años de su nacimiento*. RedPAR, México, pp. 143-164.

- Red-Interdisciplinaria de Investigadores de los Pueblos Indios de México A.C. (REDIINPIM). 2009. “La Red-IINPIM A.C, un proyecto profesional de convergencia, trabajo y organización de las nuevas generaciones de profesionistas indígenas”. *El color de la palabra*, año 4, núm. 9, pp. 29-33. Boletín IFF, México.
- RedPAR, Red Nacional de Promotoras y Asesoras Rurales. 2012. “Memoria del L Encuentro de la Red Nacional de Promotoras y asesoras Rurales: ‘La RedPAR a través de la historia con las mujeres rurales’”. Documento interno. Milpa Alta, Ciudad de México, México.
- Vargas, Virginia. 2002. “Los feminismos latinoamericanos en su tránsito al nuevo milenio”. En Daniel Mato (coord.). *Estudios y otras prácticas Intelectuales Latinoamericanas en Cultura y Poder*. Clacso y CEAP, FACES, Universidad Central de Venezuela, Caracas, pp. 307-315.
- Yin-Zun, C. 2004. “De los encuentros feministas a las campañas transnacionales: Surgimiento y desarrollo de los movimientos transnacionales de mujeres en América Latina”. *Revista de estudios de género: La Ventana*, vol. 2, núm. 20, pp. 267-292. Universidad de Guadalajara, México.



LXX encuentro de la RedPAR en Piña Palmera, Zipolite, Oaxaca, tomada en febrero, 2023. Autor: Daniel Ojalvo.

MESTIZAJE. LA NECESIDAD DE NOMBRARNOS PARA NO TENER QUE HACERLO

Marina Cadaval Narezo



Introducción

En este capítulo, comparto dos textos que publiqué en 2021 dentro del Blog Resistencias y Mujeres Indígenas Profesionistas.¹ Cada uno responde a dos preguntas que nos hicimos en colectivo las nueve participantes que creamos dicho blog, con el objetivo de reflexionar sobre el racismo en la educación superior.² La primera pregunta se relacionaba a las experiencias de racismo que cada una había experimentado durante sus estudios de posgrado. La segunda relataba las estrategias que desarrollamos, de manera personal, para enfrentar ese racismo. De las nueve mujeres que creamos el blog, siete son indígenas. Yo soy una mujer mestiza / blanca, crecida en ciudad. Busqué historias que contar. Escudriñé en mis memorias y en mis dolores. No existían. Lo conversamos entre todas.

1 <https://mujeresyresistencias.com/>

2. La historia de por qué, cuándo, cómo y para qué se desarrolló el blog —y posteriormente, este libro— se relata en la introducción del libro.

El ejercicio colectivo del blog me obligó a escribir algo. Para el primer texto, reflexioné en la forma en que las historias de mis compañeras indígenas me habían llevado a identificar el privilegio de mi contexto urbano y de clase media y la *manera natural* con la que accedí a la educación superior. Para la segunda, cuestioné lo que han implicado las discriminaciones *otras* que he vivido —más por género y clase, quizás de xenofobia— que ciertamente es también racismo; así como el oxímoron del racismo a la inversa.

Esos dos textos que aquí reproduzco responden a un estilo anecdótico y autorreflexivo. Son experiencias personales discutidas en colectivo que implican no solo reconocer una posicionalidad, sino también un lugar de enunciación epistémica, política y ética (Walsh 2013). Es decir, a través de un estilo narrativo, de una “geografía y particular cronología de una experiencia [...] arraigada a la singularidad, a la sinuosidad de una región, al movimiento de un tempo” (Ripamonti 2017: 84), comparto vivencias y senti-pensares (Méndez Torres, López Intzín, Marcos *et al.* 2013). Narrar para identificar y conectar historias individuales, que son también comunes —de otras y otros—, vivencias similares y opuestas que nos permiten analizar contextos que se encuentran y desde los cuales podemos cultivar el conocimiento. Narrar como un espacio epistémico de interpretación y, desde el cual, hago evidente el racismo que se refleja en los privilegios de mi mestizaje.

Al escribir las entradas del blog, me costó mucho trabajo posicionarme desde esta corporalidad de mujer mestiza / blanca. Escribí, borré y ajusté un sinfín de veces, adjetivos que nunca antes tuve que usar para presentarme: mujer, mexicana, mestiza, blanca, urbana, o crecida en una ciudad. ¿Por qué, entonces, me parecía tan natural y fácil que mis compañeras Mayas, Nahuas, Ch'oles, Mixes, Mixtecas, Zapotecas, o Rarámuris lo hicieran? ¿Se sentían o se habían sentido tan incómodas, tan invadidas como me había sentido yo? Al discutir con ellas, al leer sus textos, supe que igualmente su privacidad se había irrumpido, que no era agradable ponernos etiquetas, definirnos a partir de nuestros cuerpos. A todos en Latinoamérica, dice Rita Segato (2010), nos cuesta hablar del color de la piel y de nuestros trazos físicos. A todas nos incomodaba, a ellas por abrir procesos dolorosos de reivindicación, a mí, por reconocer y tratar de colocar en algún sitio mis privilegios, entre los cuales, entendí después, está el no tener la necesidad de identificarme racialmente porque represento

la norma. Mi silencio, como mestiza, es un privilegio. Nuestras incomodidades tienen orígenes y formas distintas y jerarquizadas, están en desbalance.

Al verme en la necesidad de nombrarme, entendí que nunca tuve la necesidad de hacerlo³ porque crecí con una identidad que no necesitaba justificarse, pero que a su vez refleja la normalización y naturalización del racismo: los *otros*, los *fuera de la norma* —indígenas, afroamericanos— deben nombrarse, los demás no. El mestizaje como categoría racial y componente clave del mitoideológico de la formación y unificación de la nación mexicana del siglo XIX que representa una mexicanidad en la que todos somos *neutrales* y, por lo tanto, no somos sujetos racializados, sino sujetos nacionales (Moreno Figueroa 2013). Estamos, diría David Theo Goldberg (2002), “desracializados” (*raceless*, en inglés). La *desracialización* en México, de acuerdo con Moreno Figueroa (2013), se vive como el “proceso de normalización racial y racista que permite que el pueblo mexicano se exprese y esté convencido por la idea comúnmente aceptada de que en México no hay racismo porque todos somos mestizos, porque todos estamos ‘mezclados’” (Moreno Figueroa 2013: 4).

El mestizaje en México no nada más negó la diversidad, sino que conllevó una promesa de blanqueamiento que derivó en un sistema de privilegios estructurales contruidos a lo largo de nuestra historia (Carlos Fregoso 2021). La promesa de una mejoría del status social, económico y cultural permeó y definió tanto lo sistémico —quién tiene derecho a educación, a sistemas de salud, de justicia— como a las lógicas de vida cotidiana —qué cuerpos representan la norma, el ideal; con qué idioma nos comunicamos (Carlos Fregoso 2021)—. El proyecto político unificador de esa “raza cósmica” (Vasconcelos 1925) que nos llevaría al progreso y a la modernidad, parte de la idea misma de *raza* que se construye como una forma de administración del poder durante la colonia (Quijano 2000). La raza, en ese sentido, no se refiere solo al valor de las personas por su constitución corporal y cultural, sino a una marca de dominación que continúa hasta nuestros días: “raza’ como trazo de la historia en los cuerpos” (Segato 2010: 20); mestizaje como “etnocidio”, como “cancelamiento de genealogías originarias” y de “la memoria de lo no-blanco” (Segato

3. Parafraseo aquí el texto de Mónica Moreno Figueroa (2013), “Yo nunca he tenido la necesidad de nombrarme”, quien argumenta que las personas mestizas, y más aún si el tono de piel es claro, son el punto de referencia de la identidad mexicana y, por lo tanto, no necesitan reconocerse racialmente.

2010: 20, 26). La raza, en el sentido del cual habla Segato (2010) retomando a Aníbal Quijano (2000), se refiere a la “marca de pueblos despojados y ahora en reemergencia; es decir, raza como trazo viajero, cambiante [...] de carácter impreciso” (Segato 2010: 22).

Las reflexiones y experiencias que aquí comparto en torno a mi identidad mestiza / blanca, son parte de los ejercicios de posicionalidad y enunciación necesarios para deshilar ese racismo que vive, que cala, que niega. Si, como dice Segato (2010), reconocemos que la raza es “una lectura históricamente informada” de signos tanto biológicos como social e históricamente construidos, debemos entonces aceptar el “carácter variable de los trazos que constituyen ‘raza’ a medida que mudamos de contexto” (Segato 2010: 32). Por lo tanto, si el mestizaje del siglo XIX miró al norte buscando el blanqueamiento y la modernización eurocéntrica, el discutido actualmente es un instrumento de ruptura de ese mestizaje políticamente anodino y disimuladamente etnocida (Segato 2010: 22).

Como mencioné, mis narrativas no teorizan ni plantean una salida, simplemente dan un ángulo para cuestionar la categoría del mestizaje y reflexionar en “la movilización de la *blanquedad*” (Carlos Fregoso 2021) como parte del entramado de racialización que reproduce jerarquías y desigualdades. Desde mi contexto, mi cuerpo, mi historia, mis reflexiones rebotadas en colectivo, identifico esos privilegios, y desde ellos, miro las exclusiones que representan y materializan. Desde ahí también, me reflejo en esa historia colonial que, mirada desde el “Norte imperial”, me hace no-blanca (Segato 2017: 18-19) sino parte de esa *raza incierta, incapturable* cuya realidad multiforme es “la consigna capaz de reunir a los desheredados del proceso colonial” (Segato 2010: 21).

Este capítulo, al igual que los otros que conforman este libro, busca aportar a las discusiones sobre el racismo en México, en particular, en la educación superior: nombrarlo y evidenciarlo desde experiencias personales de mujeres profesionistas quienes hemos cursado estudios de maestría o doctorado. Si bien el tema del racismo en la educación superior ha sido abordado ampliamente en el contexto latinoamericano a través del proyecto de la Cátedra Unesco “Educación Superior y Pueblos Indígenas y Afrodescendientes en América

Latina”, de la Universidad Nacional de Tres de Febrero (Untref).⁴ Hacen falta reflexiones contextualizadas y surgidas desde las corporalidades y enunciaciones de quienes experimentamos y reflexionamos ese racismo. Hablar de ello, de razas, de racismos, de lo innombrable, de lo indefinido, “implica iniciar una nueva época en las propuestas políticas, que tendrán que ser de enmienda, de reatadura de linajes perdidos, de devolución de la conciencia histórica a aquellos que de ella se vieron expropiados y que hoy viven en una especie de orfandad genealógica” (Segato 2010: 21-22). Este texto, el libro entero, aporta a ello.

1. Historias de Racismo en la Educación Superior. “Estudiar en el idioma con el que crecí, con el cual mi corazón piensa”

Soy una mujer mestiza / blanca que creció en la Ciudad de México. Ahí estudié toda mi vida. Cursé la licenciatura en Historia en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), en la Facultad de Filosofía y Letras en Ciudad Universitaria, la cual me quedaba a unas siete paradas de un microbús que tomaba a tres cuadras de mi casa. Hacía 20-30 minutos cuando mucho. A veces, me iba en bicicleta o incluso llegué a caminar cuando quería aprovechar y hacer un poco de ejercicio. Generalmente iba en coche. Tenía opciones. La mía era una vida que, sin ser lujosa, veía yo ordinaria y común de una estudiante de clase media urbana mexicana. Estudiaba en español como lo había hecho toda mi vida —el único idioma con el que crecí, con el cual mi corazón piensa y por lo cual puedo expresarme sin mucha dificultad—. Desde que nací tuve, de alguna manera, garantizado mi camino educativo. Padres profesionistas, educación básica y media en escuelas privadas, instituciones de educación superior públicas y gratuitas como la UNAM a la que entraría si cumplía con la única responsabilidad que tuve siempre: estudiar.

Al terminar la carrera y después de algunos empleos temporales, empecé a trabajar de tiempo completo en lo que en 2001 fuera la primera iniciativa dirigida a becar a hombres y mujeres indígenas para que realizaran estudios de posgrado: el Programa Internacional de Becas de la Fundación Ford (IFP

4. Véase la “Iniciativa para la erradicación del racismo en la educación superior”, en <https://unesco.untref.edu.ar/home>.

por sus siglas en inglés) que posteriormente se volvió el Programa de Becas de Posgrado para Indígenas (Probepi) financiado por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt), ambos administrados por el Centro de Estudios Superiores en Antropología Social (Ciesas). A lo largo de los casi 15 años que estuve en el IFP-Probepi, conocí a mujeres indígenas cuyas trayectorias para acceder a la educación superior me enseñaban una realidad completamente distinta a la que yo había vivido. Sabía, conocía las profundas desigualdades de nuestro país; pero fue hasta ser parte de este proyecto educativo que palpé esas desigualdades. Las sentí. Tenían rostros, miradas, historias de familias y comunidades enteras. Dejaron de ser números para volverse luchas cotidianas, resistencias permanentes. Igualmente eran las de los hombres, pero aquéllas de las mujeres resultaban más complejas y dolorosas.

Historias que marcaron mi vida

Esas historias y las mujeres que las protagonizaban me hicieron cuestionar muchas cosas. ¿Por qué postulaban menos mujeres a la beca? ¿Dónde estaban las hermanas, amigas, madres, conocidas, cuñadas, esposas, vecinas, maestras, novias, colegas de los hombres que postulaban? ¿Cómo combinarían sus saberes y prácticas comunitarias con lógicas convencionales? ¿Qué desaprenderían con un posgrado? Decidí estudiar de nuevo. Buscar sentido a preguntas cuyas respuestas no podían limitarse a una justificación basada en una desigualdad asumida, casi aceptada. En 2015, hice una maestría sobre Políticas Sociales para el Desarrollo que se volvió doctorado, ambas en el Instituto Internacional de Ciencias Sociales - Universidad Erasmus de Rotterdam, en Holanda. Nunca pensé hacer un posgrado, no estuvo en mis planes de vida hasta que me invadieron esas y otras preguntas incómodas que me enfrentaban a mis privilegios. ¿Qué pasaría con las mujeres que habían salido a hacer sus maestrías y doctorados? En un país como México, herido por su herencia colonial (Mignolo 2011) —inherentemente racista, sexista y clasista— ¿marcaría la diferencia tener posgrado? ¿Para quién y por qué importaría un título? ¿Serían aceptadas en sus comunidades —mujeres rompiendo estereotipos—? ¿Encontrarían más o mejores oportunidades de desarrollo profesional —mujeres históricamente excluidas del sistema—?

Al conversar con las mujeres becasadas por el IFP-Probepi, identifiqué cómo el sistema educativo ha generado diferencias estructurales, pero también la forma en que nos ha tatuado una identidad mestiza a través de libros de texto que hasta hace algunos años repetían como mantras que todos somos iguales, mexicanos. Todos somos mestizos, no hay diferencias. El español nos unifica, nos dignifica. Los indígenas son riqueza cultural, pasado glorioso. La diversidad divide, atrasa. Al conocer y dialogar con mis compañeras indígenas, ese discurso no cuadraba; al contrario, era el que generaba las desigualdades y exclusiones que marcaban sus trayectorias académicas.

La mayoría habían llegado a la educación superior enfrentando múltiples obstáculos, desde ir en contra de las expectativas familiares hasta navegar un sistema educativo deficiente, alienante. Para ir a la universidad *escogieron* carreras que se impartían en instituciones en ciudades cerca de sus pueblos, o donde tenían algún familiar o conocido que les diera alojamiento. La mayoría trabajó para pagar sus estudios, el hospedaje, los transportes diarios, sus materiales escolares, la comida con la que pasaban el día. Muchas fueron empleadas domésticas, otras vendían productos en mercados o tuvieron que trabajar de tiempo completo —el mismo que le dedicaban a los estudios—. También hubo las que *tuvieron más suerte*, las que cuyas familias y redes extendidas les permitían apoyarse con más seguridad —hermanas y hermanos trabajando, migrando para enviar dinero; a veces los padres, a veces las madres, a veces las abuelas o abuelos cubriendo gastos, apoyando emocionalmente para no rendirse, para seguir adelante—. ¿Qué había detrás de esas historias de lucha y resistencia constantes? ¿Qué condiciones permitían que más varones estudiaran?

Me atrevería a decir que en la diversidad de historias que conocí, estaba también la diversidad de estrategias que cada una desarrolló para navegar su trayectoria educativa. Algunas fueron buenas para la escuela desde chiquitas, les gustaba y sabían que ese era el camino que querían seguir; para otras, la escuela era un refugio, un espacio para imaginar una realidad distinta, para salirse de un hogar violento; a otras, las obligaban sus padres —o las abuelas, los abuelos o algún familiar— sabiendo que era la única forma de superarse; otras, también, les significaba libertad, posibilidades de conocer otros contextos y explorar otras historias. La coincidencia en sus historias es, quizás, que no la había; o, por el contrario, que quizás cada una compartían un poco de esas varias estrategias: procesos resilientes. También conocí historias de parejas, de

esposas, de madres que acompañaban a los varones. A veces compartidas por ellos mismos, reconociendo y dignificando ese caminar colectivo; a veces no tanto, parte del sexismo enraizado.

¿Y qué había detrás de mi vida *ordinaria y común*, de mi acceso *garantizado* a la educación? A partir de esas vidas que acompañé, de esas historias que conocí durante más de una década, me volví una mujer en permanente decolonización, reflexionando en las historias del México indígena que no enseñan los libros de texto. Me volví “un cuerpo mestizo en desconstrucción”, enunciando mi “mestizaje como brújula que apunta al Sur” (Segato 2010: 36). Al colaborar y dialogar con mujeres de distintos pueblos originarios, he entendido a esas desigualdades como producto de un sistema (educativo) colonial y patriarcal, de una estructura social que excluye y oprime. He podido mirar cómo de sur a norte, de Yucatán a Chihuahua, mujeres nahuas, otomíes, mazahuas, choles, rarámuris, mixtecas, zapotecas, zoques, mayas y de casi cada uno de los 68 pueblos originarios que habitan México, comparten, a pesar de su diversidad, una constante triple: el racismo, el clasismo y el sexismo que reproduce no solo en el sistema académico, sino en las estructuras sociales, en la vida cotidiana. Son mujeres, indígenas y pobres.

No solamente tuvieron que olvidar o negar su idioma para poder estudiar —aprender de y en un mundo que ha limitado sus oportunidades, que las ha marginado— sino que, en su mayoría, tuvieron que demostrar, justificar que el tiempo invertido en la escuela valía más la pena —que casarse y hacer tortillas, que aunque necesario para mantener el tejido comunitario, no es el único camino—. Todas rompieron, siguen rompiendo, con algo: expectativas, estigmas, miedos. Todas han experimentado exclusiones, desigualdades derivadas de un mundo que inventó las razas para etiquetar y ver en las diferencias una desventaja y no una riqueza. Y que, en México, la clasificación y jerarquización de las razas creó un sistema de distribución de opresión y de privilegios que sigue generando desigualdades, negaciones, exclusiones.

Aquellas historias me han permitido acercarme, entender y valorar el trabajo de las mujeres que conocí hace cinco, diez años: actoras sociales y políticas quienes, desde distintos espacios —en sus comunidades, como profesionistas, como esposas, amas de casa, ingenieras, cocineras, madres, hermanas, poetas, luchadoras sociales, abogadas, enfermeras, hijas, comerciantes— aportan conocimientos y acciones necesarias para transformar las condiciones de

desigualdades de sus pueblos, las negaciones asignadas a ser mujeres e indígenas en espacios de reivindicación identitaria, política, social. Varias son académicas y profesoras en universidades —algunas en interculturales— hay activistas que a través del arte o de movimientos sociales u organizaciones comunitarias están generando conciencia de la diversidad cultural, del cuidado del medio ambiente; hay aquellas que, desde el trabajo de la milpa, protegen el territorio y enseñan a los niños a cuidarlo; también las que desde la maternidad o desde su contexto particular, cuidan a los otros, a la familia, a la comunidad. Aquellas, estas historias me han llevado a cuestionar los privilegios como contraparte de las exclusiones, y a la necesidad de reconocerlos, analizarlos y deconstruirlos para poder imaginar un mundo que urge que sea más justo, amable, respetuoso e incluyente y del que yo, como mujer, deseo ser parte.

Para la mayoría de las mujeres indígenas, pues, haber llegado a la universidad no ha estado escrito en su registro de nacimiento como lo estuvo en el mío. “¿Nos debemos sentir culpables?” me preguntaba hace unos días una colega, mestiza. “No necesariamente”, le respondí. Depende de cómo nos posicionemos. Más que culpables, creo, nos toca identificar nuestros privilegios, cuestionarlos y actuar con y desde ellos. Nos toca reconocer que tener asegurada la educación, poder escoger una carrera, el transporte que te lleve a la escuela, no tener que justificar que quieres estudiar, migrar por opción y no por necesidad, son situaciones de privilegio. Privilegio es también, y sobre todo, poder escribir, hablar, comunicarte en el idioma con el que miras a tus padres, a tus abuelos y por lo que no es necesario decir palabra.

Quienes tenemos esas ventajas, considero, debemos usarlas para generar sinergias, coaliciones, valorar y promover la diversidad como lugar de la pluri-versalidad: construir para y desde ella. Alimentar esas conectividades que nos permiten ser muchas, varias, todas, separadas, relacionales y respetuosas. Nos toca también reflexionar en la forma en que somos parte de los mecanismos que reproducen desigualdades, ser críticos en cómo asumimos esos privilegios y pensar cómo podemos revertir las inequidades. Solo desde una diversidad sin desigualdades, desde ese poder pensar con y desde el corazón será posible construir ese mundo del que todos nos sentimos parte.

II. Estrategias de Resistencia y Resiliencia frente al racismo. “Reflexiones sobre los privilegios y las discriminaciones ‘otras’”

¿Cómo hablar de mis estrategias de resistencia y resiliencia para enfrentar el racismo durante mi educación superior? En esta entrada al blog, debíamos responder a esta pregunta. Anteriormente, me identifiqué como una persona mestiza / blanca de clase media, urbana, privilegiada. Considero que aunque son etiquetas que limitan, que no definen quién soy, han sido necesarias para contextualizar y definir un espacio de enunciación desde el cual reflexiono y actúo. Esas condiciones de privilegio que conllevan mi cuerpo y el contexto en el que crecí me han llevado a cuestionarme cuál ha sido el racismo que he enfrentado, en qué circunstancias y por qué. No ha sido un ejercicio reciente, pero sí lo ha sido el tener un espacio de diálogo íntimo, amoroso y respetuoso como el que el grupo de mujeres profesionistas que participamos en el blog y en este libro me han proporcionado. Ha sido a partir de nuestras reflexiones juntas que he podido mirar mi propia historia e identificar —etiquetar— algunas características que construyen un poco quien soy.

Ante la pregunta específica sobre mis estrategias para enfrentar el racismo, todas mis respuestas resultan forzadas, como forzado también me pareció hablar de mis experiencias de racismo en esa primera aportación. Varias personas cercanas me preguntaron por qué no había hablado del racismo que como mexicana o latina he vivido en Holanda, país en el que resido desde hace algunos años. Anécdotas tengo, sin duda. El racismo se da en todo el mundo y encuentra cualquier oportunidad para expresarse. Pero ¿es comparable? ¿Son lo mismo las expresiones de discriminación relativamente aisladas que me han tocado —más xenofóbicas— con el racismo sistémico e histórico hacia las poblaciones indígenas? ¿Es igual que alguna vez un motociclista me haya gritado “Vuelve a tu país” —sin saber de dónde era yo—, a la diferencia —la desventaja— que representa en México tener cierto color de piel? ¿O es igual que mis hijos no pudieran acceder a una educación media de calidad, por no hablar holandés, a las profundas diferencias estructurales —acceso a salud, a educación pertinente y de calidad, a oportunidades laborales y niveles de ingreso dignos, etcétera— que enfrentan, en general, las personas pertenecientes a pueblos originarios y afrodescendientes? Para mí el desbalance es abismal, pero la pregunta me sigue dando vueltas, ¿existen niveles, categorías, diferentes

intensidades de racismo? Creo que sí, no solo hay racismos institucionales, sistémicos que se han enquistado a través de los años en las instituciones y que afectan de manera colectiva (esa falta de acceso a sistemas de salud y de educación, al borramiento de formas distintas de ser y conocer), sino también a los varios que se manifiestan en la vida cotidiana, *discretos* y profundos: una mirada de desprecio, un lenguaje corporal de rechazo, una broma que desvaloriza.

Hubo un tiempo en que estuve enojada. Me sentía excluida como mexicana dentro de México: “¿Apoco eres mexicana?”, me preguntan con regularidad en los mercados, en el transporte público, cuando visito otros estados del país —Morelos, Oaxaca, Chiapas, Yucatán, Veracruz, Michoacán, el Estado de México—. Confieso que de niña la pregunta me hacía sentir incómoda, más adolescente, me ofendía, me dolía y enojaba. Hubo un tiempo en que me hacía sentir excluida, no aceptada. Hubo un tiempo, no tan lejano, confieso, que llamé a esa exclusión *racismo*. ¿Qué significaba esa pregunta sino falta de reconocimiento? ¿Qué querían decir las miradas de escrutinio, esas expresiones de duda sino una negación, el rechazo de mi cuerpo, de mi historia, de esa mestiza / mexicana que no necesita nombrarse?

Si de algo me ha servido la educación superior ha sido para poder analizar críticamente sobre esas y otras interrogantes. Más aún, dialogar y reflexionar sobre estos temas con otras mujeres me ha obligado a entender que el racismo se genera siempre, **siempre**, desde condiciones de privilegio hacia condiciones de desventaja y nunca, **nunca** puede suceder al contrario. Si la clasificación y jerarquización derivada de las diferencias físicas y culturales es parte y resultado del proyecto *civilizatorio* colonial, en el cual el hombre blanco, como ideal a alcanzar, ha impuesto las reglas del juego, no pueden invertirse los efectos y resultados para justificar un menosprecio como un acto de racismo.

Es decir, esa exclusión, ese enojo que he sentido, está más relacionada con ser parte de una minoría privilegiada, la cual, históricamente, ha definido e impuesto jerarquías y relaciones de poder con base en el color de piel, en la fisonomía, en un origen racial inventado, que el desprecio por un mestizaje que, en esa construcción identitaria, se colocó como el ideal a alcanzar. Y aunque no estemos de acuerdo con esas categorías y diferencias, me —nos— toca reconocer que existen y que nos definen constantemente, nos etiquetan

a todos. Ese es un buen principio para revertirlas. El trabajo debe hacerse desde todos los frentes.

Para responder, entonces, a esa pregunta forzada sobre mis estrategias frente al racismo, me toca al menos reconocer mi historia, compartir mis reflexiones, agradecer el tener a mi lado a muchas mujeres quienes buscamos nombrar al racismo. Buscamos que nuestras diferencias sean puntos de encuentro para reconocer, evidenciar, enfrentar y resistir el racismo y que sean esas diferencias puentes de reivindicación y equilibrio, nunca de desigualdad.

Reflexiones finales

Conocer, trabajar, colaborar, dialogar y caminar mi vida con mujeres indígenas me ha llevado a mirar la realidad de una manera distinta, a profundizar en los significados de lo dado, de lo asumido, de lo que nos han dicho y no es, de lo que pudiera ser. La educación superior me ha dado el espacio y el pretexto para reflejar mi cuerpo en el de ellas, compartir nuestras enunciaciones y deshebrar, desde ellas, desde todas, las desigualdades que nos cruzan.

Reflexionar y evidenciarnos como cuerpos socialmente contruidos es incómodo porque es mirarse por fuera y por dentro; es hacerlo desde la mirada de los otros, desde las historias que nos han definido —las propias y las impuestas— y que nos duelen. Conversar con mujeres de distintos pueblos originarios de México le ha dado sentido a mis incomodidades, a esos privilegios de los cuales he aprendido, de los que sigo aprendiendo y que nunca dejaré de cuestionar.

Desde ellas y con ellas, he sentido cómo las etiquetas limitan, pero nos pueden servir como puntos de partida para enfrentar estigmas, presuposiciones. Revertirlas, asumir las que nos convengan. En nuestros diálogos he entendido que es por esa historia colonial de negación y borramiento que también debemos enfrentar y discutir ampliamente el significado político de *raza*, del mestizaje, de una categorización que puede ser usada para desestabilizar la colonialidad: “Percibir la raza del continente, nombrarla [como] estrategia de lucha esencial en el camino de la descolonización” (Segato 2010: 20). Solamente desde ahí, desde esa mirada decolonial que evidencie las profundas

desigualdades que cargamos históricamente, tendremos todos, en algún momento, la necesidad de no nombrarnos.

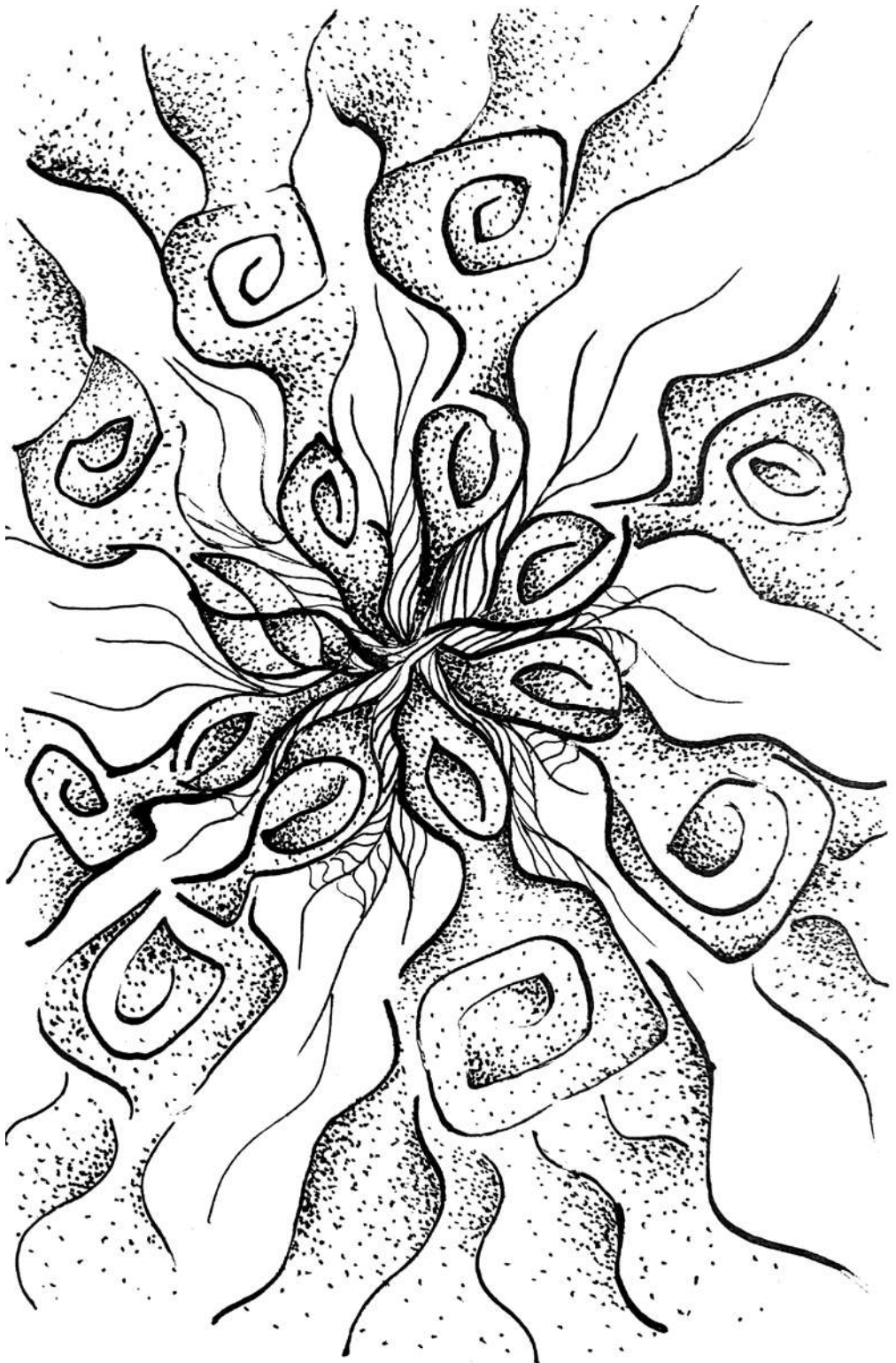
Referencias

- Carlos Fregoso, Gisela. 2021. “Entender el racismo en México: Movilización de la blanquedad y operativización de la blanquedad” [video en YouTube]. En línea: <https://www.youtube.com/watch?v=nMNnqRARetE&list=UU_jDyYZWknrYj3zjlbGD-EA&index=6>, consulta: 20 de septiembre de 2022.
- Goldberg, David Theo. 2002. *The Racial State*. Blackwell Publisher, Malden, Oxford y Victoria.
- Méndez Torres, Georgina, Juan López Intzín, Silvia Marcos *et al.* (coords.) 2013. *Senti-pensar el género. Perspectivas desde los pueblos originarios*. Red IINPIM A. C., La Casa del Mago, Red de Feminismos Descoloniales, México.
- Mignolo, Walter. 2011. *The darker side of western modernity. Global futures, decolonial options*. Duke University Press, Durham.
- Moreno Figueroa, Mónica. 2013. “Yo nunca he tenido la necesidad de nombrarme”. En Alicia Castellanos y Gisela Landázuri. *Racismos y otras formas de intolerancia de Norte a Sur en América Latina*, Juan Pablos Editor, México, pp. 15-48.
- Moreno Figueroa, Mónica. (s/f). “¿Qué es el racismo?”. En línea: <<https://colectivocopera.org/videos/>>, consulta: 10 de septiembre de 2022.
- Ortiz Hernández, Luis, César Iván Ayala Guzmán y Diana Pérez-Salgado. 2018. “Posición socioeconómica, discriminación y color de piel en México”. *Perfiles Latinoamericanos*, vol. 26, núm. 51, pp. 215-239.
- Quijano, Aníbal. 2000. “Colonialidad del poder y clasificación social”. *Journal of World-Systems Research*, vol. 6, núm 2. Riverside, California.
- Quijano Aníbal. 2014. “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina”. En Aníbal Quijano. *Cuestiones y horizontes: de la dependencia histórico-estructural a la colonialidad /descolonialidad del poder*. Clacso, Buenos Aires.

- Ripamonti, Paula. 2017. “Investigar a través de narrativas notas epistémico-metodológicas / experiencias, cruces reflexivos”. En Mariana Alvarado y Alejandro de Otto (eds.). *Metodologías en contexto: intervenciones en perspectiva feminista / poscolonial / latinoamericana*. Clacso, Buenos Aires, pp. 83-103.
- Segato, Rita. 2010. “Los cauces profundos de la raza latinoamericana: una relectura del mestizaje”. *Crítica y emancipación. Revista latinoamericana de Ciencias Sociales*, año 11, núm. 3, pp. 11-44.
- Vasconcelos, José. 1925. *La raza cósmica. Misión de la raza iberoamericana. Notas de viajes a la América del Sur*. Agencia Mundial de Librería, Madrid.
- Walsh, Catherine. 2013. “Lo pedagógico y lo decolonial: Entretejiendo caminos”. *Pedagogías decoloniales: Prácticas insurgentes de resistir, (re)existir y (re)vivir* (tomo 1, Serie Pensamiento decolonial). Ediciones Abya-Yala, Quito, Ecuador.



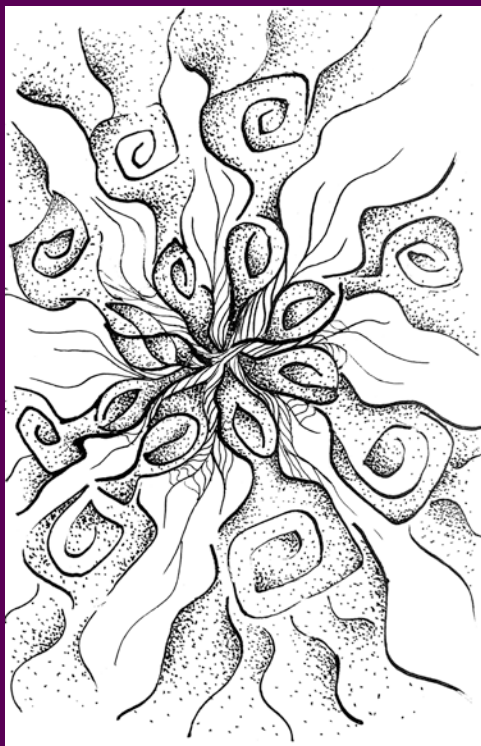
“Taller Género y Etnicidad. Becarias y personal del IFF-México. CRESAS 2007”. De izq a derecha: Trinidad Romero (administradora IFF), Bettina Cruz, Serafina Gallardo, Alicia Lemus, María Félix Quezada, Lucía Gómez, María Cristina Pech, Georgina Méndez, Marina Cadaval (Secretaría Técnica IFF). Abajo de izq a dere: Miriam Uitz, Yolanda de León, Irma Juan Carlos.



Título: Colectivo. Técnica: tinta china sobre papel. Autora: Rocío Calderón-Prado. Año: 2023







International
Institute of
Social Studies

WIAS

